MUY HISTORIA

Número 52
2014
3,40 €
(Spain only)

DOSSIER
1914-1918
LA I GUERRA MUNDIAL
Cuatro años de horror: las crónicas de la catástrofe

www.muyinteresante.es

- **MAX HASTINGS: "Alemania habría dominado Europa sin combatir"**
- **Los orígenes: así empezó todo**
- **Un escritor y un pintor en las trincheras**
- **La nueva era de la aviación**
- **Submarinos y acorazados**
- **Mujeres: valor en la retaguardia**
- **Propaganda y espionaje**
- **Diario de un estudiante español en París**
- **Curiosidades bélicas**

100 AÑOS DESPUÉS

La Gran Guerra

La tragedia que transformó el mundo

8 414237 001143 00052
Printed in Spain. Canarias: 3,55 € (sin IVA), incluido transporte

Horror inconcebible

Las luces se apagan en Europa, puede que nunca volvamos a verlas encendidas", exclama el ministro británico Sir Edward Grey la noche en que Alemania y Gran Bretaña se declaran la guerra. A partir de aquel agosto de 1914, la próspera Europa de la Belle Époque –fronteras abiertas, rica vida cultural, confianza en el progreso– se verá sumida en un baño de sangre de un horror inconcebible e inédito hasta entonces. Conocida por sus coetáneos como la Gran Guerra, muchos pensaban que sería breve ("En Navidad, todos a casa", fue el lema de los primeros meses), pero se prolongará durante más de cuatro años, movilizará a 70 millones de combatientes, borrará del mapa varios imperios y dejará más de 20 millones de muertos y heridos. Charles Repington, corresponsal militar del diario The Times, acuñó en 1921 la expresión Primera Guerra Mundial para denominar una confrontación que, al contrario de lo que ocurriría dos décadas más tarde, nadie preveía ni deseaba: precisamente sus efectos prolongados abrieron un periodo de inestabilidad y barbarie que culminará con la todavía más cruenta Segunda y cambiaría para siempre el mapa global tal como hasta entonces se conocía. A su término, el mundo de 1919 no se parecía en nada al de 1913. Algunos historiadores se preguntan hoy si el nuestro no resulta demasiado similar a aquel de 1914...

José Pardina, Director
(jpardina@gyj.es) En Twitter: @pepelynx



20 **Avispero colonial.** Uno de los motivos de la guerra fue el control de las materias primas (operarios de una mina de oro sudafricana, hacia 1900).

GETTY





27 DOSSIER **Crónica de una guerra anunciada.** Se esperaba incruenta, pero desembocó en una sangría con 20 millones de muertos (arriba, tropas francesas descansando en la batalla del Marne, 1914).

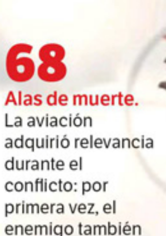


74 **De primera mano.** El periodista catalán Gaziel, que fue testigo del inicio de la contienda cuando estudiaba en París, escribió sus impresiones en un diario.



MB RICHART

92 **Tragicomedia.** Hasta en circunstancias tan dramáticas como las provocadas por una catástrofe de esta envergadura existen episodios curiosos que nos hacen reír.





68 **Alas de muerte.** La aviación adquirió relevancia durante el conflicto: por primera vez, el enemigo también venía del cielo.

MARZO 2014

EN ESTE NÚMERO:

SECCIONES

Han colaborado en este número:



Max Hastings Entrevistamos a este periodista británico, experto en las dos guerras mundiales y autor de éxito.



Fernando Cohnen Periodista y escritor, describe el desarrollo de la contienda en el Dossier de nuestro monográfico.



Juan A. Guerrero Se luce en este número, porque tanto las *hazañas bélicas* como la aeronáutica son sus especialidades.

FOTO DE PORTADA: SOLDADO DE LA I GUERRA MUNDIAL, SEGÚN UN MONTAJE DE TOM WEBER (MILPICTURES)

El primer gran con

Fue no sólo la mayor conflagración que había visto la Historia hasta ese momento, sino un cataclismo social, económico, político y humano que cambió la faz del mundo entero y lo catapultó al futuro.

Por **Juan Antonio Guerrero**, escritor

Hace exactamente un siglo, Europa, con la excepción de la República francesa, era un continente de reyes y emperadores que hasta tenía un poderoso sultán. Aunque algunas de las potencias, como Gran Bretaña, Francia y Alemania, eran ya gigantes industrializados, el resto de los países formaba un magma socioeconómico dominado en su mayoría por agricultores, campesinos y ganaderos, aislados entre sí por las escasas y malas comunicaciones y separados por un maremágnum de lenguas, culturas y religiones. Así, no resulta extraño que las tensiones políticas, económicas y nacionales hubiesen llevado a Europa al borde de la guerra generalizada ya en dos ocasiones, en 1905 y en 1912. Pero, como a la tercera va la vencida, el asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero de la corona austrohúngara, y de su esposa Sofía, el 28 de junio de 1914, en lo que no era más que un nuevo episodio del viejo conflicto nacionalista entre Serbia y Austria, se transformó rápida y casi inevitablemente, merced a la combinación de la incapacidad política y del encadenamiento de alianzas y pactos secretos, no sólo en la mayor conflagración que había visto la Historia hasta entonces, sino en un cataclismo que cambiaría la faz social, política, económica y humana del mundo y sembraría las semillas de un nuevo conflicto bélico, aún mayor, tan sólo veinte años más tarde.

Los motivos de la Entente. Los objetivos de las potencias enfrentadas pueden deducirse de las causas que habían dado lugar a las alianzas entre los países de la Entente. Francia pretendía volver a restablecer su supremacía en el continente, vengándose de Alemania y de las derrotas de Sadová y Sedán, al tiempo que recuperaba los territorios de Alsacia y Lorena, perdidos en aquella ocasión. Rusia, por su lado, perseguía absorber los Balcanes expulsando a Turquía y apoderándose de Constantinopla, su ansiada salida al Mediterráneo, aunque eso significara el desmembramiento y tal

Marchar o morir. En la Gran Guerra murió un número inaudito de soldados: al menos 20 millones. En la imagen, tropas australianas de refuerzo avanzan hacia el frente de Ypres, Bélgica (5-octubre-1917), fotografiadas por el reportero Frank Hurley.

flicto bélico global

GETTY IMAGES

vez la desaparición del Imperio austrohúngaro. Finalmente, Gran Bretaña buscaba reducir la potencia de Alemania como rival comercial, algo que sólo podía conseguir con la ayuda francesa; una postura incómoda, dado que su política tradicional había sido el mantenimiento de la estabilidad en el continente; un equilibrio que quedaría alterado cualquiera que fuese el resultado de la contienda.

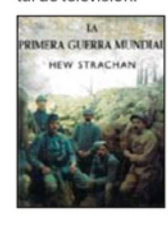
Nuevas armas, viejas tácticas. Desde el punto de vista militar, todas las guerras, se dice, comienzan como terminó la anterior: la guerra del 14 se inició en el Oeste con una fase de movimientos similares a los que habían dado la victoria a Alemania sobre Francia en 1870. Sin embargo, ninguno de los bandos había aprendido de las guerras de expansión de finales del siglo XIX y principios del XX (principalmente de la mayor de ellas, la ruso-japonesa de 1904-1905), en las que se había experimentado con nuevas armas y con tácticas asociadas a ellas. Al principio pareció que al menos alguno de los contendientes había asimilado la primera lección, la del triunfo del envolvimiento frente al ataque frontal, pero nadie parecía haber extraído enseñanzas sobre las otras dos: el enorme poder defensivo de las alambradas, el fusil de repetición y las ametralladoras (combinados con la pala del soldado de infantería) ni, sobre todo, la potencia decisiva de la artillería de retrocarga y tiro rápido.

Así, en los enfrentamientos iniciales, ninguno de los contendientes consiguió flanquear de forma decisiva al enemigo, que a su vez también lo probaba o excavaba otras líneas de alambradas y zanjas que conseguían detener los intentos de envolvimiento. Una nueva tentativa de flanqueo ocasionaba el levantamiento de otra línea de alambradas y trincheras, produciéndose de esta forma una *carrera* que llevó a ambos bandos hasta el mar y creó una línea prácticamente continua de frente. La siguiente fase estaría constituida por una serie de batallas de desgaste, a cual más sangrienta, que trataban de quebrar inútilmente las defensas contrarias. Tal situación de *impasse* dio lugar a la terrible guerra de trincheras en la que, desde octubre de 1914 a marzo de 1918, ningún ataque, por gigantesco que fuese el *ablandamiento* de las defensas enemigas —eufemismo que escondía los más terribles bombardeos de la artillería, desencadenados por millares de bocas de fuego de todos los calibres durante varios días, una semana o más tiempo incluso— consiguió adelantar en más de 15 km la línea de frente en cualquier dirección.

Y si, en 1914, el problema de la ruptura del frente era la insuficiencia de cañones y proyectiles (a fin de cuentas, poco antes del estallido del conflicto se habían reducido los presupuestos militares) para quebrar las aún poco profundas defensas enemigas, la guerra de desgaste condujo a ofensivas como la del Somme, iniciada el 1 de julio de 1916 y prevista para aliviar la presión sobre Verdún, precedida por un ▶

LIBRO

La Primera Guerra Mundial, *Hew Strachan.* Crítica, 2004. Todo un clásico, escrito por un experto en la Gran Guerra y con estupendas e inéditas fotos. Dio lugar a una aclamada serie documental de televisión.



En cierto modo, el s. XIX acabó en 1914: fue el cruel fin de una época

▶ bombardeo de ocho días en el que los aliados dispararon 1.738.000 proyectiles de artillería sobre un frente de menos de 50 km. En la dura batalla que siguió, dada por concluida el 18 de noviembre, los británicos perdieron casi 420.000 hombres entre muertos y heridos, y algo menos de 200.000 los franceses. Los alemanes, por su parte, sufrieron alrededor de medio millón de bajas. Y todo para conquistar una franja de tierra de 48 km. No en vano Lord Horatio Herbert Kitchener, el secretario de guerra británico, diría al inicio de esta fase de la contienda: "No se qué es lo que hay que hacer, esto no es una guerra".

La contienda se globaliza. La salida pasó, a instancias de algunos dirigentes (entre ellos, Winston Churchill), por la apertura de nuevos frentes en otras zonas del mundo, lo que convirtió la guerra europea en total y global y llevó al desarrollo y empleo masivo de la aviación e incluso a la utilización de nuevos medios bélicos, como los viejos carros de combate pero actualizados, acorazados y, esta vez, mecanizados, y de formas novedosas y estremecedoras de ataque como la guerra química.

48 kilómetros de terreno se disputaron los alemanes y los aliados durante 4 meses en el Somme (1916), con un saldo de cientos de miles de bajas.

El conflicto mundial acaeció también en el mar, extendiéndose en el Atlántico desde el extremo norte, con el mayor encuentro entre buques capitales de la Historia en Jutlandia, hasta las aguas antárticas, con la casi olvidada batalla de las Malvinas. Pero también se combatió en los mares europeos —la incursión de los Dardanelos de 1915, en el Mediterráneo— y en los australes —la batalla de Coronel, en el Pacífico—. Desde un punto de vista estratégico, la guerra naval se distinguió por la campaña de bloqueo marítimo contra Alemania y el contrabloqueo alemán mediante su revolucionaria fuerza de submarinos. La mayor innovación, la guerra aeronaval, con episodios combinados de aviación, buques de superficie y sumergibles, casi pasó desapercibida a pesar de la aparición de los primeros portaaviones.

Nadie conoce con exactitud el número de muertos que causó el conflicto. Las cifras que se barajan suelen variar de los ocho y medio a los veinte millones, pero la desaparición de las estructuras burocráticas de varios de los contendientes (Rusia, Alemania, el Imperio austrohúngaro y el otomano) convirtió en imposible un registro detallado. Por si fuera poco, los funcionarios y políticos de varios de los Estados beligerantes tenían conceptos poco definidos para consignar esas muertes y, con frecuencia, sólo hicieron públicos los datos de los soldados fallecidos o desaparecidos en combate, dejando sin contabilizar a los cientos de miles que murieron lentamente de sus heridas, de las lesiones por gas o de las enfermedades contraídas en los frentes.

A cañonazo limpio. Artillería, ametralladoras, tanques, armas químicas, aviones y submarinos marcaron el devenir del conflicto. Abajo, prácticas con cañones cerca de Okehampton, Devon (Inglaterra, 1914).



GETTY IMAGES



GETTY IMAGES



GETTY IMAGES

Víctimas de ambos bandos. Arriba, el Campo del Recuerdo (Westminster, Londres), que homenajea a los caídos británicos. Debajo, una imagen tremenda del 17 de diciembre de 1918, un mes después del armisticio: niños alemanes recibiendo sopa en la calle.

Tampoco se sabe la cifra de civiles muertos, ya que en las estadísticas sólo aparecieron los que cayeron víctimas de los bombardeos aéreos o artilleros y los pasajeros o marinos perecidos en el hundimiento de buques. Pero las muchedumbres muertas por enfermedades como la llamada *gripe española*, otras epidémicas (como el cólera y el tifus) o la tuberculosis, propagadas como consecuencia de las condiciones de vida, la mala o nula alimentación y la escasa asistencia médica, no se incluyeron, por lo general. Baste indicar, sin embargo, que se cree que 500.000 civiles alemanes fallecieron de hambre y privación, y a ellos se han de añadir los dos millones de rusos, los más de 650.000 serbios y otro medio millón de rumanos. Y faltan datos de turcos, palestinos, africanos, etc. No es extraño que algunos lleguen incluso a calcular el total de muertos de esta guerra en 70 millones.

El incendio de Europa. Si las consecuencias humanas fueron catastróficas, las de orden político y económico no se quedaron a la zaga: a la firma del armisticio, en 1918, Inglaterra estaba prácticamente en bancarrota; Rusia y Alemania sufrían los estertores de sus respectivas revoluciones; el Imperio de Austria-Hungría se había desmembrado y de sus ruinas emergían varios pequeños Estados; también el Imperio turco se había quebrado, y de Italia lo menos que puede decirse es que estaba confundida y al borde del caos. Europa había ardido y, como escribiría el general Fuller, "toda una época se había hundido entre las llamas". ▪



SENTIMIENTOS Y SENSACIONES

En la piel del soldado

No todo era odio, crueldad y venganza; en la Gran Guerra también se vivió el amor, el compañerismo, la generosidad... Las fotografías de este álbum retratan el lado más humano de los combatientes.

Por **Teresa Pacheco**, periodista







HACER EL AMOR EN PLENA GUERRA

"Pienso en vosotras constantemente, pienso en vosotras cuando me tumbo por la noche, cuando me despierto por la mañana, cuando hacemos marchas, en realidad pienso en vosotras siempre que estoy despierto (...)". Este es un extracto de una de las muchas cartas que el sargento Arthur Harrington escribió a su esposa, Florence, durante la contienda. Se marchó al frente francés dejándola embarazada de su segunda hija. Murió sin conocerla. Toda su correspondencia forma parte del recopilatorio *Mujeres y amadas: cartas de amor enviadas en tiempos de guerra*. Sus autores, los investigadores Alastair Massie y Frances Parton, afirman que las misivas desvelan cómo en tiempo de guerra "todas las emociones habituales que experimentan los hombres y las mujeres se hacen sentir de una forma mucho más intensa". En la imagen nº **1**, un militar estadounidense se distrae un momento en el desfile por las calles de Londres (15 de agosto de 1917) para saludar a una niña que le tiende la mano. A la derecha, arriba (**2**), una postal plasma el reencuentro entre un soldado francés y su amada; mientras la foto nº **3** capta a un grupo de reclutas escribiendo a sus seres queridos desde el campo de batalla.

GETTY ALBUM ASC

EL DÍA A DÍA EN LAS TRINCHERAS
Los soldados cavaron cientos de kilómetros para conseguir esos largos tajos en el terreno que se convirtieron durante aquellos cuatro años en su hogar y refugio. Además de sufrir las atrocidades propias de la guerra, debieron soportar el frío, la humedad de los interminables inviernos, el fango, la mala alimentación, la proliferación de ratas, la falta de higiene, la incomodidad... Todo ello fue minando su resistencia física y psíquica durante el conflicto.

No obstante, estas imágenes nos revelan que en esos inhóspitos lugares prevaleció también el intento de conseguir una relativa paz mientras acechaban las bombas. En la foto nº **1**, soldados alemanes usan un tronco como letrina. Y la partida de damas que juegan tan concentrados en la imagen **2** significaba un momento de respiro y contribuía a olvidar la dura realidad. Otros encontraron en la fotografía una forma de evadirse y de expresar cómo se sentían. Un archivo de 500 imágenes inéditas de la I Guerra Mundial realizadas por un militar anónimo será la base de una exposición que se exhibirá en distintos países europeos a lo largo del centenario de la contienda. Los protagonistas de la foto nº **3** son dos fotógrafos americanos subidos a un tanque del ejército británico, mientras que en la nº **4**, miembros del ejército ruso se remiendan sus uniformes.

1

2

3

EUROPEANA 1914-1918

ASC

4

EUROPEANA 1914-1918

PRISMA

ASC



ASC



GETTY



INDEX BRIDGEMAN



EUROPEANA 1914-1918

5

GETTY

6

EL SER HUMANO, AL LÍMITE...

La guerra se llevó a más de 9 millones de combatientes. Sólo en Alemania murieron 1.600.000 soldados. En Francia, las víctimas ascendieron a 1.300.000. Todo ello sin contar a los millones de civiles que desaparecieron, los heridos y mutilados... No obstante, a pesar de estos escalofriantes datos, cuando uno contempla estas escenas puede llegar a pensar que quizá la muerte fuera la mejor de las opciones, ante el sufrimiento que padecieron estos hombres. La imagen nº **1**, tomada en Salónica, corresponde al frente griego de combate. Fíjese: en el preciso momento en el que el soldado disparaba la pieza de artillería, una bala enemiga atravesaba su cuerpo. También es muy revelador cómo el fotógrafo Frank Hurley describía visualmente (foto **2**) y por escrito el horror de la batalla de Menin (Bélgica): “Es uno de los enfoques, si no el primero, más espantoso en todo el frente”. La foto nº **3** describe a soldados británicos dando agua a un prisionero alemán que apenas se mantenía en pie. En el centro, un soldado inglés protegido con una máscara de gas (**4**). La foto nº **5** ilustra la soledad de los heridos y la nº **6**, el cadáver de un oficial atrapado en la alambrada de una trinchera.

OBJETOS SUPERVIVIENTES
No queda quien nos relate la barbarie de la guerra, todos los testigos han fallecido ya... Sin embargo, la Biblioteca Digital Europea atesora un gigantesco archivo documental formado por fotografías, cartas, postales... que *revive* la Primera Guerra Mundial. Gran parte del material proviene de bibliotecas y museos, mientras que otros muchos objetos han sido cedidos por familiares de los soldados. En estas páginas exponemos piezas que pertenecían a aquellos valientes. El militar alemán Walter Naumann luchó en la batalla de Verdún y en la de Cambrai (Francia). Su legado es este estuche de cuero lleno de estampas y los binoculares (**1**) que utilizó para no perder detalle del conflicto. Abajo, una *cubertería de guerra* (**2**) de origen alemán. Esos prismáticos náuticos (**3**) tan bien conservados pertenecieron al capitan chipriota Michael Savva Keleshi. Actualmente, el Museo de Ciencias de Londres conserva la prótesis de metal y cuero (**4**) que utilizó un soldado anónimo al perder su pierna izquierda. Otra historia es la del combatiente francés Frans Wuyts, que llevó estas gafas oscuras (**5**) para proteger sus ojos por la ceguera temporal que le provocó un ataque de gas cloro. Debajo, una cantimplora (**6**) con dibujos grabados por un prisionero francés.




3
4
5
6

ENTREVISTA CON

MAX HASTINGS

"La gran ironía es que Alemania habría podido dominar Europa de forma pacífica"

Este escritor y periodista británico aborda en su nuevo libro, 1914: el año de la catástrofe, *una visión innovadora y controvertida de la I Guerra Mundial, en la que el autor afirma que Alemania fue la gran responsable de una lucha global que abrió las puertas a un siglo de barbarie.*

Por **Fernando Cohnen**, periodista.



GORDON

La Belle Époque es considerada una etapa optimista, llena de esperanza, en la que surgieron grandes inventos e importantes corrientes de pensamiento y del arte del siglo XX. ¿Esa sensación pervivía en el arranque del verano de 1914?

Muchos pensaban que el tiempo transcurrido entre 1900 y 1914 era una extensión de la *Belle Époque*, con la visión idílica de elegantes mujeres enfundadas en vestidos blancos y gente remando en plácidos ríos. Pero esa imagen no significa que aquellos años fueran de tranquilidad. La mayoría de la gente inteligente era muy consciente de los riesgos que tenían delante. En Gran Bretaña se produjeron innumerables huelgas, lo mismo que en Alemania, en Rusia y en otros países. Había un miedo muy real de que estallase una revolución. Por otro lado, se estaba produciendo un gran cambio tecnológico, mucho mayor del que estamos experimentando hoy, con la electricidad, el automóvil, el avión o el cine. Los políticos europeos habían nacido en el siglo XIX y se movían con carruajes tirados por caballos. Anclados en el pasado, trataban de lidiar con aquellos avances tecnológicos y con la creciente agitación social en el continente, lo que les debió de parecer una tarea muy difícil.

En su opinión, ¿qué nación contribuyó más al estallido de la guerra?

No hay ninguna nación que se merezca toda la culpa. Si no hubiera estallado la Gran Guerra en 1914, habría habido otra en esos años. Si analizamos la crisis que se produjo semanas antes del comienzo del conflicto, la conclusión es que Alemania era el país que tenía el poder para detenerlo. Si en aquellos momentos decisivos Berlín le hubiera dicho a Viena que frenara la espiral bélica, es casi imposible que hubiera habido una guerra. Una vez que el Imperio austrohúngaro decidió declararla, Alemania pensó que podía derrotar a Rusia, aunque antes tenía que doblegar a Francia en pocas semanas, algo que el Estado Mayor alemán dio por hecho. Sin duda, los rusos tenían el derecho de ayudar a los serbios cuando el Imperio austrohúngaro les declaró la guerra. Pero Rusia debería haber indicado a los serbios que dejaran de apoyar a grupos terroristas que atentaban en el propio territorio austrohúngaro. Por eso, creo que hay naciones que tuvieron más responsabilidad que otras.

¿Cree que a Alemania le interesaba que estallase la guerra?

Deseaba la guerra porque creía que se haría con la victoria. En 1914, Alemania se encontraba en una situación parecida a la de China hoy día con respecto a Estados Unidos. Los poderes emergentes siempre exigen más voz y voto en el mundo. En aquel entonces, los alemanes encontraban intolerable que Gran Bretaña siguiera manteniendo el control del mundo financiero y de los mares a través de su potente Armada. Los alemanes estaban frustrados, lo que es comprensible. Reclamaban su protagonismo en el mundo colonial. Si yo fuera alemán y estuviera defendiendo su postura, diría que los ingleses no querían la guerra porque ya tenían el imperio más grande. Por esa razón, Berlín rehusó utilizar su poder para contener el deseo de Viena de iniciar una guerra en los Balcanes.

¿Cuál fue el papel de Gran Bretaña en la crisis de julio de 1914?

El 26 de julio de ese año, el titular de un editorial del diario británico *The Times* decía: "El Rey y la crisis". Pero la crisis a la que se refería el titular no era la que se estaba produciendo esos días en Europa, sino la



De casta le viene al galgo. Nacido en una familia de tradición periodística, Max Hastings ha participado como corresponsal –tanto en prensa escrita como para la televisión– en 11 conflictos bélicos.

PERFIL PROFESIONAL
Hastings nació en diciembre de 1945 en el seno de una familia de reconocidos periodistas británicos. Formado en la Chaterhouse School y en el University College de Oxford, fue corresponsal de varios periódicos y realizó documentales de televisión para la BBC. Tras esa etapa, Hastings dirigió el *Daily Telegraph* y, con posterioridad, el *Evening Standard*. Cubrió 11 conflictos bélicos y entre sus hazañas está el haber entrado en Port Stanley antes que las tropas británicas durante la guerra de las Malvinas. Fue nombrado caballero de la Orden del Imperio Británico en 2002 y se ha convertido en uno de los más respetados autores contemporáneos de historia militar. Su dedicación a la historia y al periodismo ha sido distinguida con numerosos premios, entre ellos, el Pritzker Military Prize de 2012.

WEB
bit.ly/19fv2eX Este autodenominado "sitio web de la historia del siglo XX" aborda los antecedentes, el desarrollo, los tratados de paz y las consecuencias de la Gran Guerra.



de Irlanda. En aquellos momentos, el foco de atención del país se centraba en los problemas domésticos. Por otro lado, es muy dudoso que Alemania hubiera podido hacer algo en julio de 1914 para influir en Gran Bretaña, porque Berlín veía a los ingleses como marginales. Los germanos tenían puesto el punto de mira en Rusia y en Francia.

¿A los alemanes no les preocupaba la potente flota británica?

El Káiser afirmó que los barcos de guerra no tenían ruedas, aludiendo al escaso interés estratégico de la Marina en el conflicto que se avecinaba. Los alemanes daban mucha importancia al papel protagonista que iba a tener la infantería en suelo europeo. El jefe del Estado Mayor alemán, Helmuth von Moltke, no pensó que Inglaterra supusiera ningún problema, porque su Ejército de Tierra era muy pequeño. Además, la intención de Alemania era ganar la guerra rápidamente, lo que restaba importancia al frente naval o a la posibilidad de que los navíos británicos impusieran un bloqueo a Alemania, como finalmente ocurrió.

¿Cómo es posible que los políticos que gobernaban el mundo no hicieran nada para frenar la guerra?

Es habitual en la Historia que cuando se presentan grandes retos y problemas aparezcan seres humanos muy ineptos para solucionarlos. Si uno analiza las naciones europeas de 1914, descubre que sus políticos y sus generales no eran personas especialmente brillantes. Por ejemplo, desde 1906 a 1914, Von Moltke animó y convenció al Káiser de que Alemania podía entrar en una guerra y ganarla. Cinco semanas después de comenzar el conflicto, Von Moltke sufrió una crisis nerviosa por el desarrollo de la batalla del Marne, y el Estado Mayor alemán tuvo que sustituirlo por otro mariscal. Lo que sorprende en Alemania, y también en otros países, es que tanto su canciller, como el Káiser o Von Moltke eran hombres débiles que se pusieron una máscara de hombres fuertes.

Ya que hablamos de la mediocridad de muchos políticos y generales, ¿cuál fue la figura militar más desastrosa de aquellos años?

Alfred Schlieffen, porque en 1905 diseñó el fantasioso plan militar que convenció a los alemanes de que podían ganar un conflicto bélico en Europa. Pero aquel plan no podía funcionar en un mundo que había revolucionado el poder destructivo de las armas y en un momento en que los ejércitos no sabían utilizar las nuevas tecnologías de transporte y de comunicación. Para mí, la gran ironía es que Alemania disfrutaba de tal éxito económico e industrial en 1914, que si no hubiera habido una guerra habría dominado a Europa en tan solo veinte años, y lo habría hecho de una forma pacífica. El Káiser y sus consejeros no entendieron que ellos eran los que más tenían que perder si estallaba la guerra.

¿Fue una sorpresa para Berlín que Gran Bretaña participara finalmente en la guerra?

Efectivamente, lo fue; aunque los alemanes habían previsto esa posibilidad. Hay que recordar que hasta el 1 de agosto de 1914, la mayoría de los británicos estaba en contra de entrar en la guerra y que odiaban a los rusos, sus enemigos históricos. Tampoco tenían ninguna simpatía por Serbia y no estaban dispuestos a luchar por ese país. Todo eso lo sabían los alemanes. Pero la invasión germana de Bélgica lo cambió todo. Es sorprendente que todavía hoy haya gente que piense que fue una locura luchar por defender la neutralidad de los belgas. Si los aliados no hubieran presentado batalla, Alemania habría logrado el control absoluto de Europa.

¿Cuál fue el impacto económico y social del conflicto en las retaguardias de las naciones involucradas?

Para Francia fue desastroso. No hubieran podido seguir el esfuerzo bélico sin los préstamos de Gran Bretaña. La reunión que mantuvieron las dos naciones en el invierno de 1914-1915 no fue para discutir estrategias militares, sino para debatir cómo se iba a pagar la guerra. Inglaterra pudo financiarla, pero a costa de llevar al país a la ruina. En 1917, Londres tuvo que pedirle préstamos al Gobierno estadounidense. De hecho, el apoyo económico de los americanos fue mucho más decisivo para derrotar a las Potencias Centrales que su ayuda militar.

Usted aporta en su libro mucho material sobre la guerra en Serbia y en la región polaca de Galitzia. También denuncia numerosas ejecuciones de civiles en el frente oriental, en especial en Serbia.

Las tropas austrohúngaras fueron absolutamente brutales con los civiles serbios, lo mismo que las tropas rusas con los civiles judíos. Durante muchos años, los historiadores británicos se centraron en lo que ocurrió en el frente occidental. Es muy importante que ahora los lectores sepan que en Serbia murió mucha más gente que en Francia o Bélgica y que los rusos tuvieron unas cifras de bajas terribles que todavía hoy desconocemos, pero que podrían oscilar entre los dos o cinco millones de personas.

En su libro también aporta muchos casos de violencia contra la población civil belga.

En 1914, todos los periódicos del mundo, especialmente los británicos y franceses, publicaron historias sobre las atrocidades alemanas en Bélgica. Al principio de la guerra, muchos británicos no estaban seguros de estar luchando en el bando ▶



Un Sir muy campestre. Caballero de la Orden del Imperio Británico desde 2002, hoy Hastings es uno de los autores de historia militar más reconocidos (en la foto, con su esposa Penny y sus perros en el jardín de su casa en Berkshire).

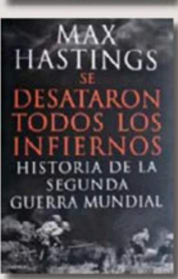
CORDON

"Los políticos y generales europeos de 1914 no eran especialmente brillantes"

Lo suyo son las guerras

Max Hastings es autor de obras maestras sobre la II Guerra Mundial, como *Overlord*, *The Second World War: A World in Flames*, *Bomber Command*, *Battle of Britain* o *Das Reich: March of the Second SS Panzer Division Through France*.





Sus libros testimonian conocimientos militares de primera mano.

Matanzas humanas. En Editorial Crítica ha publicado también una serie de títulos que le han convertido en uno de los autores de temas militares más reconocidos en España. Entre ellos, *Se desataron todos los infiernos* (una apasionante crónica de la II Guerra Mundial), *La guerra de Churchill*, *Némesis* (dedicado al hundimiento de Japón) y *Armagedón* (sobre la derrota alemana en 1945). Ahora, Max Hastings presenta la edición española de su nuevo libro *1914, el año de la catástrofe*, una obra en la que utiliza un gran caudal de documentos de la época y de soldados que combatieron en los distintos frentes. Hastings hace especial hincapié en los horrores que se vivieron en Rusia, Serbia y Polonia, escenarios bélicos que no han sido tan estudiados en otros libros sobre aquella matanza global. También indaga en las causas que desencadenaron la Gran Guerra.

▶ correcto. La publicación de esos horrores fue muy importante para que la opinión pública cambiara de sentimientos y se mostrara cada vez más hostil hacia Alemania. Pero después de la guerra se supo que muchas de las informaciones eran falsas, como las historias que circularon sobre tropas alemanas que cortaban las manos de bebés belgas. La opinión pública se sintió tan engañada que terminó creyendo que todo lo publicado había sido producto de la propaganda. Pero recientes estudios académicos sobre lo ocurrido en Bélgica demuestran la muerte de más de seis mil civiles que eran completamente inocentes.

¿Cuáles fueron los principales factores que propiciaron la derrota alemana?

Lo que a mí me parece extraordinario no es el hecho de que Alemania perdiera la guerra, sino que pudiera sostenerla durante cuatro años. Si tardaron tanto en ser derrotados fue sin duda por la superioridad de su ejército. Desde el principio del conflicto, los aliados mantuvieron el control del mar, que se reforzó mucho más con la entrada de Estados Unidos en la guerra, lo que tuvo efectos desastrosos para la economía alemana. A partir de entonces, sólo era cuestión de tiempo que el Estado Mayor alemán comprendiera que su país iba a ser derrotado militarmente.

Pero muchos alemanes no tuvieron esa sensación de derrota. Pensaban que sus políticos habían traicionado al ejército del Reich al asumir el armisticio.

Sí, sobre todo los nazis. Ellos utilizaron la idea de que los políticos habían apuñalado por la espalda a los militares alemanes, pero lo hicieron con fines propagandísticos. Al final de la I Guerra Mundial, Alemania estaba arruinada económicamente, pero el país estaba intacto. No había habido ninguna batalla en su territorio, razón por la que los germanos no tuvieron conciencia de que eran los vencidos. Muchos pensaron que si la lucha hubiera seguido, la victoria habría sido posible. Todo lo contrario que al final de la II Guerra Mundial, que dejó el país tan devastado que los alemanes no tuvieron ninguna duda sobre su derrota.

VÍDEO

bit.ly/1IV3IIJ

Documental de RTVE que recoge distintas historias emotivas y curiosas de la Primera Guerra Mundial para conmemorar el centenario de su comienzo.



¿Cree que el Tratado de Versalles fue muy duro con Alemania?

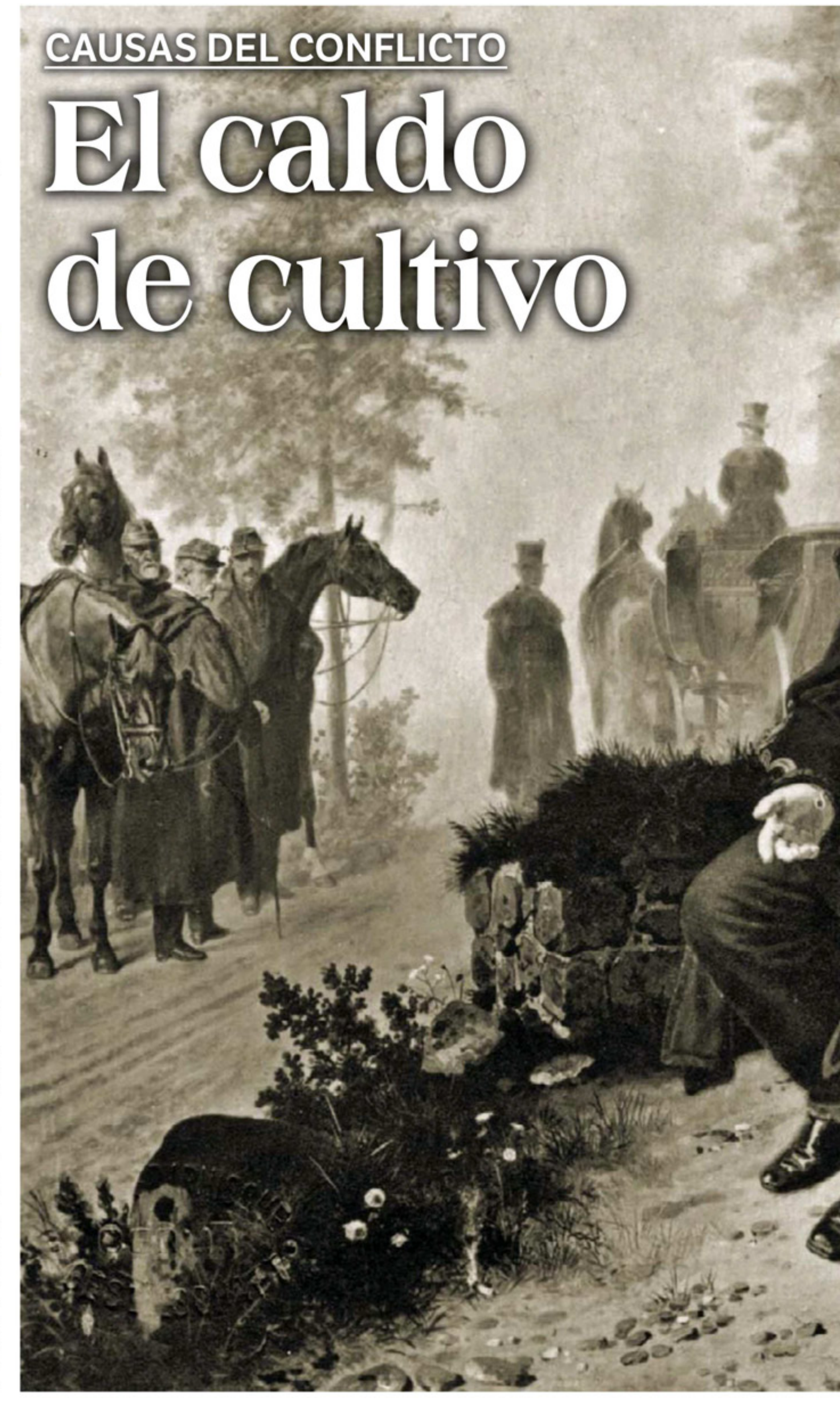
Fue un tratado burdo, pero hay que leer el reciente libro de Margaret MacMillan (titulado "Peacemaker") para comprender su verdadera dimensión. Ella perfila la idea de que los aliados intentaron ser duros con Alemania, pero fallaron en su propósito. Los alemanes terminaron pagando menos dinero a los franceses por las reparaciones de guerra que lo que obtuvieron de Francia en 1871. Firmar la paz después de una contienda tan importante como esta es tremendamente difícil. ¿Qué habría pasado si los germanos hubieran ganado la Gran Guerra? Pues que la libertad, la justicia y la democracia europeas habrían pagado un precio muy alto. ¿Gran Bretaña tendría que haber evitado luchar con las tropas del Káiser? Creo que tenía razones más que suficientes para frenar a los alemanes. ■

Europa se sentaba sobre un avispero desde el siglo XIX: tensiones fronterizas, rivalidad colonial, fanatismo, desarrollo armamentístico... Y Sarajevo le dio salida.

Por **Juan Carlos Losada**, especialista en historia militar y escritor

CAUSAS DEL CONFLICTO

El caldo de cultivo



El 28 de junio de 1914 moría víctima de un atentado, en Sarajevo, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero al trono del Imperio austrohúngaro. Fue un magnicidio más de los que hubo en aquellos años; sin embargo, sería la chispa que haría estallar un enorme barril de pólvora que se había ido cebando durante décadas, lo que dio lugar a la guerra más mortífera que la humanidad había visto hasta entonces.

Todos quieren su imperio colonial. Durante el último tercio del siglo XIX, las potencias europeas, con Francia y Gran Bretaña a la cabeza, no habían dejado de ocupar casi toda África, Oceanía y gran parte de Asia. La segunda revolución industrial estaba en pleno apogeo y, con ella, una insaciable necesidad de materias primas, de mano de obra barata, de nuevos mercados y de espacios vírgenes en los que volcar los excedentes de población que Europa tenía. Rápidamente, las primeras potencias se lanzaron a una carrera literal para ver quién ocupaba más y mejores territorios en los citados continentes, para poder consolidar sus respectivas expansiones económicas. Sin embargo, Alemania había llegado tarde al reparto colonial, distraída en unificarse antes como territorio y en fortalecer su poder en el viejo continente. Ello le suponía una situación incómoda pues, si bien su desarrollo económico había sido fulgurante (hacia 1900 había superado a Gran Bretaña en el *ranking* y era ya la primera potencia económica mundial), no tenía las colonias que precisaba su ritmo de crecimiento: necesitaba urgente- ▶



La guerra franco-prusiana. Francia perdió frente a Alemania y le cedió Alsacia y Lorena; los franceses no lo perdonaron. Este cuadro (W. Camphausen, 1878) muestra a Napoleón III y Bismarck tras la batalla de Sedán (2/9/1870).

10%
de la mano de obra
en las principales potencias europeas estaba empleado hacia 1913 en la industria militar, uno de los pilares de la economía de la época.

mente materias primas baratas y nuevos mercados, si no quería ver ahogado su desarrollo.

El resultado era que, desde finales del siglo XIX, Alemania venía reclamando de Francia y Gran Bretaña más territorios en África y Asia, cosa a la que ambas potencias se negaban mientras, a su vez, mantenían serias disputas entre sí en África. La competencia entre los distintos Estados europeos por ver cuál se convertía en la primera potencia mundial se fue haciendo progresivamente más feroz, con lo que la situación se iba envenenando y cada vez eran más frecuentes los incidentes y las tensiones entre las distintas naciones. No obstante, en 1904, Francia y Gran Bretaña pactaron el fin de sus rivalidades, así como el reparto colonial de África, con lo que Alemania pasó a ser el adversario. Ésta, por su parte, insistía cada vez con más fuerza en sus pretensiones, por lo que los conflictos no hicieron sino aumentar. Las crisis marroquíes de 1906 y 1911 entre Francia y Alemania fueron uno de los reflejos de las tensiones en África, que seguirían dando pretextos para el enfrentamiento.

Tensiones fronterizas en Europa. En Europa también había fuertes pugnas fronterizas. El primer conflicto se daba entre Francia y Alemania a raíz de la guerra franco-prusiana (1870-1871), que había supuesto la ocupación de Alsacia y Lorena por parte de la victoriosa Alemania de Bismarck. Desde entonces, el revanchismo francés no había dejado de crecer y se animaba a todo el país a reintegrar ambas regiones en la *madre patria* y a liberarlas del proceso de *germanización* que estaban sufriendo. Por su parte, Gran Bretaña, que dependía cada vez más de las importaciones de las materias primas de sus colonias para mantener el crecimiento de su industria nacional, temía que el incremento del poder naval de Francia y Alemania pusiese en jaque su tráfico marítimo.

El segundo foco estaba en los Balcanes. El Imperio otomano se iba diluyendo a marchas forzadas, mientras los pueblos a los que había sometido (eslavos, rumanos, griegos...) se constituían en Estados libres. Sin embargo, detrás de estos estaban los dos grandes imperios vecinos, el ruso y el austrohúngaro, que aspiraban a tutelar a los nuevos Estados o, simplemente, a ocupar el territorio que los turcos iban perdiendo. Ambos buscaban expandirse y, de paso, competir por ver cuál alcanzaba antes las aguas del mar Egeo: las dos potencias eran continentales y, para romper su aislamiento, precisaban descender hacia el sur lo más posible, para que sus costas meridionales no se limitasen a los cerrados mares Negro y Adriático. Obviamente, la tensión enseguida surgió entre ellas, alimentada por diferencias y rivalidades seculares: los rusos eran eslavos y ortodoxos, mientras que austriacos y húngaros eran católicos y de influencia germana. Para añadir

La lucha por tener un imperio colonial fue uno de los factores que sembraron el camino a la guerra

más leña a la hoguera, los rusos se autoproclamaron padres protectores de todos los eslavos. Ello los enfrentaba directamente con el Imperio austrohúngaro, pues éste sometía política y culturalmente a importantes núcleos de población eslava en Polonia, Bohemia, Moravia, Eslovaquia, etc. En 1908, los austriacos arrebataron Bosnia a los turcos, y ese mismo año Bulgaria también se independizó de Turquía con apoyo ruso. Por su parte, Grecia aprovechaba la rivalidad de ambos imperios y la debilidad otomana para expandirse también lo más posible. El resultado final era que las fronteras balcánicas estaban en constante disputa y constituían un inquietante avispero.

Dos bloques de alianzas. Tampoco el Mediterráneo y el norte de África estaban libres de fricciones. Aparte de las tensiones marroquíes, durante 1911 y 1912 se produjo la guerra italoturca, que supuso, por parte de una Italia también ávida de un imperio colonial, la conquista de Libia y de las islas del Dodecaneso en el mar Egeo. La debilidad demostrada por el Imperio otomano también animó a eslavos y griegos a conquistar terreno a los turcos, lo que llevó a las guerras balcánicas de 1912 y 1913. Sus consecuencias fueron la casi expulsión completa de los turcos de Europa, que sólo conservaron el extremo oriental de Tracia. Para empeorar más su situación, también estaban perdiendo terreno en el Cáucaso a manos de los rusos, que igualmente se habían erigido en protectores de los armenios. Obviamente los otomanos, con ganas de revancha, querían recobrar parte del terreno perdido, y en esta aspiración encontraron un aliado en Austria, recelosa por su parte del protagonismo creciente de los rusos e italianos en la región.

La consecuencia de todo ello era la división de Europa en dos bloques de alianzas absolutamente antagónicos. Por un lado, la Triple Entente, vi-

El Plan Schlieffen


GETTY IMAGES

Tropas alemanas desembarcan en el puerto de Amberes el 8 de octubre de 1914: ha comenzado la invasión de Bélgica.

Previendo que la guerra era inevitable en dos frentes a la vez, ante los rusos y ante los franceses, el jefe del Estado Mayor alemán, Alfred von Schlieffen, ya había planificado en 1905 una maniobra de ataque que consistía en resistir con fuerzas limitadas ante los rusos mientras se descargaba todo el potencial bélico en el frente occidental para vencer con rotundidad y rapidez. Una vez conseguido, las fuerzas se trasladarían al teatro oriental y se procedería a atacar y a vencer a los rusos que, hasta ese momento, sólo habrían sido contenidos. El Plan contemplaba que, ante los franceses, el ala derecha del ejército germano contara con mayores efectivos y se lanzara al ataque, mientras que el centro y la izquierda se limitarían a contener los ataques galos. Sin embargo, para que la operación culminase con éxito era preciso invadir Bélgica, violando su neutralidad, ya que ello permitiría envolver a las fuerzas francesas desde el norte y caer así sobre París. Cada año se revisaba el Plan, que fue modificado en 1913 y puesto en marcha en 1914: las fuerzas empleadas en la operación no fueron tan numerosas como había diseñado Schlieffen, pues se destinó a más hombres de los previstos al frente oriental. Se especula actualmente con que esta falta de efectivos para acometer la maniobra fue decisiva para que los franceses pudiesen resistir en el Marne e hicieran así fracasar el plan alemán de una victoria rápida. Lo cierto es que, a partir de ese momento, el frente occidental se estancó y se entró en la fase de guerra de trincheras.

gente desde 1907 y formada por británicos, franceses y rusos, que, tras haber pactado y resuelto sus disputas coloniales en África y Asia, se prometían mutua ayuda en caso de guerra. Además, Gran Bretaña garantizaba la independencia de Bélgica, lo que provocó que, cuando fue invadida por Alemania, los británicos declarasen la guerra. Por otro lado, estaba la Triple Alianza (los llamados Imperios o Potencias Centrales) que, ya desde 1882, incluía a Alemania, al Imperio austrohúngaro y a Italia (competía con Francia por Túnez). Cuando estalló la guerra, Italia rompió la alianza y al año siguiente cambió de bando, por la promesa de obtener los territorios austriacos del sur de los Alpes. Sin embargo, su defección fue compensada con la incorporación a la Triple Alianza, al poco de iniciada la guerra, del Imperio otomano.

La paz armada: tecnología al servicio de los ejércitos. Coincidiendo con las tensiones políticas que se adueñaban del mundo, el desarrollo científico y tecnológico estaba en su apogeo. La metalurgia del acero, la química, la óptica, la electricidad, el motor de explosión, las turbinas, el ferrocarril, el telégrafo y un largo etcétera habían aparecido o tenido un impulso nunca antes conocido. Todas estas innovaciones habían sido fruto, en buena parte, de las presiones de los militares para conseguir más y mejores armas, y enseguida se aplicaron al desarrollo de los ejércitos. El resultado fue que la investigación científica y el desarrollo tecnológico comenzaron a ir de la mano de los ministerios de la guerra de los diferentes países.

El desarrollo de la metalurgia del acero, por ejemplo, permitió poner fin definitivamente a los cañones de retrocarga y de bronce. Los nuevos de acero tenían un alcance de hasta 10 kilómetros y, lo más importante, una cadencia de tiro de hasta 10 disparos por minuto. Por su parte, los fusiles ya eran todos de repetición (Winchester, Máuser...), lo que permitía una rapidez de tiro de 12 disparos por minuto con un alcance de hasta mil metros. El invento de las ametralladoras modernas, en 1885, aumentó aún más la densidad de la cortina de fuego que ahora los ejércitos eran capaces de desplegar. En el mar, la carrera armamentística tuvo una especial importancia. Junto con el grosor del blindaje y la potencia de



GETTY IMAGES

Italia contra Turquía. La primera ansiaba un imperio colonial y la segunda perdía el suyo (el otomano). Venció Italia y se quedó con Libia (arriba, trinchera italiana en ese país, 1912).



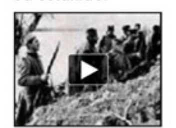
GETTY IMAGES

CORBIS

El reparto de África. Francia y Gran Bretaña se llevaron los mejores *trozos de la tarta*, marginando a Alemania, lo que fue otro foco de conflicto a principios del siglo XX. Aquí, dos estampas de la Sudáfrica colonizada por los británicos: arriba, trabajadores de varias etnias en una mina de oro; a la izquierda, un campamento militar (ambas, hacia 1900).

VÍDEO

bit.ly/1fW2cl6
En este enlace, un reportaje sobre las guerras de los Balcanes (1912-1913) que precedieron a la Gran Guerra y en parte causaron su estallido.

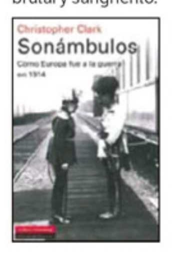


16.800
metros de alcance habían logrado los torpedos submarinos en 1913. Esta mejora tecnológica y otras (invención del periscopio, explosivos más potentes y seguros como la dinamita y la cordita) fueron usadas masivamente en la I Guerra Mundial.



LIBRO

Sonámbulos. Cómo Europa fue a la guerra en 1914, *Christopher Clark.* G. Gutenberg, 2014. Un análisis minucioso de los complejos hechos y relaciones que llevaron al mundo a un conflicto tan brutal y sangriento.



GETTY IMAGES



La contienda impulsa la tecnología... y viceversa. Inventos como el telégrafo enseguida encontraron un uso preferentemente militar. Aquí vemos a operadores de telegrafía en el cuartel general del Potomac en 1863, durante la guerra civil de EE. UU.

▶ los cañones, comenzó también a barajarse el valor de la rapidez del navío y de su maniobrabilidad. Un hito fue la aparición a partir de 1866 de los torpedos autopropulsados, que fueron instalados en barcos pequeños y rápidos, los torpederos, temibles por su velocidad y gran capacidad de destrucción. También aparecieron los destructores de torpederos, luego simplemente llamados destructores, cuya principal característica era la velocidad: 26 nudos, frente a los 23 o 24 de los torpederos. Poco tiempo después, la mejora en las calderas, en combinación con las nuevas turbinas de vapor inventadas por Charles Parsons y con la sustitución del carbón por el petróleo como combustible (todo ello adoptado con entusiasmo por la Armada británica desde 1895), hizo posible buques capaces de navegar a 36 nudos. La velocidad pasaba a ser otra variable en la guerra naval, cada vez más apreciada. Luego, al inicio del siglo XX, los buques británicos fueron los primeros en aplicar el gran descubrimiento de Marconi, la telegrafía sin hilos. Otro hito fue la aparición del submarino moderno a principios del siglo XX, cuando se combinaron las propulsiones diésel y eléctrica. En este terreno, los franceses llevaron la delantera: su primer submarino moderno, el Gustave Zedé, podía navegar a ocho nudos de velocidad sumergido a veinte metros. Un paso más fue la invención de los periscopios en 1903. Por entonces, los torpedos ya habían aumentado su alcance hasta los 5.000 metros y aún lo elevarían hasta los 16.800 en 1913. Las ventajas de los submarinos eran muchas: se trataba de buques pequeños, baratos comparados con los grandes de superficie y capaces de operar de noche y con mal tiempo, así como de atacar las vías de suministro o los puertos enemigos, lo que los convertía en un arma perfecta para dañar la economía del adversario.

Innovaciones explosivas. La química de los explosivos también experimentó notorios avances. En 1863, Julius Wilbrand patentó el TNT y, en 1867, Alfred Nobel hizo lo propio con la dinamita. Eran mucho más potentes que la pólvora negra, no dejaban residuos que obturasen las bocas de fuego y se podían almacenar sin peligro de explosión porque, para estallar, requerían de encendido inicial y no les afectaban los golpes, como sí le sucedía, por ejemplo, a la nitroglicerina. A finales del siglo XIX también salió a la luz la cordita o pólvora blanca, que tenía la gran ventaja de no dejar humo cuando se disparaba, lo que hacía invisibles a los tiradores a los ojos del enemigo, al tiempo que al tirador le permitía seguir viendo sus objetivos sin que se le nublase la visión por el humo negro. También la aparición de los dirigibles y, más tarde, de los aviones supuso otra importante vuelta de tuerca en los avances tecnológicos militares.

El desarrollo de las armas había dado a los militares una fe ciega en la victoria: la guerra sería un paseo

Una guerra a lo grande. Nunca antes se habían ideado, y menos en tan pocos años, unos artefactos tan letales, que se revelarían como auténticas armas de destrucción masiva. El peso de la industria militar era tan elevado que empleaba a cerca del 10% de la mano de obra de las potencias europeas, por lo que constituía uno de los pilares de la economía de la época.

Todos estos inventos mortíferos se aliaron con otro elemento decisivo: la movilización masiva de tropas. Los estados mayores de los ejércitos comprobaron que las guerras necesitaban ahora del concurso de millones de hombres, que combatían en frentes de batalla de miles de kilómetros de longitud. De ahí se derivó la necesidad del servicio militar obligatorio, que, junto a las redes de ferrocarriles

PERSONAJE

Alfred Nobel (1833-1896), químico, ingeniero y armero sueco, inventó la dinamita en 1867. Antes de morir, preocupado por su legado, dejó su fortuna para los premios que llevan su nombre.

GETTY IMAGES



y la aparición de los automóviles, permitió poner en los frentes, en pocos días y hasta en horas, a cientos de miles de soldados perfectamente equipados y dispuestos a lanzarse al ataque. La logística también experimentó avances notables, pues era necesario alimentar, vestir y cuidar a millones de soldados al día.

El fanatismo nacionalista arrasa con todo. El desarrollo espectacular de las armas había dado a los militares una fe absoluta en la victoria. Convencidos irresponsablemente de que iban a arrollar al enemigo en cuestión de semanas, se fueron preparando para la guerra como si lo hiciesen para un desfile colorista. Las tensiones en Europa y en las colonias sirvieron para mantener el clima belicista, al ser presentadas como agravios imperdonables a la patria. La propaganda de la tensión, alimentada por la prensa sensacionalista, no hacía más que excitar el fanatismo nacionalista de la población, preparándola para inminentes conflictos. Los reyes de la prensa norteamericana, Pulitzer y Hearst, fueron determinantes, por ejemplo, para que los EE. UU. declarasen la guerra a España en 1898, tras una campaña reiterada y manipuladora desde tres años antes, que predispuso convenientemente a la opinión pública y a la clase política sobre la conveniencia de entrar en guerra: había nacido la llamada *prensa amarilla*. De igual modo, desde principios del siglo XX la prensa europea no dejó de atizar el fuego, exagerando toda suerte de agravios de unos países contra otros y sembrando un odio sobre el que fructificaría un agresivo belicismo.

Los ejércitos y las poblaciones de todos los futuros contendientes estaban convencidos, sin ningún género de duda, de que aplastarían al enemigo. Aparte de en periódicos y revistas, en las escuelas y universidades, en los parlamentos, en las cafeterías, los teatros y los salones se hablaba con entusiasmo de la guerra, sin imaginar las decenas de millones de muertos que iba a sembrar.

De opereta a matadero. El culto a la patria, la fe ciega en la victoria, la convicción de que la simple valentía de los soldados podía vencer cualquier dificultad habían empapado a toda la sociedad, convirtiéndose en una droga que hacía que todas las clases sociales estuviesen, incluso, ansiosas de entrar en guerra. Este contagio llevó a que también los partidos obreros de la II Internacional se olvidasen de sus compromisos pacifistas e internacionalistas, lanzando a la lucha a los trabajadores entre sí. Sólo una pequeña parte del movimiento marxista y los anarquistas se mostraron partidarios de la paz, votando los primeros en contra de los presupuestos de guerra, lo que les llevó a ser inmediatamente considerados unos traidores.

Cuando estalló la guerra en aquel verano de 1914, empezó como una opereta. Los ejércitos eran todavía un desfile de colores, plumeros y caballos; los oficiales combatían con el sable desenvainado, en pie frente a sus hombres; los alemanes conservaban el casco puntiagudo, los franceses, sus vistosos pantalones rojos. Todo el mundo fue a la guerra pensando que era cosa de semanas. Una locura entusiasta se apoderó de las opiniones públicas, pero la realidad transformó pronto el espectáculo de los soldados en una orgía de sangre, metralla y alambradas que duraría más de cuatro interminables años y en la que los frentes apenas se movieron. Al final, la guerra fue sólo un matadero lleno de trincheras en el que reinaban las ratas. Nunca el soldado había valido tan poco. Jamás la vida humana había valido menos.



El camino de hierro. Las redes ferroviarias fueron esenciales para poder movilizar masivamente a las tropas en el conflicto bélico que estaba por llegar (trabajadores del ferrocarril, hacia 1900).

Se impone la guerra defensiva

Desde 1870 hasta 1914, los inventos bélicos fueron de tal calibre que cambiaron absolutamente el modo de hacer la guerra. Los ejércitos dispusieron de una potencia de fuego nunca antes conocida (fusiles de repetición, ametralladoras, cañones...), junto con una notable mejora de los explosivos (minas terrestres y marinas, TNT, dinamita...). A todo ello se añadió un invento aparentemente menor, pero que fue decisivo: la alambrada. Ésta había surgido en las praderas americanas como herramienta ganadera hacia 1860, pero se vio que una profundidad de varios metros de ese alambre de espino era un obstáculo muy lento de atravesar para los soldados, que debían llevar consigo alicates y tenazas para poder cortarlo.



En la imagen, trabajadores franceses fabricando proyectiles con TNT durante la I Guerra Mundial.

GETTY IMAGES

La combinación de estos elementos hizo que en la guerra se impusiese la defensa estática. Ninguna carga tradicional, ni de infantería ni de caballería, podía alcanzar ya las líneas enemigas. Se implantó el camuflaje, pues un pelotón de soldados convenientemente fortificado podía, sólo con unas ametralladoras, frenar fácilmente el avance de miles de hombres. Igualmente, la única defensa ante los disparos de la fusilería y la artillería era cavar una zanja y refugiarse en ella. Curiosamente, la pala se había convertido en un arma tan importante como el fusil. Sólo los inventos del tanque y de la aviación podían romper efectivamente las defensas, pero estas novedades llegaron ya en las postrimerías de la guerra y no cambiaron su evolución.

FECHAS

28/enero 1871
El gobierno republicano francés admite su derrota en la guerra con Prusia y firma el armisticio, por el que pierde Alsacia y Lorena.

31/agosto 1907
Con el pacto angloruso, se crea la Triple Entente (Francia, Rusia y Gran Bretaña). Antes, en 1882, nace la Triple Alianza: Alemania, Austria e Italia.

31/julio 1913
Concluye la segunda guerra de los Balcanes: Bulgaria y Turquía son derrotadas, Serbia y Grecia se expanden y nace Albania.

PERSONAJE



Joseph Pulitzer (1847-1911), editor judío estadounidense, creó la *prensa amarilla* junto a su rival, Hearst. Los Premios Pulitzer se fundaron con el dinero que donó a la Universidad de Columbia.

Crónica de la I Guerra Mundial

Lo que se prometía como un breve e incruento conflicto acabó en cuatro largos años de un horror nunca visto: 20 millones de muertos –6 de ellos entre la población civil–, otros 20 de heridos y mutilados, hambre, armas químicas...

Por **Fernando Cohnen**, periodista



Las penosas condiciones de las trincheras quedan reflejadas en esta imagen de un desesperado soldado australiano en el frente occidental.

SUMARIO

El detonante

Antes y después del magnicidio. A la derecha, una imagen del 28 de junio de 1914 previa al atentado que costó la vida al archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austrohúngaro, y a su mujer, y que provocó la escalada que desembocaría en la Primera Guerra Mundial. En ella, el matrimonio abandona el ayuntamiento de Sarajevo en el coche que poco después tirotearía el bosnio Gavrilo Princip (debajo, su juicio, en octubre de ese año).

El terrorista

GETTY IMAGES



GETTY IMAGES

DE SARAJEVO A LA PRIMERA BATALLA DE YPRES

El mundo en guerra

Los conflictos larvados en Europa a principios del siglo XX estallaron en el verano de 1914 tras el asesinato del heredero del Imperio austrohúngaro. En unos meses, las principales naciones se hallaban enfrentadas en una locura bélica sin precedentes.

VÍDEO

bit.ly/1eBLtjz *A las armas*, primer capítulo de la serie documental *La Primera Guerra Mundial*, basada en el libro homónimo del historiador escocés Hew Strachan.



El primer acto del drama se representó en Sarajevo, capital de Bosnia-Herzegovina, el 28 de junio de 1914. Aquel día, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del Imperio austrohúngaro, y su mujer, Sofía, fueron tiroteados por Gavrilo Princip. El asesino era miembro de un comando serbo-bosnio manejado en la sombra por Dragutin Dimitrijevic, responsable del Servicio de Información serbio, y por extremistas de la sociedad secreta Mano Negra. El magnicidio pretendía golpear al Imperio austrohúngaro y facilitar la creación de la Gran Serbia, una nación que reuniese a todas las poblaciones eslavas que permanecían sometidas al poder de los Habsburgo.

El Plan Schlieffen. Un mes más tarde, Austria declaró la guerra a Serbia, lo que decidió al zar Nicolás II a intervenir en el conflicto, ya que había prometido defender los intereses de la nación balcánica. Alemania, que fomentó el fervor guerrero de los austriacos, vio la oportunidad de declarar la guerra a Rusia, contra la que iba a tener que enfrentarse antes o después. Creyendo que Inglaterra no entraría en el conflicto bélico por un pequeño país balcánico, el Káiser y su Estado Mayor centraron su atención en el ataque a Francia y a Rusia. Los militares alemanes tenían la certeza de que el ejército del Zar tardaría mucho tiempo en movilizar a sus efectivos, lo que les permitía abrir un frente occidental contra los franceses, a los que esperaban derrotar de manera fulminante.

La estrategia alemana se basaba en el Plan Schlieffen de 1905, que preveía el avance de los ejércitos del Reich a través de Bélgica para penetrar en Francia, ocupar los puertos

del norte, desde Dunkerque hasta el Havre, y virar hacia París para envolver al ejército enemigo. La derrota francesa debía producirse en pocas semanas, antes de que los rusos hubieran finalizado la movilización de sus tropas y pudieran iniciar el ataque en el frente oriental. La ejecución de ese plan y el apoyo militar del Imperio austrohúngaro facilitarían la victoria a las Potencias Centrales.

Entusiasmo belicista. Pero la violación de la neutralidad de Bélgica provocó la intervención de Gran Bretaña, que aportó su poderosa flota al esfuerzo de guerra, lo que proporcionó a los países de la Entente (Francia, Reino Unido y Rusia) la superioridad en los mares. La primera semana de agosto de 1914, cuando los imperios iniciaron las hostilidades, masas de jóvenes invadieron las calles de las principales ciudades europeas para festejar el estallido de la guerra. Se celebraron manifestaciones multitudinarias y, en los periódicos, muchos intelectuales expresaron su firme apoyo al esfuerzo bélico. En Alemania, algunos catedráticos universitarios firmaron la siguiente proclama: "Creemos que la salvación de la cultura europea depende de la victoria que conseguirá el militarismo alemán".

Al igual que los ingleses, franceses y alemanes, muchos intelectuales austriacos vieron en la contienda una forma de purificar el aire viciado en Europa. La mayoría acató la postura belicista del emperador Francisco José y jaleó con textos patrióticos a la joven soldadesca que desfilaba por las calles de Viena horas antes de ser enviada al matadero. En Francia, la respuesta a la movilización fue tan entusiasta que dejó perplejo al escritor André Gide, uno de los pocos que defendió la necesidad de una reconciliación francoalemana.

Al mismo tiempo que los parisinos gritaban "¡Todos a Berlín!", una gran multitud reunida en la Odeonplatz de Munich mostraba su entusiasmo ante el flamear de las banderas; entre los asistentes a aquella manifestación patriótica se encontraba un joven austriaco llamado Adolf Hitler. El mundo parecía haberse vuelto loco. Sin embargo, la cordura llegó semanas después, cuando las penalidades en las trincheras, el fuego enemigo y la muerte enfriaron poco a poco el inicial ardor combativo de los jóvenes europeos.

Despliegue de fuerzas. Los escasos objetores de conciencia británicos, franceses y alemanes fueron recluidos en prisión, bajo la amenaza de acabar frente a un pelotón de fusilamiento. La Internacional Socialista también intentó frenar aquella locura que iba a enfrentar a los trabajadores europeos, pero en los partidos socialistas de cada país primó el espíritu de unidad nacional. Para mantener la energía necesaria en combate, era preciso que la población civil tuviera la misma resolución de lucha: la guerra no sólo se iba a librar en el frente y las naciones debían orientar todo su esfuerzo hacia el objetivo supremo de la victoria.

En el arranque del mes de agosto de 1914, los adversarios midieron sus fuerzas en tres frentes principales. Los ejércitos franceses, que estaban apoyados en su ala izquierda por las tropas belgas y por el exiguo cuerpo expedicionario inglés, tenían que defender una amplia línea de batalla que iba de Suiza hasta el mar del Norte. Los ejércitos rusos se desplegaron del Báltico a la frontera rumana. El pequeño ejército serbio tomó posiciones a lo largo del Danubio y del Save. Por su parte, la poderosa maquinaria de guerra de las Potencias Centrales tuvo que encarar dos frentes: uno contra los serbios y los rusos en el este y otro contra los franceses, los ingleses y los belgas en el oeste.


CORDON PRESS

Una línea continua de trincheras. Eso fue el frente occidental desde 1914 hasta 1918: en ellas se instalaban los nidos de ametralladoras y se agazapaban los soldados de uno y otro bando, cubiertos de barro. Aquí, excavación de trincheras en los alrededores de Ypres.

Víctimas civiles. Mientras las tropas alemanas invadían Bélgica y giraban hacia el sudoeste para dirigirse a París, numerosos pueblos sufrieron las consecuencias de los combates. En su avance a través de Bélgica, los alemanes usaron a civiles como escudos humanos y reclutaron a gran número de belgas y franceses como mano de obra esclava. En Serbia, las tropas austrohúngaras asesinaron a miles de civiles en represalia por los ataques que sufrían y destruyeron la Universidad de Belgrado, en la que habían estudiado los radicales de la sociedad secreta Mano Negra.

El responsable del Estado Mayor alemán, Helmuth Moltke, contaba con cinco millones de hombres, a ▶

El káiser Guillermo II

Nacido en 1859, estudió Derecho Público en la Universidad de Bonn y aprendió instrucción militar en la ciudad de Potsdam. Ascendió al trono en 1888 y como káiser defendió una monarquía absolutista; lo que le enfrentó a Bismarck, que se vio obligado a dimitir de su cargo de canciller. Guillermo II provocó el aislamiento exterior de Alemania y su enfrentamiento con Rusia y Gran Bretaña. Durante la Gran Guerra se limitó a elegir a los altos mandos. Se apoyó en Ludendorff y concedió amplios márgenes políticos al esfuerzo bélico. Fue un hombre débil que desde 1906 se dejó influir por su jefe de Estado Mayor, Helmuth Moltke, que lo convenció de que el Plan Schlieffen permitiría a Alemania entrar en el conflicto bélico y ganarlo. El Káiser no hizo nada para impedir que Austria declarase la guerra a Serbia, lo que precipitó la tragedia global. Entre las condiciones del armisticio que puso fin a la I Guerra Mundial estaba su abdicación. Se refugió en Holanda, donde murió en 1941.


GETTY IMAGES

Guillermo II (1859-1941) retratado al óleo por Bruno Heinrich Strassberger.

64.000 mujeres británicas fueron contratadas para trabajar en los bancos de su país tras estallar la contienda y cerca de 900.000 en las fábricas de armamento.

WEB

bit.ly/1d2X7Bm

Artículo de Wikipedia que explica el Plan Schlieffen, que debe su nombre al militar alemán que lo diseñó, Alfred von Schlieffen (1833-1913).



La primera etapa de la guerra. Durante los últimos meses de 1914 y los primeros de 1915, las Potencias Centrales (Alemania y Austria) y la Entente (Francia, Reino Unido y Rusia) se enfrentaron principalmente en territorio belga y francés. En el mapa, los movimientos tácticos, los combates y las fuerzas implicadas.



En la contienda del 14 se usó por primera vez de forma masiva la propaganda como arma de guerra

▶ los que se enfrentaron cuatro millones de franceses, los integrantes del exiguo ejército belga y la fuerza expedicionaria británica, que disponía de unos 100.000 soldados en el continente. En 1916, Londres decidió aprobar el alistamiento forzoso de sus jóvenes, lo que incrementó considerablemente el número de efectivos en el ejército británico.

La batalla del Marne. Pese a lo que proclamaba el Plan Schlieffen, el avance alemán a través de Bélgica fue mucho más complicado de lo que había previsto Berlín. El pequeño ejército del rey belga Alberto I mostró tanta resistencia que el general alemán Ludendorff necesitó 11 días para apoderarse de Lieja. El 20 de agosto, las tropas del Káiser tomaron Bruselas, mientras los belgas se replegaban al puerto de Amberes. Aquel contratiempo permitió a los franceses acelerar la movilización y preparar la defensa ante la ofensiva germana. Moltke tuvo que renunciar a varias divisiones que fueron enviadas al frente oriental para frenar la contraofensiva rusa y también se vio obligado a cambiar sobre la marcha el plan establecido. La parte de su ejército que estaba más cerca de París tuvo que renunciar a avanzar sobre la capital francesa.

Mientras el gobierno francés se refugiaba en Burdeos y el mariscal Joseph J. Joffre ordenaba una retirada estratégica hacia el río Marne, el gobernador militar de París, Joseph Galliene, recibió la orden de defender la ciudad contra el invasor por todos los medios que estuvieran a su alcance. Un reconocimiento aéreo desveló que los hombres disponibles en la ciudad podían atacar el flanco del cuerpo del ejército alemán. El 5 de septiembre, Galliene envió a todas sus reservas contra el enemigo. Su contraofensiva tuvo éxito y obligó a retroceder a los alemanes. Dos días después, tropas inglesas y francesas abrieron sendas cuñas en las líneas de avance del enemigo, amenazando con dividirlo.

El 9 de septiembre, los ingleses, apoyados por dos cuerpos del ejército francés, atravesaron el Marne por el sur, momento en que Moltke sufrió una crisis nerviosa que lo incapacitó para el mando. Aunque los alemanes resistieron el contraataque aliado, nadie parecía saber cuál era su situación en el campo de batalla. Moltke no percibió la posición todavía ventajosa de parte de sus hombres y dio por sentada una derrota que no se había producido. Su actitud en aquella batalla hizo que el Estado Mayor alemán lo sustituyera por Erich Falkenhayn.

A pesar de que los alemanes continuaron en suelo francés, los estratégicos puertos de la costa atlántica siguieron en poder de los ejércitos de la Entente, lo que facilitó la llegada de refuerzos desde Gran Bretaña. Tras cuatro días de lucha encarni-


Receso en la batalla del Marne. Tras este choque, en septiembre de 1914, los alemanes retrocedieron y la guerra de avance dio paso a la de posiciones. En la foto, soldados franceses descansando en el bosque.

LAS FECHAS

28 de julio
Austria declara la guerra a Serbia e inicia su invasión, tras probarse que el Servicio de Información serbio estuvo implicado en el atentado de Sarajevo en junio.

23 de agosto
Japón declara la guerra a Alemania como medio de hacerse con el control de la provincia china de Chan-Toung. El conflicto bélico se hace mundial.

22 de noviembre
Concluye la primera batalla de Ypres (Bélgica) sin que las Potencias Centrales arrebaten la ciudad a los aliados de la Entente. Habrá otras tres batallas hasta 1918.



zada, la batalla del Marne supuso el fin de toda posibilidad de una rápida victoria de los ejércitos del Káiser. Intervinieron en el combate más de 1.200.000 alemanes contra un millón de franceses y 125.000 soldados británicos. El 9 de septiembre, los germanos se vieron obligados a cruzar el Marne y a retroceder cien kilómetros.


GETTY IMAGES

Ellos, soldados; ellas, soldadoras. Una de las consecuencias directas de la guerra fue la masiva incorporación de la mujer al mercado laboral para cubrir las vacantes dejadas por los hombres movilizados (arriba, soldadoras en una fábrica inglesa).

Economía de guerra. Al margen de la lucha militar, la guerra económica comenzó a tener una gran importancia estratégica. En los primeros meses de contienda, los países beligerantes consumieron todas sus reservas. Los transportes militares habían acaparado las vías férreas, que ya no podían garantizar el tráfico comercial, y así los negocios fueron cesando. Los obreros que permanecían en la retaguardia no encontraban trabajo. En agosto de 1914, el número de parados en Francia aumentó un 43% y los salarios disminuyeron drásticamente. La *guerra corta* que todos habían anunciado se alargaba sin vislumbrarse su final. Las municiones comenzaron a escasear, por lo que fue necesario crear toda una industria de guerra.

Los mandos militares reclamaban alimentos, ropa, calzado y todos los productos que eran necesarios para la subsistencia de la población civil. Los Estados en guerra comenzaron a restringir la libertad de comercio y a ejercer cada vez más un amplio control sobre todas las actividades económicas. El objetivo era establecer las prioridades de producción y garantizar la llegada de suministros militares a los distintos frentes. Era necesario abrir nuevas fábricas e incrementar la productividad del trabajo. Como si fueran soldados al mando de oficiales, a los trabajadores se les prohibió cualquier forma de reivindicación sindical.

Los parlamentos aprobaron leyes de guerra excepcionales y concedieron plenos poderes a los gobiernos para llevar a cabo el esfuerzo militar. El desarrollo de la industria bélica conllevó grandes cambios y abrió las puertas a una economía programada, centralizada y organizada por el Estado, que tuvo muy en cuenta el empleo de mujeres en diversas tareas, lo que incluía el trabajo en la industria pesada. En Gran Bretaña, el número de mujeres que trabajaban en los bancos aumentó de 9.500 a casi 64.000 y las cifras de las que se dedicaron al comercio se dispararon hasta casi un millón.

París: amenaza de invasión

El 3 de septiembre de 1914, varias patrullas de caballería alemanas llegaron a apenas 23 kilómetros de la capital francesa. Los parisienses quedaron sobrecogidos ante la perspectiva de un ataque enemigo.
Ese mismo día, el gobernador militar de París, el general Joseph Galliene, afirmó: "He recibido la orden de defender París contra el invasor y estoy dispuesto a cumplirla hasta el final". El gobernador contaba con un ejército recién formado al mando del general Maunoury, que atacó el flanco del ejército alemán. Los franceses enviaron al frente de batalla a todos los hombres que tenían, utilizando los taxis parisinos. El contraataque tuvo éxito y la *ciudad de la luz* se salvó, pero la guerra siguió siendo muy dura para sus habitantes. Faltaba carbón para el alumbrado y la calefacción y escaseaban los alimentos. Por la noche, los barrios eran sobrevolados por los zepelines alemanes. Los pocos teatros, restaurantes y cafés que permanecieron abiertos trataron de hacer olvidar a los parisinos los rigores de la guerra.



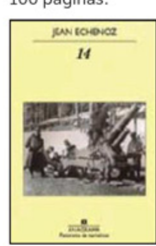
Unos hombres levantan una barricada en las afueras de París empezada la guerra, en septiembre de 1914.

Cambios sociales y propaganda. En Francia, cerca de 700.000 mujeres trabajaron en las fábricas de armamento, cifra que llegó hasta 900.000 en las factorías inglesas. En Alemania, cerca del 40% de los trabajadores de la fábrica de armamentos Krupp eran mujeres. Mientras los hombres luchaban en los distintos frentes, las mujeres, por la fuerza de las circunstancias, veían reconocido su papel como agentes activos en una sociedad que estaba cambiando minuto a minuto. Aunque los salarios que recibían eran más bajos que los de los varones, las mujeres europeas comenzaron a ver cumplidas algunas de las reivindicaciones feministas de finales del siglo XIX y principios del XX.

Los sectores más belicistas de las dos grandes alianzas que se enfrentaron en la Gran Guerra recurrieron a la propaganda para estimular la agresividad contra el enemigo, utilizando carteles, periódicos y emi- ▶

LIBRO

14, *Jean Echenoz*. Anagrama, 2013. El gran escritor francés (Premio Goncourt en 1999) traza en su última y aclamada novela un estremecedor retrato de la Gran Guerra en apenas 100 páginas.





Nuevos medios. Sobre estas líneas, miembros del ejército alemán prueban el entonces novedoso teléfono de campaña. Otras innovaciones que se usaron por vez primera en esta guerra: el automóvil blindado, el tanque, el submarino y las terribles armas químicas.

PROPAGANDA

El ilustrador Alfred Leete (1882-1933) diseñó este mítico póster en el que el ministro de la Guerra británico, Kitchener, llamaba a alistarse con el lema: "Tu país te necesita".



Arthur Conan Doyle (1859-1930), el creador de Sherlock Holmes, fue reclutado asimismo por el gobierno inglés para ejercer de propagandista.

▶ siones de radio. Fue el inicio del uso masivo de este sistema, cuyos mensajes intentaban evitar el derrotismo y la desmoralización y potenciar la imagen de un enemigo común cruel, ridículo y amoral. Los medios de comunicación pasaron a ser controlados y censurados, en gran medida, por los distintos gobiernos.

Al comenzar la batalla del Marne, la revista *London Opinion* publicó un dibujo del ministro de la Guerra británico, lord Herbert Kitchener, con el dedo enguantado saliendo de la página y la leyenda: "Tu país te necesita". Aquel dibujo de Alfred Leete se reproduciría miles de veces en forma de póster, como un reclamo propagandístico para incitar al alistamiento voluntario de miles de jóvenes. Kitchener, de hecho, es considerado uno de los mayores artífices de la victoria aliada en la Gran Guerra.

Escritores como Rudyard Kipling o Arthur Conan Doyle fueron reclutados por el gobierno inglés para realizar labores de persuasión. La prensa y los carteles insistían en la justicia y rectitud de las posiciones propias, al tiempo que denunciaban los aspectos más inhumanos del enemigo. Así, mientras los diarios de Fleet Street en Londres presentaban a los soldados alemanes como delincuentes y asesinos, sus homólogos germanos hacían creer a sus lectores que el bando contrario reclutaba "salvajes de tribus primitivas" para violar y masacrar a civilizados europeos.



La batalla de Tsingtao. Fue un ataque conjunto –y victorioso– de Japón y Reino Unido contra las fuerzas alemanas en este puerto chino, y el mayor combate librado en Oriente (litografía).

Japón entra en escena. A miles de kilómetros del escenario de guerra europeo, el 23 de agosto de 1914, Japón declaró la guerra a Berlín para intervenir en la base naval alemana de Kiaotcheou, lo que le permitiría tener influencia en la provincia china de Chan-Toung. Temeroso de la reacción de Estados Unidos, Tokio tranquilizó al presidente Woodrow Wilson asegurándole que no tenía ninguna ambición territorial en China, lo que era absolutamente falso. Los franceses e ingleses pensaron que esta jugada les podría beneficiar en el frente occidental, si Japón se avenía a enviar tropas a Europa. Pero Tokio sólo quería satisfacer sus intereses directos, que no eran otros que controlar una vasta región china.

En apoyo a la situación desesperada del ejército francés en las primeras semanas de guerra, las tropas rusas atacaron Prusia oriental entre el 17 y el 22 de agosto, obligando a las fuerzas alemanas a replegar sus posiciones en el río Vístula. A Berlín no le gustó esa retirada y mandó al frente a los generales Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff, que reaccionaron con un rápido contraataque en Tannenberg

El peligro venía de arriba

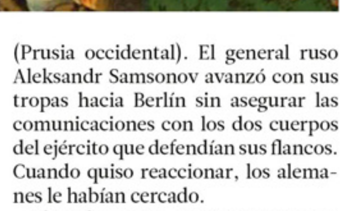
El 28 de septiembre de 1914, los británicos realizaron su primera incursión aérea sobre Alemania: los aviones bombardearon los hangares de los zepelines. El ataque provocó destrozos, pero no fue alcanzado ningún dirigible.

El 5 de octubre tuvo lugar el primer combate aéreo sobre Francia, cuando dos aviadores franceses derribaron un avión alemán, provocando la muerte de sus dos tripulantes. Tres días después, la aviación británica destruyó el primer zepelín, que se encontraba en su hangar en una base de Düsseldorf. El 1 de diciembre, se instalaron por vez primera equipos de radio en los aviones alemanes, lo que facilitó la localización desde el cielo de tropas y unidades de artillería enemigas y la transmisión de dicha información. El 19 de enero de 1915, dos zepelines germanos lanzaron su primer bombardeo sobre Gran Bretaña; poco después atacarían París. El 13 de junio de 1917, catorce bombarderos alemanes arrojaron más de un centenar de proyectiles sobre Londres, matando a 162 civiles.



Un hospital londinense destruido por el bombardeo de un zepelín alemán el 16 de febrero de 1918.

GETTY IMAGES





Artillería marina. En la imagen, la tripulación del buque británico HSM Royalist manejando un cañón en el golfo de Heligoland (mar del Norte), en agosto de 1914. Cuatro barcos alemanes fueron hundidos.

(Prusia occidental). El general ruso Aleksandr Samsonov avanzó con sus tropas hacia Berlín sin asegurar las comunicaciones con los dos cuerpos del ejército que defendían sus flancos. Cuando quiso reaccionar, los alemanes le habían cercado.

El 30 de agosto, sus tropas cayeron derrotadas y Samsonov se quitó la vida. El número de prisioneros capturados por los alemanes superó los 100.000 hombres. A los ejércitos del Zar les fue mejor con los austriacos, a los que derrotaron en Lvov el 12 de septiembre. Las fuerzas militares del Imperio austrohúngaro también fracasaron en la expedición contra la pequeña Serbia. Aunque a primeros de noviembre consiguieron tomar Belgrado, poco después fueron rechazados y sufrieron innumerables bajas.

Una contienda larga y agotadora. Poco después de estallar la I Guerra Mundial, la armada británica concibió una expedición para acabar con los buques de vigilancia alemanes en el golfo de Heligoland. A las siete de la mañana del 28 de agosto de 1914, los buques ingleses hundieron al destructor alemán V-187, al crucero Mainz y a los cruceros ligeros Ariadne y Köln. La fuerza inglesa se replegó casi indemne: sólo contaron 32 muertos y 55 heridos. Los alemanes lamentaron la pérdida de 721 marinos, además de 145 heridos y 381 prisioneros.

En octubre, las tropas del Káiser avanzaron hacia la ciudad de Ypres, situada al noroeste de Bélgica. Si la tomaban, podían cortar el fundamental vínculo de la Entente con el Reino Unido a través del Canal de la Mancha, razón por la que el Cuerpo Expedicionario Británico decidió defenderla a toda costa. El 22 de noviembre, cuando la batalla se dio por concluida, los alemanes habían logrado una ventaja estratégica, ya que habían consolidado sus posiciones en algunas de las más ricas regiones industriales de Francia y Bélgica. Sin embargo, las fuerzas del Káiser fracasaron en Ypres, que siguió por un tiempo en manos aliadas.

En aquellos momentos, la guerra había cobrado un ritmo que iba en contra de los intereses de Berlín. El Estado Mayor alemán se enfrentaba a una guerra larga y agotadora, que nada tenía que ver con lo previsto en el Plan Schlieffen. Los meses de combates sembraron de cadáveres los campos de Europa. Muchos de ellos eran estudiantes alemanes que apenas tenían instrucción militar. En la batalla de Ypres cayeron muchos de ellos: por eso fue conocida en Alemania como "la matanza de los inocentes". En realidad, todos fueron víctimas inocentes de la brutalidad de la guerra. En Flandes y Francia cayeron miles de jóvenes franceses, belgas, británicos y de otras nacionalidades. Algunos de sus cuerpos desaparecieron, volatilizados por la violencia de los bombardeos.

La guerra de avances ofensivos se reveló inútil frente al enorme poder destructivo de la artillería

Falsas esperanzas. En las Navidades de 1914, los soldados establecieron una tregua no oficial, durante la cual confraternizaron con el enemigo. Las crónicas hablan de jóvenes ingleses y alemanes que se intercambiaron gorras, cigarrillos y algunos alimentos frente a las ruinas de Ypres. Unos y otros rivalizaron a la hora de cantar villancicos. Pero la calma duró bien poco. Los mandos recriminaron a sus hombres su conducta y el fuego de artillería volvió a retumbar en los desolados campos de batalla europeos.

Tras los encarnizados combates que se produjeron en Ypres y el Marne, las fuerzas contendientes comprendieron que la guerra de movimientos ofensivos era totalmente inútil frente al poder destructivo de las ametralladoras y la artillería. Desde octubre de 1914 hasta marzo de 1918, ninguno de los dos bandos logró penetrar más de 15 kilómetros en territorio enemigo. Desde entonces, el frente occidental se convirtió en una línea continua de trincheras cubiertas de barro. Agazapados en sus frágiles posiciones, los soldados sufrieron el ataque de los piojos, los terribles bombardeos de la artillería y la angustia de tener que salir a descubierto para efectuar ataques sorpresa a las trincheras enemigas. ■



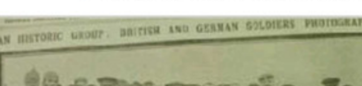
CENSURA

Periódicos y emisoras de radio pasaron a ser controlados por los gobiernos. Arriba, portada del diario inglés *The Evening News* del 18 de noviembre de 1914.

LIBRO

1913, *Florian Illies.* Salamandra, 2013. Entre el relato, el reportaje y el ensayo histórico, un recorrido por los hechos y personajes del año que precedió al estallido bélico del 14.





INTERVENCIÓN DEL IMPERIO OTOMANO

Los frentes se multiplican

En el segundo año de la Guerra, mientras Estados Unidos era presionado por Londres para abandonar la neutralidad, Turquía entró en el conflicto y Polonia fue invadida por Alemania.



Turquía se posiciona. Aunque en un principio se declaró neutral, el Imperio otomano fue convencido a fines de 1914 por Alemania para ir a la guerra contra la Entente. En la foto, oficiales turcos tras tomar un puesto enemigo.

Mientras Berlín ordenaba la creación de grandes campos de minas frente al litoral del país para evitar los ataques de los buques aliados, la poderosa armada británica continuó patrullando el mar del Norte para impedir la navegación a la flota mercante enemiga, lo que poco a poco asfixió la economía alemana. En febrero de 1915, en respuesta al *bloqueo de hambre*, el Káiser accedió a la solicitud de su Estado Mayor de emprender una guerra submarina contra todas las embarcaciones, incluidas las neutrales, que llevaran provisiones a las potencias aliadas.

Submarinos, arma letal. Aunque eran lentos y vulnerables, los submarinos (*U-boote*) alemanes se desvelaron como una nueva y poderosa arma de guerra que presentaba la ventaja de poder atacar sin ser vistos. Su principal objetivo fueron los mercantes, a los que el submarino que emergía de improviso podía ordenar detenerse y hundirlos a cañonazos. A pesar de la primitiva tecnología que exhibían los primeros sumergibles, los alemanes lograron sacarles un gran partido. Gracias a ellos echaron a pique multitud de navíos, sembrando el terror y el caos en el mar del Norte, el Atlántico y el Mediterráneo.

El 7 de mayo de 1915, el vigía del submarino alemán U–20 avistó en las aguas del sur de Irlanda un enorme barco que navegaba a velocidad moderada y en línea recta, contraviniendo la orden del Alto Mando británico de ir a toda máquina y en zigzag para evitar los ataques enemigos. Antes de que el navío pudiera advertir su presencia, el U–20 se sumergió de inmediato y disparó un torpedo. El ingenio impactó en el barco por estribor, produciendo una gran explosión que lo hizo escorar. El capitán del submarino comprobó que era el Lusitania, un trasatlántico británico de la naviera Cunard, el más grande y más rápido que cubría la ruta del Atlántico.

La neutralidad americana. El gigantesco buque había zarpado de Nueva York rumbo a Liverpool una semana antes, con 1.338 pasajeros a bordo y gran cantidad de armamento en sus bodegas para los ejércitos aliados. El Lusitania desapareció en apenas 20 minutos, y con él 1.198 pasajeros y tripulantes, entre ellos 135 estadounidenses. La noticia del ataque estremeció al mundo. Aunque la prensa americana clamó contra los métodos salvajes de los germanos, el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, afirmó que su país seguiría siendo neutral. Londres no daba crédito a la reacción de Washington, y desde entonces trató de presionar a Wilson para que declarara la guerra a Alemania.

Pero Wilson prefería mantener la neutralidad de su país; estimaba que la guerra haría retroceder dos o tres siglos al mundo. Para desesperación de ingleses y franceses, el secretario de Estado estadounidense, William J. Bryan, era un pacifista militante: pensaba que la potencia que continúa la guerra es tan culpable como la que la empieza. Estados Unidos era un país formado en gran parte con gentes que provenían de las naciones europeas en pugna y Wilson temía que la opinión pública americana se dividiese peligrosamente en dos bandos enfrentados. En 1915 trató de mediar entre las naciones beligerantes para buscar una salida al conflicto, pero la espiral de violencia ya era imparable.



Un tableteo incesante. La ametralladora hizo casi imposible el avance de grandes masas de soldados. Aquí, línea de ametralladoras en Gaza.

Herbert Kitchener



Lord Herbert Kitchener (1850-1916) en su etapa de ministro de la Guerra.

Nacido en Irlanda en 1850, gran parte de su vida transcurrió en las colonias. Organizó y adaptó el ejército egipcio con oficiales británicos y, como su comandante en jefe, vengó la muerte del general Gordon en Jartum derrotando a los derviches el 2 de septiembre de 1898.

Reformador del ejército. Dos años después, Kitchener participó en la guerra de los bóers, en la que actuó con gran dureza, llevando a cabo operaciones de represalia. En 1914 era ministro de la Guerra y tuvo que enfrentarse al problema de incrementar el número de hombres del ejército británico: sabía que la contienda iba a ser larga y transformó el reclutamiento del ejército, que dejó de ser voluntario para convertirse en obligatorio. En mayo de 1916 logró poner en marcha 33 divisiones. Su capacidad de organización hizo que el zar Nicolás II le pidiera consejo. En junio de ese mismo año emprendió un viaje a Rusia a bordo del Hampshire, pero el crucero se hundió al chocar con una mina y Kitchener pereció en el naufragio. No obstante, fue uno de los mayores artífices de la victoria aliada en la Primera Guerra Mundial.

En el frente occidental, los ejércitos se enfrentaban a las dificultades de comunicación entre los Estados Mayores y los mandos desplegados en primera línea de batalla. Las órdenes circulaban con exasperante lentitud desde la cúpula a la tupida cadena de mando y, desde allí, a los oficiales que se encontraban en el frente, lo que restaba agilidad a la puesta en marcha de las operaciones militares. Los mandos eran incapaces de sacar provecho de los nuevos avances tecnológicos: aviones, vehículos motorizados y artillería.

El poder de la ametralladora. El uso combinado de infantería, reconocimiento aéreo y puestos de artillería requería nuevos sistemas de comunicación, pero los primeros ejemplares de *walkie-talkie* no llegaron hasta 1918, por lo que se siguieron utilizando rudimentarios teléfonos de campaña, sistemas ópticos poco fiables, mensajeros que se jugaban el pellejo para trasladar las órdenes de un puesto a otro y palomas mensajeras, que generalmente cumplieron su misión con éxito. Aquel viejo entramado de comunicaciones impedía rápidos movimientos de tropas y contribuía a numerosos errores; entre otros, la escasa fiabilidad en los cálculos de posición de cuerpos de ejército amigos y enemigos, lo que en ocasiones provocó que el fuego artillero no alcanzara al enemigo y se cobrara víctimas entre sus propias tropas.

En aquel terrible conflicto hubo seis elementos que caracterizaron los enfrentamientos: las ametralladoras, las bombas de mano, los gases tóxicos, la infantería, las trincheras y las alambradas. La contundencia de la ametralladora complicó muchísimo el avance de grandes masas de soldados. Un solo ingenio podía acabar en segundos con centenares de hombres. La casi imposibilidad de utilizar la caballería y el despliegue de la infantería desembocó en un estancamiento del frente a lo largo de centenares de kilómetros. Los mandos comprendieron que el ferrocarril era una baza primordial para la evacuación y el aprovisionamiento de tropas en las trincheras, por lo que fueron construidos nuevos ramales de vías para ajustarse a las necesidades estratégicas de los ejércitos.



Tocado..., hundido. Los submarinos alemanes echaron a pique multitud de navíos aliados. En la imagen, el británico HMS Irresistible escorado tras un ataque.

Un panorama dantesco. El 22 de abril de 1915, los alemanes utilizaron gas de cloro contra las tropas argelinas integradas en el ejército francés. Su empleo era muy rudimentario: se abrían los frascos y el gas era desplazado por el viento, lo que en ocasiones causaba bajas entre los que iniciaban el ataque tóxico. En otros casos, la nube venenosa alcanzaba las trincheras enemigas, provocando la muerte por asfixia y la ceguera de muchos soldados. Según avanzó la guerra, los gases tóxicos fueron sustituidos por otros compuestos químicos letales que eran disparados por proyectiles, lo que hacía más mortíferos los ataques. ▶

LAS FECHAS

22 de abril
Los alemanes utilizan por vez primera gases tóxicos (en concreto, gas de cloro) contra las tropas argelinas del ejército francés.

1 de mayo
Alemania inicia la llamada *ofensiva Gorlice-Tarnów* contra Polonia y arrebata a los rusos Varsovia, Vilnius y Brest-Litovsk.

7 de agosto
Tras la batalla de Anzac en la península de Galípoli, Londres se rinde a la evidencia del desastre y ordena evacuar a sus tropas.

135 ciudadanos de EE. UU. murieron en el naufragio del Lusitania, trasatlántico británico hundido por un torpedo alemán el 7 de mayo de 1915. El presidente Wilson mantuvo la neutralidad de su país.

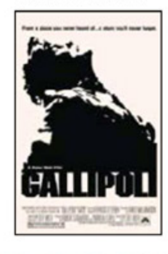
WEB

bit.ly/1kFWBmR
En el blog del Observatorio de Historia, un interesante artículo sobre el soldado Chapelant, rehabilitado en 2012 por el gobierno francés.



PELÍCULA

Gallipoli, *Peter Weir* (1981).
La historia de dos jóvenes soldados australianos enviados a luchar en la campaña de Galípoli, protagonizada por Mark Lee y un entonces desconocido Mel Gibson.



▶ Esta herramienta bélica causó estragos en ambos bandos. "Lo horrible es la muerte lenta de los que sufren sus efectos –escribió el general Charteris–. He visto a un centenar de esos pobres individuos tumbados al aire libre en el patio delantero de una iglesia para que les diera todo el aire que podían recibir, ahogándose lentamente con agua en los pulmones; un panorama horrible, y los médicos impotentes". Muchos soldados padecieron auténticos ataques de pánico ante el continuo bombardeo artillero, el tremendo ruido de las explosiones, la visión de cadáveres insepultos y los alaridos de los heridos que quedaban atrapados en tierra de nadie.

Apollinaire y el *caso Chapelant*. El pintor alemán Max Beckmann, que prestó servicio médico en Prusia oriental y posteriormente en Flandes, fue testigo de los primeros ataques con gas mostaza en los alrededores de la localidad belga de Ypres. Meses después, Beckmann fue enviado a la retaguardia tras sufrir graves trastornos mentales. El pintor expresionista alemán Ernst Ludwig Kirchner, uno de los fundadores del grupo *Die Brücke*, tampoco pudo resistir los horrores de la guerra. Fue dado de baja del servicio activo y volvió a Berlín con los nervios deshechos.

Las ametralladoras, las bombas de mano y los gases tóxicos causaron terribles e inéditos estragos

Aquel terrible escenario bélico provocó numerosos casos de indisciplina y deserciones en los ejércitos de ambos bandos. Los tribunales de guerra se aplicaron con gran severidad, cometiendo errores imperdonables, como el que contó el escritor y agitador cultural Apollinaire, que se alistó en el ejército francés para redimir su condición de inmigrante polaco dando su sangre por su nueva patria. Quedó profundamente marcado por el caso del oficial ametrallador Chapelant, de veintitrés años de edad, que en octubre de 1914 fue capturado por los alemanes. Días después de ser apresado, Chapelant fue herido en las líneas enemigas.

Cuando lo recogieron los camilleros franceses, fue conducido ante su coronel, que injustamente lo envío ante un consejo de guerra, alegando que el joven suboficial se había pasado al enemigo. Lo pusieron en posición vertical y lo apoyaron en una tapia atado a su camilla: todavía convaleciente de sus heridas, Chapelant fue fusilado por sus propios camaradas. Meses después de conocer aquella terrible historia, Apollinaire fue herido de gravedad en la cabeza, por lo que lo licenciaron y volvió a París. En noviembre de 1918, cuatro días antes del armisticio, la mal llamada gripe española acabó con su vida.

Presión sobre Rusia. En aquella matanza global también participó un joven alemán de veinte años llamado Erich Maria Remarque, que tiempo después escribiría *Sin novedad en el frente*, una novela que contaba la desolación y el horror de los campos de batalla. "Veo a los pueblos lanzarse unos contra otros y matarse sin rechistar, ignorantes, enloquecidos, dóciles, inocentes. Veo a los más ilustres cerebros del mundo inventar armas y frases para hacer posible todo eso". En la posguerra, el libro de Remarque fue un éxito de ventas en Europa, aunque años después sería prohibido por los nazis por su profundo antimilitarismo.

En el frente oriental, las desavenencias entre Berlín y Viena pusieron en peligro algunas operaciones militares. Falkenhayn, jefe del Estado Mayor alemán, pretendía que los austrohúngaros cedieran a Italia Trento y Trieste para que dicho país permaneciera neutral. Por su parte,

JOSÉ ANTONIO PEÑAS

La extensión del conflicto. Con la irrupción de nuevos actores (el Imperio otomano, Australia) y escenarios bélicos (Oriente Próximo), la Primera Guerra Mundial se recrudeció y las grandes potencias implicadas en ambos bandos tuvieron claro que el desenlace se haría esperar. En este mapa se trazan las principales ofensivas habidas en el transcurso de la contienda en el frente abierto con Turquía por el control del Mediterráneo oriental.



Guerra santa. Así calificó el sultán otomano la intervención de Turquía, lo que excitó el fanatismo musulmán en la zona. En la imagen, unidad de caballería otomana en Palestina.





Crímenes e injusticias. El escritor francés de origen polaco Guilllaume Apollinaire (1880-1918, arriba) fue herido en la contienda y denunció las atrocidades de ambos bandos (dcha., soldados británicos cargando proyectiles con gases tóxicos letales).

el jefe del Estado Mayor austriaco, el mariscal Franz Conrad, se oponía a la propuesta alemana alegando que Berlín podía hacer lo mismo y ceder Alsacia y Lorena a Francia, consiguiendo así que París abandonase la guerra. Finalmente Berlín decidió intervenir y apoyar al Emperador austrohúngaro. En mayo, Hindenburg y Ludendorff lanzaron una ofensiva contra Polonia. Ocuparon Varsovia, Vilnius y Brest-Litovsk, causando graves destrozos al ejército ruso, que en esa campaña sufrió la pérdida de unos 150.000 soldados.

Animado por tales éxitos, Falkenhayn decidió mantener las posiciones alemanas en el frente occidental y concentró gran parte de las fuerzas de reserva en el frente oriental, con la esperanza de que el gobierno ruso considerara firmar la paz por separado con las Potencias Centrales.

Abrir la Puerta Sublime. Los aliados sabían que no era posible una gran victoria en Francia y buscaron una alternativa para salir del *impasse* al que les estaba sometiendo el Estado Mayor alemán. Pero ¿dónde podían abrir un nuevo escenario bélico?

La Entente tenía dos posibilidades. Una era lanzar una ofensiva contra Turquía, obligar a Constantinopla (Estambul) a firmar la paz y abrir así los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, con lo que se restablecerían las comunicaciones directas con Rusia. La otra alternativa era un ataque al Imperio austrohúngaro en su frontera meridional. Finalmente, la Entente se decantó por atacar a Turquía; sobre todo tras la proclamación de la guerra santa por el sultán otomano, que excitó el fanatismo musulmán y amenazó a las colonias inglesas en Egipto y en la India.

Días después de estallar la guerra, la neutral Turquía había autorizado ▶

450.000

bajas fue el trágico balance final para los aliados de la guerra contra los turcos en los Dardanelos, entre muertos y heridos. Semejante desastre no supuso, por lo demás, ningún avance militar para los países de la Entente.

Granados, muerte en el mar

El 30 de enero de 1915, un submarino alemán torpedeó sin previo aviso a un mercante británico, el primero de una larga lista. Once días después, el canciller alemán accedió a la solicitud de la Armada Imperial de emprender una guerra de submarinos contra todas las embarcaciones, incluidas las de naciones neutrales que llevaran provisiones a las potencias de la Entente.

Esa fue la represalia alemana contra el *bloqueo del hambre* que había impuesto la flota británica al impedir la navegación de cargueros enemigos, lo que provocó una creciente escasez en Alemania de alimentos y materiales vitales para la guerra. Otro *U-boot* alemán torpedeó en noviembre de 1916 al trasatlántico Britannic en el Egeo; uno de los supervivientes fue una camarera que, años antes, también había logrado salir con vida del naufragio del Titanic. El compositor español Enrique Granados, que viajaba en el transbordador británico Sussex, tuvo menos suerte: murió al ser hundido este barco.

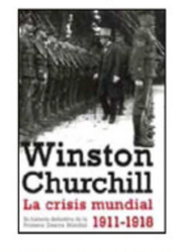


ALBUM

Una imagen más plácida de Granados (segundo por la derecha), en un paseo fluvial por el delta del Llobregat.

LIBRO

La crisis mundial 1911-1918, *Winston Churchill.* Debolsillo, 2014. Un clásico del ensayo histórico sobre la Primera Guerra Mundial, escrito por una de las más destacadas figuras políticas de la época.









Galípoli, la tumba de millares de hombres. La campaña aliada en esta península turca fue un desastre de principio a fin. A la izquierda, una división británica saliendo a atacar desde la trinchera. Sobre estas líneas, soldados australianos en Anzac, en 1915.

PELÍCULA

Senderos de gloria, *Stanley Kubrick* (1957). Quizá la mejor película antibélica de todos los tiempos; la novela en que se basa, publicada por H. Cobb en 1935, se inspiró en el *caso Chapelant*.



▶ a dos cruceros alemanes, perseguidos por la flota inglesa, a refugiarse en Constantinopla. Las autoridades otomanas los pusieron bajo bandera turca, alegando que los ingleses habían requisado dos barcos de guerra que Turquía había encargado construir en astilleros británicos. Semanas después, la Puerta Sublime (tal y como era conocido el palacio de Constantinopla donde el sultán y su gobierno decidían la política del Imperio otomano) decidió cerrar los estrechos a la navegación comercial, lo que fue entendido por Francia e Inglaterra como un acto de guerra.

La decisión turca afectaba especialmente a Rusia, cuyos barcos se quedaban sin salida al Mediterráneo. Gran Bretaña intentó por todos los medios que el gobierno turco se mantuviera neutral en el conflicto, pero la labor diplomática alemana logró que en otoño de 1914 el Imperio otomano entrase en guerra contra la Entente. En enero de 1915, el Primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, presentó al gobierno inglés el proyecto de una operación en los Dardanelos que pondría a Constantinopla bajo el control de la Entente y permitiría el abastecimiento de armas a Rusia a través del Bósforo.

El 28 de enero, el gobierno británico ordenó la operación naval en los Dardanelos. Poco después de comenzar los ataques sobre la costa, el almirante Carden comprendió que era necesario un desembarco de tropas para controlar la zona y destruir los últimos reductos de resistencia. El 10 de marzo, la flota penetró en la zona más angosta del Estrecho y bombardeó durante varios días las fortalezas enemigas. Pero era necesario despejar la península de Galípoli, fuertemente defendida por las fuerzas turcas, que eran comandadas por asesores militares alemanes.

El desastre de Galípoli. El ministro de Guerra británico, Kitchener, envió a los Dardanelos una fuerza expedicionaria de infantería. Entre tanto, la flota inglesa perdió una tercera parte de sus navíos. La fuerza aliada llegó a la zona de combate el 25 de abril y de inmediato quedó inmovilizada en el terreno. La resistencia turca obligó a ambos contendientes a una guerra de posiciones, en la que los soldados aliados se encontraban en desventaja.

El Estado Mayor alemán reaccionó enviando algunos submarinos a la zona para reforzar la defensa del ejército turco. El 20 de mayo de 1915, el U–21 abandonó su refugio en la base austrohúngara de Cattaro para dirigirse hacia Galípoli. Mientras tanto, 17.000 soldados australianos y neozelandeses que habían desembarcado en la estratégica península trataban de repeler el ataque de 40.000 turcos. Tres días después de su salida de Cattaro, el U–21 torpedeó al acorazado británico Triumph frente a Galípoli, provocando la muerte de más de un centenar de marineros.

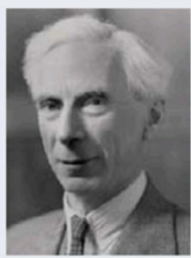
Alarmados por el ataque, los destructores británicos abandonaron aquellas aguas, dejando sin cobertura artillera a los soldados aliados, que a duras penas resistían el empuje de los turcos. Un oficial alemán que asesoraba al ejército turco escribió que el hundimiento del Triumph fue tan espectacular que los combates

Diferentes actitudes ante la masacre

El 5 de junio de 1916, el filósofo inglés Bertrand Russell fue sometido a juicio por su alegato a favor del "respeto por la conciencia del individuo", en el que apoyaba la objeción de conciencia al servicio militar, algo que chocaba frontalmente con la idea patriótica de unidad nacional.

Ese mismo día, su amigo y protegido de Cambridge, el filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, luchaba con el ejército austrohúngaro en el frente oriental. Por su valor en el campo de batalla, Wittgenstein fue recomendado para la Medalla de Plata al Valor de Segunda Clase.

Por su parte, el escritor George Bernard Shaw hizo gala de humor británico al publicar un artículo en el que instaba a los jóvenes de ambos bandos a fusilar a sus oficiales y regresar a casa, lo que desató las iras de los sectores más patriotas. El escritor J.C. Squire pidió que lo emplumaran, a lo que Shaw respondió con cinismo que, si de verdad Gran Bretaña quería acabar con Alemania, el método racional pasaba por matar a todas sus mujeres.





De izda. a dcha., los matemáticos y filósofos Bertrand Russell (1872-1970) y Ludwig Wittgenstein (1889-1951).



G.B. Shaw (1856-1950), Premio Nobel en 1925.

Controlar el Bósforo y los Dardanelos era esencial para las comunicaciones y el tráfico marítimo

en tierra se paralizaron durante unos minutos. "Los soldados que estaban en las dos líneas de las trincheras salieron y quedaron a la vista los unos de los otros, olvidándolo todo, de tan inmensa excitación, y observaron fascinados hasta que el crucero se fue totalmente a pique; entonces regresaron de un salto a sus trincheras y siguieron disparándose mutuamente".

En Londres, mientras Churchill y Kitchener se culpaban del fiasco en Turquía, el gobierno y los altos mandos del ejército empezaron a pensar en una retirada estratégica. Días después, las tropas otomanas intentaron atacar el Canal de Suez y comenzaron una ofensiva en la región de Chatt-el Arab. El 14 de junio, los ingleses decidieron enviar refuerzos a los Dardanelos para mantener ocupado al grueso del ejército turco. Pero el 7 de agosto se consumó el desastre aliado en Galípoli, lo que obligó a Londres a evacuar sus tropas. La fallida operación militar costó a los aliados más de 450.000 bajas, entre muertos y heridos, y no supuso ningún avance en el esfuerzo de la Entente.



El Káiser y sus generales. Guillermo II de Alemania (en el centro de la imagen) tenía una confianza absoluta en Ludendorff (dcha.) y Hindenburg (izda.), y dejó la guerra en sus manos. En mayo de 1915, los generales invadieron Polonia y causaron graves daños a los rusos.

Política en tiempo de guerra. El 20 de mayo de 1915, Italia declaró la guerra a Austria, pero no a Alemania. Los aliados esperaban que la decisión de Roma ejerciera una influencia en las operaciones militares contra las Potencias Centrales. Éstas lograron que Bulgaria se sumara el 5 de octubre al esfuerzo de guerra de los ejércitos alemanes y austrohúngaros. Un día después comenzó otra ofensiva de las Potencias Centrales contra Serbia. Los alemanes cruzaron el Danubio y ocuparon Belgrado. Los búlgaros avanzaron hacia Nich y pusieron en peligro las comunicaciones de los serbios que, cercados, se replegaron hacia Salónica.

Mientras Serbia caía en manos de las Potencias Centrales, en Francia la vida parlamentaria volvía a su cauce. El veterano político Clemenceau criticó con dureza al ministro de la Guerra, Millerand, al que acusó de falta de previsión al descuidar los suministros de material bélico, lo que dificultaba las operaciones del ejército francés. Algo parecido sucedió en Inglaterra, cuyo gobierno comenzó a encontrarse con alguna oposición. El ministro de Guerra, Kitchener, no estaba preparado para lidiar con la vida política y reaccionó con rudeza cuando sus adversarios le imputaron su responsabilidad en la crisis de armamento.

En Alemania, los partidos conservadores afirmaban que la victoria proporcionaría al país nuevos territorios y otras satisfacciones económicas. Por el contrario, los socialistas rechazaban el programa anexionista que promulgaban el Káiser y la camarilla de oficiales del Estado Mayor, pero lo cierto es que muchos de ellos veían con naturalidad que Alemania extendiera su territorio hacia el Este, donde la anexión podría pasar por la *liberación* de polacos y bálticos, aunque rechazaban la idea de conservar el territorio que habían ocupado sus ejércitos en Bélgica.

En Estados Unidos, en agosto de 1915, el periódico *World* comenzó a publicar una serie de documentos secretos sustraídos de la embajada alemana en Washington. Esos documentos demostraban que agentes austrohúngaros trataban de provocar huelgas en las empresas estadounidenses que suministraban materiales a la Entente. Las revelaciones de *World* irritaron a la Casa Blanca y a la opinión pública americana. En septiembre de ese año, en un intento de frenar una nueva crisis con Estados Unidos, el gobierno alemán prometió al presidente Wilson que sus submarinos dejarían de hundir barcos mercantes sin aviso previo.

Desgastar al enemigo. El Káiser desoyó las protestas de la Marina alemana y decidió a favor de Falkenhayn, que prefería dejar a los submarinos en puerto si eso evitaba la intervención de Estados Unidos en la guerra. El nuevo objetivo de Berlín era asestar un golpe decisivo al ejército francés, para lo cual forzó una guerra de desgaste en el frente occidental con la esperanza de agotar a París. Por su parte, franceses e ingleses se pusieron de acuerdo en febrero de 1916 para llevar a cabo una gran ofensiva en el Somme (Francia); la Entente parecía descartar que un ataque alemán se les pudiera adelantar en otro escenario bélico del frente occidental o del frente oriental. ▪

VÍDEO

bit.ly/1auETc1 *En nombre de Dios*, cuarto capítulo de la serie documental *La Primera Guerra Mundial* (basada en el libro homónimo de Hew Strachan), dedicado a la intervención del Imperio otomano en el conflicto.







Winston S. Churchill (1874-1965), futuro Primer Ministro del Reino Unido entre 1940 y 1945 y 1951 y 1955, historiador y Premio Nobel de Literatura, ocupó el cargo de Primer Lord del Almirantazgo al inicio de la Guerra del 14. El desastre de Galípoli le costó el puesto.



ROGER VIOLLET / GETTY IMAGES

Las imágenes del horror. En 1916, tras recuperar Fort Vaux, en Verdún, los aliados sólo hallaron muerte y desolación: cadáveres insepultos, heridos por las bombas y el gas mostaza...



Intelectuales alemanes por la paz. Noventa firmaron un manifiesto en 1915, entre ellos Einstein (2º por la izda., en Nueva York, 1921). Fueron desoídos y perseguidos.



DE VERDÚN AL CHOQUE DEL SOMME

Desgastar al enemigo

La Guerra entró en su tercer año: las Potencias Centrales, para agotar las reservas franco-británicas, se emplearon a fondo en batallas de desgaste que desangraron el continente.

LAS FECHAS

21 de febrero
Comienza con un ataque de la artillería alemana la batalla más larga de la Gran Guerra: Verdún. Acabará el 18 de diciembre.

28 de marzo
Berlín rompe el pacto con EE. UU. y aprueba una guerra submarina sin restricciones. A los dos días hunde un buque hospital ruso.

18 de noviembre
Concluye la batalla del Somme, iniciada el 1 de julio. La cifra final de bajas: 146.000 aliados y 164.000 alemanes.

El hundimiento del Lusitania, que costó la vida a 1.198 pasajeros, entre ellos 135 estadounidenses, y el desconcertante silencio de Washington ante el ataque submarino alemán envalentonaron a Berlín. El 30 de diciembre de 1915, otro sumergible torpedeó a un trasatlántico de la compañía Peninsular y Oriental, el Persia. Se ahogaron 334 pasajeros, entre los cuales figuraba el cónsul estadounidense en Adén. El Secretario de Estado americano, Robert Lansing, se limitó a hacer pública una nota de protesta formal, una actitud que desesperó a los ingleses, que no entendían la pasividad de Estados Unidos.

Meses antes, se presentó en Alemania una declaración de noventa destacados intelectuales que presionaban a las autoridades para que se llegara a un acuerdo de paz. El físico Albert Einstein, que figuraba entre los firmantes, también apoyó la distribución de una antología de declaraciones de pacifistas británicos, entre los cuales se encontraban los escritores Bertrand Russell y George Bernard Shaw. El gobierno alemán hizo una gran redada y prohibió tajantemente ese tipo de manifiestos. En el Reino Unido, los pacifistas fueron recluidos en campos de trabajo.

Fuego sobre Verdún. El general Falkenhayn envió al Káiser un informe en el que exponía su plan de ataque contra la Entente. Según explicaba el documento, el principal adversario de Alemania ya no era Rusia, sino Gran Bretaña. Pero antes de atacarla, Alemania tendría que organizar una serie de batallas de desgaste, cuyo propósito era mantener inmovilizadas a las fuerzas francesas atrayéndolas a esos campos de batalla y obligándolas a defenderlos. El ataque alemán se desencadenó el 21 de febrero de 1916 con un impresionante ataque artillero en el frente norte sobre la ciudad fortificada de Verdún.

Veinticuatro horas después, el general Pétain asumió el mando francés. En su primera alocución, aseguró que no estaba dispuesto a dejar que la fortaleza cayera en manos alemanas. Muchos episodios de aquella batalla, que mantuvo a Francia expectante durante diez meses, fueron dirigidos por oficiales subalternos. El continuo bombardeo de la artillería enemiga impedía que las órdenes del Estado Mayor francés llegaran a los combatientes, que luchaban aislados en el fragor de la batalla, avanzando o retrocediendo, protegiéndose en el interior de los cráteres que iban pro-



duciendo los obuses en el terreno.

Al cabo de tres días, el ataque alemán comenzó a flaquear y Falkenhayn ordenó una ofensiva en el Oeste que también fue contenida por los franceses. El jefe del Estado Mayor galo, Joffre, entendió que el plan alemán consistía en agotar sus reservas, por lo que decidió no enviar tropas de refuerzo a Verdún y continuar con los preparativos de la gran ofensiva general que tenía pensado lanzar en julio junto a tropas británicas en el Somme.

Mientras miles de jóvenes franceses y alemanes morían en el campo de batalla de Verdún, Berlín aprobó el 28 de marzo una guerra de submarinos sin restricciones, incumpliendo la promesa que había hecho a Estados Unidos meses antes. Dos días después, un sumergible germano hundió en el mar Negro un buque hospital ruso; el oficial del *U-Boot* alegó que lo había confundido con un buque para el transporte de tropas. Cinco semanas después, los alemanes torpedearon un barco de pasajeros que se dirigía a Estados Unidos, provocando la muerte de cinco personas. Fue el trigésimo séptimo buque de pasajeros hundido por los submarinos alemanes desde el ataque al Lusitania.

En abril, en el Reichstag de Berlín, el dirigente socialdemócrata Karl Liebknecht afirmó que el pueblo alemán no había deseado la guerra, lo que enfureció a los parlamentarios, que pidieron la cárcel para el traidor a la patria. El 1 de mayo, Liebknecht fue arrestado y condenado a cuatro años de prisión. Por aquellos días, en la localidad suiza de Kienthal se reunió la Segunda Internacional Socialista. Tanto franceses como alemanes afirmaron que la guerra era una conspiración capitalista que sólo beneficiaba a la industria armamentista y a los gobiernos coloniales, ávidos de ganancias territoriales.

La batalla de Jutlandia. A finales de 1915, Alemania había renunciado a toda acción de envergadura de su flota, que permaneció protegida en los puertos por barreras de minas que aseguraban su defensa. Cinco meses después, el almirantazgo cambió de táctica y pasó a la ofensiva. El 1 de junio de 1916 se libró una gran batalla naval en Jutlandia que sólo duró unas horas. La flota alemana perdió un crucero de batalla, un acorazado, cuatro cruceros ligeros y a 2.551 marinos, que murieron en el enfrentamiento con los barcos enemigos. En los buques de guerra británicos perecieron 6.097 hombres.

Aunque los alemanes tuvieron menos bajas que los británicos, la batalla de Jutlandia fue la demostración de su inferioridad en el mar. Berlín decidió no volver a arriesgarse más ▶

Ferdinand Foch



***Ferdinand Foch* (1851-1929), en una fotografía tomada en 1921.**

En la batalla del Marne, Ferdinand Foch logró frenar el avance alemán, y en 1916 dirigió la ofensiva del Somme, que no logró derrotar a las fuerzas del Káiser. Por esta razón, su prestigio se resintió y fue relegado a un cargo de escasa relevancia. Pese a todo, a finales de 1917 fue elegido jefe del Consejo Interaliado para coordinar los esfuerzos de guerra en el frente italiano. El 21 de marzo de 1918, el Estado Mayor alemán desencadenó su gran ofensiva en el frente occidental, momento en que fue nombrado jefe del mando supremo aliado unificado para organizar el contraataque general del mes de agosto. El 4 de octubre de 1918 concluyó esta batalla, que marcó el principio del fin de las Potencias Centrales. Un magnífico monumento funerario en los Inválidos de París alberga la tumba de Foch. Es el único general que Francia ha permitido que repose junto a los restos de Napoleón. En Londres, delante de la Estación Victoria, una estatua rememora su figura. En la posguerra, Foch afirmaría: "Soy consciente de que he servido a Gran Bretaña de la misma forma que he servido a mi país".

6.097

marinos ingleses murieron en la batalla naval de Jutlandia, frente a las 2.551 bajas sufridas por la flota alemana. Sin embargo, el choque mostró la superioridad en el mar del ejército británico respecto al alemán.

Aprestándose al combate. La concentración de fuerzas en el frente de Verdún fue apabullante. En la imagen, vehículos y tropas de la defensa aérea francesa desplazándose durante la batalla.



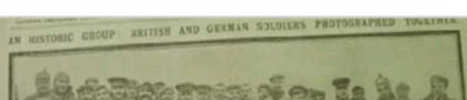
GALLERIE BILDERWELT / GETTY IMAGES

VÍDEO

bit.ly/1amOiIn

En el capítulo 6 de la serie documental *La Primera Guerra Mundial*, titulado *Fin del asedio*, se aborda la etapa de la guerra de desgaste.





▶ en un gran enfrentamiento naval. Gran Bretaña perdió un acorazado, cuatro cruceros y cinco destructores, pero demostró que su potencia de fuego podía borrar del mapa a la flota alemana en cualquier momento. Pese a todo, la batalla también fue un duro golpe para el gabinete de guerra británico. La gente de la calle no tenía claro si debían celebrar una gloriosa victoria naval o lamentar una derrota ignominiosa.

Los héroes de Fort Vaux. A principios de junio de 1916 comenzó la segunda fase de la batalla de Verdún con el ataque de veinte divisiones alemanas. Pétain pidió refuerzos a Joffre, que accedió a enviar cuatro divisiones. El continuo bombardeo artillero sobre las defensas francesas sepultó a muchos soldados bajo una capa de tierra. Los alemanes desplegaron un centenar de aviones que hicieron labores de reconocimiento para afinar el tiro de la artillería. El 7 de junio, tras resistir durante meses, Fort Vaux cayó en poder de los alemanes.

Sus defensores combatieron en pasillos subterráneos, junto a cuerpos insepultos en descomposición, bajo intensos bombardeos y ataques de gas mostaza. Una paloma mensajera muy afectada por los gases venenosos entregó el último mensaje de los defensores del fuerte: “Seguimos resistiendo”. El redactor del mensaje señalaba que esa era la última paloma mensajera que les quedaba viva. Penosamente, el ave murió poco después de entregar la misiva. El Estado Mayor francés le concedió la Legión de Honor. Fue la única paloma mensajera de las miles utilizadas en la guerra que tuvo el honor de recibir tan alta distinción.

Los seis supervivientes de la guarnición de Fort Vaux fueron hechos prisioneros y los mandos alemanes quedaron tan impresionados por su valor que felicitaron al comandante Raynal, a quien le hicieron entrega de una espada confiscada a otro oficial francés. Los feroces combates en Verdún continuaron durante semanas. El último intento alemán de capturar la ciudad fortaleza tuvo lugar el 22 de junio, cuando lanzaron un bombardeo de artillería en el cual se empleó un gas fosgeno nuevo llamado Cruz Verde, que aniquiló a gran número de hombres y caballos.

Tras el ataque tóxico, atacaron 30.000 alemanes. Cerca de Fleury, una compañía francesa fue totalmente exterminada, pero en otros sectores del frente los franceses resistieron las embestidas alemanas. El 24 de junio, los responsables del Estado Mayor alemán tuvieron noticia de que los aliados estaban preparando una gran ofensiva en el Somme, lo que les obligó a reducir el número de tropas en Verdún para trasladarlas al nuevo frente de batalla. Paradójicamente, el ejército alemán se agotó en su empresa de desgastar las reservas militares francesas.

El precio de la ¿victoria? Las cifras de muertos o desaparecidos en la batalla de Verdún fueron terribles: en el bando alemán, unos 100.000 hombres, y en el francés, en torno a 162.000 soldados. La resolución de Pétain y el espíritu de resistencia que impuso a sus hombres levantaron una ola de entusiasmo en todo el mundo. Además de resistir el ataque de la maquinaria de guerra prusiana, la Entente ganó la lucha propagandística. Sin embargo, en Francia comenzó a cristalizar el descontento por el alto número de jóvenes que murieron en aquella batalla.

El historiador Alistair Horne afirma que “ningún bando ganó en Verdún”. Horne señala que “fue la batalla indefinida en una guerra indefinida, la batalla innecesaria en una guerra innecesaria, la batalla en la que no hubo ningún vencedor en una guerra sin vencedores”. Pero no todos los historiadores coinciden

LIBRO

1.001 batallas que cambiaron el curso de la Historia, *R. G. Grant.* Grijalbo, 2012. En esta guía ilustrada, que recorre 5.000 años de guerras, la que nos ocupa y sus grandes batallas tienen una destacada representación.

Diez meses de intensos pero poco fructíferos enfrentamientos. Como puede verse con detalle en este mapa, desde febrero hasta diciembre de 1916 la línea del frente de Verdún, ciudad magníficamente fortificada de la Lorena, en el nordeste de Francia, apenas se movió, a pesar de las constantes ofensivas y contraofensivas desarrolladas por ambos bandos, que perdieron a un cuarto de millón de hombres en el empeño.



Papa Joffre. Ese era el apodo del jefe del Estado Mayor francés, Joseph Joffre, muy popular entre la tropa. En la imagen, visitando el frente del Somme junto a su homólogo inglés, Sir Douglas Haig.

El primer carro de combate


En el Museo de la Guerra de Londres puede verse este modelo de tanque de la I Guerra Mundial.

Winston Churchill alentó la idea de desarrollar un carro de combate que pudiera poner fin al punto muerto en la guerra de trincheras, potenciara ofensivas y redujera el número de bajas. El 29 de enero de 1916 se comenzó a probar el primer ingenio acorazado, que fue bautizado con el nombre de tanque, y pocos meses después 50 unidades del modelo *Mark I* participaron en el frente del Somme. A pesar del efecto psicológico que produjo en la infantería alemana, el nuevo ingenio bélico no resultó decisivo. En noviembre de 1917, en el frente de Cambrai, 381 tanques marcharon seguidos por tropas de infantería, logrando un avance de unos cinco kilómetros en las líneas alemanas. Al acabar la batalla, 114 habían quedado inmovilizados por averías y 65 habían sido destruidos por el enemigo. Al final de la guerra, en la batalla de Amiens (agosto de 1918), el ejército británico sí supo sacar partido de los tanques, en una acción en profundidad que culminó con éxito.

con Horne. Algunos niegan la aseveración de que fuera una guerra sin vencedores y opinan que Alemania y el Imperio austrohúngaro fueron derrotados militarmente por los ejércitos de la Entente. Otros, como el periodista e historiador Max Hastings, aseguran que la guerra fue necesaria para frenar el intento de Alemania de controlar Europa.

En mayo de 1916, el jefe del Estado Mayor austrohúngaro, el mariscal Franz Conrad, dejó desguarnecido el frente oriental: creía que los rusos no tenían capacidad de llevar a cabo una ofensiva, por lo que concentró sus mejores unidades en el frente italiano. El 15 de aquel mes lanzó a sus hombres al ataque en la línea que iba del Adigio al valle de Sugana. Las tropas de Conrad capturaron 300 cañones enemigos y tomaron prisioneros a 30.000 italianos pero, pocos días después, el avance austrohúngaro fue frenado en seco.

Para sorpresa del mariscal, los rusos iniciaron una gran ofensiva en junio, haciendo retroceder a los austriacos cien kilómetros. El jefe del Estado Mayor austrohúngaro tuvo que reconocer su error al haber menospreciado la capacidad de reacción de los ejércitos del Zar. El 28 de julio, el centro del frente de batalla cedió ante un nuevo ataque ruso y unos 370.000 soldados austriacos y alemanes fueron hechos prisioneros. Semanas antes de que se consumara este desastre en el frente oriental, las Potencias Centrales se enfrentaron a otro problema en Francia: el 1 de julio, los jefes de los Estados Mayores aliados, Joffre y Haig, iniciaron la temida ofensiva en el Somme.

Carnicería implacable. Tras siete días de bombardeo de artillería, veintiséis divisiones británicas y catorce francesas atacaron en un frente de cuarenta kilómetros. El primer día, el coste humano del ataque fue superior al de cualquier otra jornada de combate de la Primera Guerra Mundial: murieron algo más de un millar de oficiales británicos y más de 20.000 soldados, y otros 25.000 sufrieron heridas graves. La potencia de fuego y la resolución del ataque británico hicieron que los alemanes transfirieran sesenta cañones pesados y dos divisiones de infantería de Verdún al Somme.

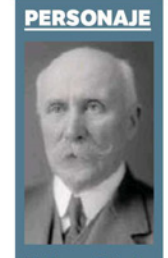
Además de resistir a la maquinaria bélica prusiana, la Entente iba ganando la batalla propagandística

"Muchos de los cadáveres quedaron en tierra de nadie hasta que la intensidad del sol del verano los redujo a esqueletos", escribe Martin Gilbert en su libro *La Primera Guerra Mundial*. Algunos de los restos se encontraban semienterrados, pero la violencia de los bombardeos removía la tierra y hacía que afloraran fragmentos de los cadáveres. Los que quedaron sepultados no fueron descubiertos hasta más de una década después de la guerra.

La lucha prosiguió durante seis semanas en los alrededores de los pueblos de Guillemont, Thiepval y Maurepas. A principios de octubre, el frente alemán se tambaleó, pero ▶

40
millones de obuses fueron lanzados por el ejército alemán sobre la ciudad fortaleza de Verdún en la larga y cruenta operación de desgaste planificada por el general Falkenhayn "para desangrar a Francia hasta la muerte".

PERSONAJE


Philippe Pétain (1856-1951), político y general francés, pasó de héroe de la Primera Guerra Mundial a villano en la Segunda, por su colaboración con los nazis. Esta imagen es de 1930.


Todos al Somme. La ofensiva de la Entente se inició el 1 de julio de 1916 con 26 divisiones británicas (entre ellas, esta formada por soldados indios) y 14 francesas.

El socio más débil. Cuando Rumanía atacó a Austria (dcha., soldados rumanos cavando trincheras), Alemania socorrió al jefe del Estado Mayor austriaco, Franz Conrad (abajo), y recuperó Transilvania y Bucarest para las Potencias Centrales.





▶ no llegó a romperse. La estrategia de batallas de desgaste se mostró, una vez más, inútil frente a la solidez de las posiciones fortificadas. La cifra total de muertos y desaparecidos aliados en el Somme acabaría siendo de unos 146.000. La de los alemanes fue todavía superior: en torno a 164.000 hombres. La batalla finalizó el 18 de noviembre.

En todo ese tiempo, la línea británica avanzó diez míseros kilómetros y los ejércitos de ambos bandos dispararon más de veintitrés millones de proyectiles (una media de más de un centenar de proyectiles por minuto). El Somme quedó en poder de los franceses, pero el brutal sacrificio humano aterró a la opinión pública europea. Aquella carnicería le pasó factura al general francés Ferdinand Foch, que fue relevado del mando.

Hindenburg y Ludendorff al mando. Meses después, en mayo de 1917, Pétain se convirtió en jefe de los ejércitos franceses y Foch pasó a ocupar el cargo de jefe del Estado Mayor aliado; el papel de Foch volvería a cobrar importancia al final de la guerra. Por su parte, las Potencias Centrales habían sufrido una dura crisis militar que arruinó definitivamente la credibilidad de Falkenhayn. El Estado Mayor alemán le destituyó y puso en su lugar al mariscal Paul L. Hindenburg, que fue nombrado jefe supremo del ejército. Su subalterno, el general Erich Ludendorff, fue quien diseñó los planes de ataque y dirigió la guerra. El tándem Hindenburg-Ludendorff ejerció en Alemania un poder militar y político casi absoluto.

El 28 de agosto, la entrada en guerra de Rumanía junto a las naciones de la Entente complicó todavía más las cosas a las Potencias Centrales. La autoridad del jefe del Estado Mayor austrohúngaro se encontraba bajo mínimos: Conrad no sabía dónde encontrar nuevas tropas de refuerzo y tampoco tenía previsto un plan concreto para salvar la provincia húngara de Transilvania ante la ofensiva del ejército rumano.

Sin preocuparse de lo que pudiera hacer el ejército búlgaro, que se encontraba al sur de sus líneas, el Estado Mayor rumano avanzó hacia Transilvania, que a mediados de septiembre quedó prácticamente ocupada. Pero la victoria se convirtió en derrota en muy poco tiempo: las tropas búlgaras, reforzadas con regimientos alemanes, contraatacaron y obligaron a los rumanos a frenar su ofensiva.

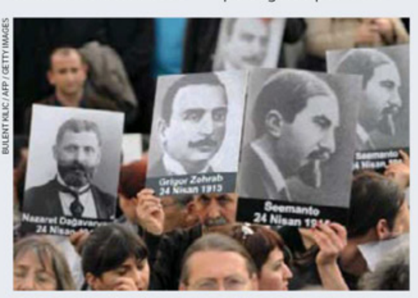
Los alemanes al mando del antiguo jefe del Estado Mayor, Falkenhayn, liberaron Transilvania y días después ocuparon Bucarest sin librar combate. En tan solo dos meses, la mayor parte del territorio rumano cayó en manos del enemigo. Alemania encontró en aquellas tierras los alimentos y los productos vitales que sirvieron para paliar los efectos perniciosos del bloqueo aliado. La derrota rumana causó una gran decepción en la Entente, pues demostraba que Alemania tenía la capacidad militar suficiente para aplastar sin miramientos a un nuevo adversario.

Alemania, muy tocada. A finales de 1916, las Potencias Centrales habían perdido parte de su terreno en el sector meridional ruso, pero en Rumanía habían conquistado amplios territorios cuya explotación económica incrementó su capacidad de resistencia. Pese a todo, Alemania había sufrido muchísimas bajas en Verdún y en el Somme. En esta última batalla, la artillería del Káiser se encontró por primera vez en estado de inferioridad. Para tratar de solucionar ese problema, el Estado Mayor alemán

La masacre del pueblo armenio

En diciembre de 1914, los turcos lanzaron una ofensiva contra el Cáucaso. El resultado fue desastroso para el Imperio otomano. Un mes después del ataque, regresó lo que quedaba del III Ejército perseguido por los rusos, que ocuparon las ciudades armenias de Van, Erzurum y Bitlis. El gobierno de Constantinopla acusó a los armenios de complicidad con el enemigo.

Deportación y muerte. Con este pretexto, el 24 de abril de 1915, las autoridades turcas ordenaron el asesinato y deportación de la población armenia. Se les obligó a marchar sin medios de subsistencia a través de zonas desérticas, en las que la mayor parte de los deportados pereció víctima del hambre, la sed y el cansancio. Los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de establecer el número de personas que murieron en aquellos años, pero un informe alemán de 1916 afirma que un millón y medio de armenios fueron asesinados. Otras fuentes aseguran que esa cifra es exagerada. La República de Turquía, sucesora del Imperio otomano, sigue rechazando que aquella masacre fuera un genocidio contra todo un pueblo.



BULENT KILIC / AFP / GETTY IMAGES

En la foto, acto de homenaje a las víctimas del genocidio armenio de 1915 (Estambul, abril de 2012).

El enorme coste en vidas humanas de Verdún y del Somme alentó la oposición a la guerra en Europa



GETTY IMAGES

Recuerdo de Verdún. La brutalidad y magnitud trágica de aquella operación militar ha dejado huellas imborrables, como esta abandonada casamata subterránea de Fort Vaux o el cercano Memorial y Museo de Verdún.

decidió reclutar a la fuerza a parte de la población belga para que trabajase en fábricas alemanas. El objetivo era que su industria militar suministrara nuevos cañones, ametralladoras y obuses.

En el frente occidental, una de las consecuencias de las dos brutales operaciones militares (la de Verdún y la del Somme) fue el enorme número de muertos, heridos y desaparecidos en ambos bandos. El luto afectó a muchas familias europeas. La angustia de las mujeres y de los parientes de los hombres que luchaban en los distintos escenarios bélicos fue en aumento. La opinión pública comenzó a preguntarse si los métodos que empleaban sus militares eran los mejores. Los gobiernos se enfrentaron a una creciente disidencia interna.

Arrecian las críticas. En Francia, algunos parlamentarios criticaron los planes militares que condujeron a la muerte de tantos jóvenes en los campos de batalla, por lo que exigieron ejercer su derecho de control en estos temas. Pese a todo, la clase política siguió apoyando la "unión sagrada" de la nación para defender a la patria de la agresión alemana. Prácticamente todo el arco parlamentario afirmó su voluntad de continuar la guerra hasta la victoria.

En Alemania aumentaba el sentimiento antibelicista. En 1916, la cifra de personas que murieron de hambre como consecuencia del bloqueo aliado se elevó a 121.114. En Gran Bretaña, el liberal Lloyd George, que ocupó el ministerio de la Guerra tras la muerte de Kitchener en junio de 1916, no sufrió tanta presión de la opinión pública. George esperó en la sombra hasta que el 6 de diciembre un enfermo y vacilante Herbert Henry Asquith tuvo que abandonar la jefatura del gobierno. El Rey le encargo a George la formación de uno nuevo. Su primera medida fue crear un gabinete de guerra poderoso, al que quedaron supeditados los distintos ministerios.

La aplicación del servicio militar obligatorio proporcionó 1.200.000 reclutas al ejército británico. Por su parte, las colonias aportaron 1.500.000 hombres al esfuerzo de guerra. A principios de 1917, el Ministerio de la Guerra dispondría de siete divisiones listas para entrar en acción en los distintos frentes de batalla. El programa de fabricación de armamento comenzaba a rendir plenamente tanto en Gran Bretaña como en Francia.

Novedades en Rusia, Austria y EE. UU. En Berlín, la llegada al Estado Mayor de Hindenburg y Ludendorff anuló la capacidad de maniobra del canciller Bethmann-Hollweg. En Rusia, Nicolás II tomó el mando supremo de los ejércitos, lo que suponía un serio peligro para la dinastía en caso de una derrota militar. El Zar tuvo que afrontar además el creciente poder de Rasputín, que se enriqueció gracias a la zarina Alexandra Feodorovna, fascinada por los encantos de aquel siniestro personaje.

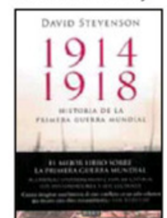
El 17 de noviembre de 1916, Woodrow Wilson fue reelegido presidente de Estados Unidos. Dos días después, envió una nota a las potencias beligerantes en la que proponía buscar fórmulas que frenasen la guerra. Su propuesta de paz fue un fracaso. Poco después, el emperador austrohúngaro Francisco José, de ochenta y cinco años, murió, dejando como heredero a su sobrino el archiduque Carlos, de veintinueve años. El 29 de diciembre de 1916, Rasputín fue asesinado por el príncipe Youssoupov. Sólo horas más tarde, la situación en Rusia era ya revolucionaria.

Desde mediados de 1916, el Estado Mayor alemán de la Marina, apoyado por los jefes militares, preparaba la reanudación de la guerra submarina sin restricciones, lo que podía precipitar la entrada de Estados Unidos en la guerra. Sin embargo, Ludendorff afirmaba que el ejército estadounidense no sería operativo hasta pasados unos meses, durante los cuales la flota de submarinos alemanes acabaría con los mercantes británicos, poniendo a Londres en una situación dramática. Mientras tanto, las tropas del Káiser derrotarían a los franceses en su propio suelo.

Pero las optimistas previsiones de Ludendorff iban a chocar frontalmente con la cruda realidad de una Entente cada vez más fuerte. Asimismo, el poderoso entramado financiero de Wall Street y los préstamos que concedieron los bancos estadounidenses a británicos y franceses iban a contribuir al reforzamiento militar de la Entente. ¿Podrían Berlín y Viena frenar la potente maquinaria bélica que la Casa Blanca iba a poner en marcha? ▪

LIBRO

1914/1918, *David Stevenson*. Debate, 2013. Subtitulado *Historia de la Primera Guerra Mundial*, ha sido saludado por la crítica y los historiadores como tal vez el mejor ensayo sobre el conflicto que se haya publicado hasta hoy.







DE LA GRAN OFENSIVA A LA PAZ

El final de la matanza

En 1917, la provocación alemana llevó al fin a Estados Unidos a entrar en la Guerra. Las Potencias Centrales, agotadas, intentaron un contraataque en 1918, pero fracasaron.

La noticia

The New York Times.

ARMISTICE SIGNED, END OF THE WAR! BERLIN SEIZED BY REVOLUTIONISTS; NEW CHANCELLOR BEGS FOR ORDER; OUSTED KAISER FLEES TO HOLLAND



Júbilo por el armisticio. La noticia se celebró en todo el mundo (sobre estas líneas, algarabía en las calles de Londres). *The New York Times* (arriba) tituló: "¡Se firma el armisticio, final de la guerra!".

A principios de 1917, tras muchos meses de guerra, las dificultades económicas se agravaron en todos los Estados beligerantes. El cansancio y el sentimiento de hastío eran cada vez más evidentes en la retaguardia y en los frentes de batalla. En Francia, los parlamentarios comenzaron a cuestionar los métodos del Alto Estado Mayor, aunque no criticaron los principios patrióticos del esfuerzo de guerra. El rechazo fue menor en Gran Bretaña. El resultado de la batalla del Somme demostró las firmes cualidades del ejército británico, de las que se enorgullecía el país. Algunos de sus oficiales, entre ellos el famoso T.E. Lawrence, capitanearon a fuerzas árabes en diversos ataques a posiciones turcas en Oriente Medio.

El 1 de febrero de 1917, Alemania decidió reanudar la guerra submarina sin restricciones, rompiendo otra vez el pacto al que había llegado con Estados Unidos. En Washington la noticia fue recibida como una provocación, pero el presidente Wilson todavía esperó un tiempo antes de actuar: quería que la opinión pública americana estuviera a favor de una intervención bélica. Para plantearla, Wilson necesitaba una acción devastadora de los alemanes contra los intereses estadounidenses, ya que quería convencer a su país de la necesidad de entrar en guerra.

Wilson se decide. El almirante Von Holtzendorff aseguró al Káiser que la guerra de sumergibles sin restricciones contra cualquier embarcación, independientemente de su bandera y de la carga que transportase, obligaría a Inglaterra a pedir la paz. El Káiser le preguntó cuál sería la reacción de Estados Unidos. "Doy a Su Majestad mi palabra de oficial de que no desembarcará en el continente ni un estadounidense", fue la respuesta de Holtzendorff. Ya no hubo más dudas. El argumento que se ofreció a los oficiales alemanes fue conciso: "El ataque masivo a todo mercante aliado o neutral es la manera de decidir la guerra a nuestro favor".

Semanas antes, el ministro de Asuntos Exteriores alemán, Alfred von Zimmermann, ideó un plan ante la eventualidad de que los ataques indiscriminados de los *U-boote* empujasen a Estados Unidos a entrar finalmente en la guerra. En ese supuesto, Alemania debería obtener el apoyo incondicional de México, que con la ayuda financiera alemana podría reconquistar los territorios que había perdido hacía setenta años: Texas, Nuevo México y Arizona. La idea, que nunca prosperó, era que alemanes y mexicanos lucharan juntos contra los americanos.

El 24 de febrero, el gobierno británico comunicó a Washington el texto del telegrama de Zimmermann y el presidente Wilson dio orden de que lo publicara la prensa el 1 de marzo. El pueblo americano comenzó a percibir al Káiser y a sus militares como agresores. El brusco giro de los acontecimientos tranquilizó a la Casa Blanca, que a partir de aquel momento tuvo las manos libres para iniciar las hostilidades contra Alemania.



El desencadenante. El 1 de abril de 1917, el navío estadounidense Aztec (en la imagen) fue torpedeado por Alemania. El ataque acabó con la neutralidad de EE. UU.

Woodrow Wilson



***Woodrow Wilson* (1856-1924), tras ganar las elecciones en 1912.**

Con el apoyo del ala liberal del partido demócrata, Woodrow Wilson ganó las elecciones presidenciales en 1912. Su fama de progresista se ensombreció por sus intervenciones en Centroamérica y por su intromisión en la guerra civil mexicana. Al estallar la Primera Guerra Mundial defendió la neutralidad estadounidense, pero propició la ayuda financiera a Francia y Gran Bretaña. Propuso planes para frenar el conflicto bélico que no tuvieron éxito. Tras su reelección en 1917, Wilson decidió declarar la guerra a Alemania, que había roto el acuerdo de interrumpir los ataques submarinos sin previo aviso contra barcos mercantes. Pero otros factores también influyeron en su decisión: sabía que la hegemonía alemana en Europa supondría un peligro a la larga para Estados Unidos. Además, si Berlín ganaba la guerra, los bancos estadounidenses tendrían dificultades a la hora de recuperar los cuantiosos fondos que habían prestado a las naciones de la Entente. Su decisión de implicarse en la Primera Guerra Mundial contribuyó a que Estados Unidos se convirtiera después en la gran potencia occidental del siglo XX.

El 1 de abril de 1917, cerca de Brest, el navío estadounidense Aztec fue torpedeado sin previo aviso, ahogándose veintiocho de sus tripulantes. Aquel ataque fue la gota que colmó el vaso de la paciencia en Washington. Horas después del hundimiento del Aztec, el presidente Wilson hizo una solemne declaración: "El mundo debe ser un lugar seguro para la democracia". El 4 de abril, el Senado de Estados Unidos votó a favor de la entrada del país en el conflicto mundial por ochenta y dos votos contra seis.

La Revolución y otras batallas. Holtzendorff se equivocó cuando prometió al Káiser que ningún soldado estadounidense pisaría suelo europeo: su presunción empujó a los americanos a la lucha, una contingencia que temían el Káiser y otros oficiales germanos. En su fuero interno, sabían que no podían combatir contra tantos enemigos. Algunos historiadores creen que, de una u otra forma, con o sin guerra submarina, los americanos habrían terminado declarando la guerra a Alemania.

Los grandes bancos estadounidenses, en especial la casa Morgan, se habían alineado con la Entente aportando grandes préstamos a Francia e Inglaterra. Lo único que podían temer era la derrota de los aliados, que habría comprometido el reembolso de aquellos empréstitos. Según esa hipótesis, la guerra submarina proporcionó el pretexto necesario. Por otro lado, el embajador de Alemania en Washington reconoció que la declaración de guerra submarina había sido no la ocasión, sino la causa de la intervención de Estados Unidos.

A miles de kilómetros de Washington, la Revolución rusa había estallado en Petrogrado (San Petersburgo), sin apenas resistencia y sin derramamiento de sangre. En la madrugada del 15 al 16 de marzo, se firmó el acta de abdicación del zar Nicolás II, que volvió a sus deberes familiares en aparente calma, aunque en su diario expresó toda la amargura que sentía en aquellos momentos: "Todo en torno a mí es traición, cobardía y engaño". La dinastía imperial rusa había sido vencida. Pero, ¿podría darse algún vuelco que la hiciera sobrevivir a medio plazo? Los aliados pensaron que el rápido éxito del movimiento revolucionario proporcionaría una cierta estabilidad al nuevo régimen, lo que facilitaría que Rusia continuara su esfuerzo de guerra contra las Potencias Centrales.

En mayo de 1917, el comandante en jefe de la Marina británica, John Rushworth Jellicoe, se opuso al proyecto de crear grandes convoyes de mercantes escoltados por cruceros, idea auspiciada entre otros por Winston Churchill, que tras dejar de ser Lord del Almirantazgo y haber pasado por el frente era ahora ministro de Armamento. Pese a la oposición de Jellicoe a esa estrategia, una obcecación que lo apartó del mando directo de la flota británica, la puesta en marcha de convoyes protegidos por la Armada logró disminuir el ▶

WEB

bit.ly/19PRwDy

Aquí, el estremecedor *Morir por la patria no es dulce ni honroso*, del poeta británico Wilfred Owen, muerto en combate 7 días antes del armisticio.





La debacle italiana. La foto muestra a las tropas austro-alemanas en vísperas de la ofensiva de Caporetto, junto al río Isonzo, en octubre de 1917. Italia sufrió una humillante derrota en esta batalla.

20 millones
Ese es el cómputo global de víctimas mortales de la Gran Guerra que hacen algunos historiadores, aunque es difícil precisarlo. Un aterrador balance, al que se suman otros 20 millones de heridos y cientos de miles de mutilados.



Nuevo mapa europeo. La desaparición de dos imperios, el austrohúngaro y el otomano, y las pérdidas territoriales impuestas a Alemania y Rusia en el Tratado de Versalles hicieron surgir un rosario de nuevos Estados: Lituania, Estonia, Letonia, Finlandia, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia. Además, Polonia se reconstituyó y nació la URSS.

Alemania creyó que Estados Unidos no enviaría tropas y ese error de cálculo le costó la derrota

PELÍCULA

La Gran Guerra, *Mario Monicelli* (1959). Vittorio Gassman, Alberto Sordi y Silvana Mangano protagonizan esta genial tragicomedia antibélica que se desarrolla en el frente italo-austriaco entre 1916 y 1917.



▶ número de barcos que los submarinos alemanes echaban a pique.

El 1 de septiembre de 1917, el Estado Mayor alemán se declaró dispuesto a colaborar con los austriacos en una acción contra Italia. La ofensiva comenzó el 24 de octubre: las tropas austro-alemanas traspasaron las líneas italianas y desde Caporetto avanzaron hacia la llanura veneciana. Los italianos abandonaron sus líneas dejando en manos del enemigo un amplio territorio, más de 3.000 cañones, 300.000 fusiles y 2.500 automóviles. Los austro-alemanes hicieron prisioneros a más de 290.000 italianos. Pese al varapalo que había sufrido el país, Italia siguió en la guerra.

Por su parte, el ejército ruso pasaba por graves dificultades. Devastado por las deserciones, le costaba mucho esfuerzo mantener el frente oriental. El proceso revolucionario en el interior del país dominaba sobre la política exterior. En aquellos días, los bolcheviques tomaron el poder y Lenin afirmó que el pueblo no tenía ningún interés en continuar la guerra: su objetivo primordial era conseguir la paz para dedicar todos los esfuerzos a la reorganización política y social de Rusia.

En la noche del 6 al 7 de noviembre (25 de octubre, según el calendario ruso), los destacamentos de bolcheviques se apoderaron de los puntos estratégicos de Petrogrado (San Petersburgo) y tomaron el Palacio de Invierno (actual Museo del Hermitage). La Revolución rusa concluyó con la victoria de los revolucionarios, que proclamaron un gobierno obrero y campesino y la apertura de conversaciones con vistas a una paz justa y democrática con las Potencias Centrales. El 3 de diciembre se inició la conferencia para el armisticio en la ciudadela de Brest-Litovsk, donde se hallaba el cuartel general alemán del frente oriental.

Un alivio para Alemania. Días después comenzaron las conversaciones de paz, que durarían hasta el 3 de marzo de 1918, cuando se firmó el Tratado de Brest-Litovsk: Rusia renunciaba a toda soberanía sobre Polonia, Lituania y Curlandia (región que constituye en la actualidad la mayor parte del oeste de Letonia). El país perdió grandes territorios, pero los revolucionarios mantuvieron el poder a la espera del "levantamiento del proletariado internacional", que, según pensaban, extendería la revolución a toda Europa. El tratado de paz permitió al Estado Mayor alemán trasladar las divisiones que tenía en el frente oriental hacia el occidental, reforzando su esfuerzo de guerra contra Francia y Gran Bretaña.

Días antes de que las fuerzas revolucionarias rusas asaltaran el Palacio

Símbolo de la Revolución. Una vista de la fachada principal del Palacio de Invierno de los zares en San Petersburgo, cuyo asalto fue el gran hito de la revuelta soviética. Hoy es uno de los seis edificios del Museo del Hermitage.

de Invierno en Petrogrado, Gran Bretaña publicó la Declaración Balfour, que expresaba el apoyo británico a la creación de "un hogar nacional para el pueblo judío" en Palestina. Uno de los objetivos que perseguía Londres era influir a los judíos rusos para que animaran a sus compatriotas a seguir la lucha contra los ejércitos alemanes. El documento fue firmado por Arthur James Balfour, secretario de relaciones exteriores del Foreign Office, y se remitió al barón Lionel Walter Rothschild, relevante miembro de la comunidad judía en Gran Bretaña. Pocos años después, los términos de la Declaración Balfour fueron aprobados por la Liga de las Naciones, lo que fue un importante logro político para el movimiento sionista.

La gran ofensiva final. En el frente oriental, la lucha había finalizado, y en el frente italiano, el ejército austrohúngaro estaba tranquilo. El Estado Mayor alemán nunca se había visto en unas circunstancias tan favorables para iniciar una gran ofensiva en el frente occidental. El objetivo era confiar en la derrota de Francia y Gran Bretaña antes de que las tropas estadounidenses estuvieran preparadas para entrar en combate. La amenaza de la ofensiva alemana espoleó a los aliados, que concentraron sus ejércitos en el frente occidental.

El 21 de marzo de 1918, Ludendorff ordenó una inmensa ofensiva contra británicos y franceses en el frente occidental, cuyo objetivo era abrir una brecha en la línea defensiva enemiga. El 23 de marzo, tres potentes cañones fabricados por la empresa alemana Krupp comenzaron a bombardear París desde un emplazamiento situado a 120 kilómetros de distancia. Más de veinte proyectiles cayeron sobre la capital francesa, matando a 256 civiles.

El nuevo presidente del Consejo francés, Clemenceau, afirmó su voluntad de responder con contundencia, lo mismo que el Jefe del Gobierno británico, Lloyd George, que ejercía en su país un poder político y militar casi absoluto. Mientras tanto, en Italia resurgió el sentimiento nacional tras la humillante derrota que había padecido su ejército en octubre de 1917. Ludendorff era el hombre fuerte que pretendía dar la puntilla final a los aliados, pero frente a él había tres militares de la Entente que le iban a poner las cosas muy difíciles.

Apoyo alemán a los revolucionarios rusos

Los estrategas alemanes sabían que una revolución en Rusia podría alejarla de la Gran Guerra, lo que permitiría a Berlín trasladar las divisiones que mantenía en el frente oriental hacia el occidental. Por esa razón, Alemania estimuló los esfuerzos de los revolucionarios rusos y facilitó el regreso de Lenin a Rusia, pasando por suelo alemán.

En 1917, los bolcheviques pidieron a los soldados que no combatieran y que se unieran a los comités para propagar las demandas revolucionarias. El 3 de marzo comenzó en Petrogrado (San Petersburgo) una huelga en la fábrica de municiones Putilov. Nueve días después, empezó la Revolución rusa. Lenin llegó a Petrogrado el 16 de abril, gracias a las facilidades que le brindaron los alemanes. Tal y como habían previsto estos, los nuevos líderes revolucionarios decidieron que Rusia abandonara la lucha en la Gran Guerra, lo que facilitó al Alto Mando alemán el refuerzo de tropas en el frente occidental para seguir combatiendo contra los ejércitos de la Entente.



Lenin en Putilov (óleo del pintor soviético Isaak Brodski).

El general francés Ferdinand Foch, que había sido elegido meses antes Jefe del Consejo Interaliado, fue nombrado mariscal y se le encomendó detener la ofensiva alemana con la ayuda del general Pétain, el *héroe de Verdún*, y del general británico Douglas Haig. Foch ordenó proteger Amiens y restablecer el contacto entre las fuerzas francesas y británicas en las cercanías de Bray-sur-Somme. El ejército alemán consiguió romper el frente y situar sus líneas sesenta kilómetros más adelante, capturando a 90.000 prisioneros. Cuando Ludendorff pensó que tenía la victoria en la mano, observó con desesperación que la brecha que su ejército había abierto entre ingleses y franceses se volvía a cerrar de inmediato.

Objetivo: los puertos. El Estado Mayor alemán ordenó otro ataque apoyado por carros de combate, cuyo fin era avanzar todo lo posible hacia el Canal de La Mancha con el propósito de amenazar los puertos que servían de base de avituallamiento de los británicos. Los alemanes no consiguieron su objetivo, pero pusieron contra las cuerdas a ingleses y franceses. El 27 de mayo, Ludendorff ordenó un ▶

VÍDEO

bit.ly/1f8Dpco La serie documental basada en el libro de Hew Strachan, *La Primera Guerra Mundial*, concluye con este capítulo, el décimo, titulado *Guerra sin fin*.



DECLARACIÓN

El 2 de noviembre de 1917, Balfour (secretario de relaciones exteriores británico) envió al barón Rothschild la carta que vemos abajo (la Declaración Balfour), que apoyaba la creación de un Estado judío en Palestina.





GETTY IMAGES

Tratado de Brest-Litovsk. Lo firmaron Alemania y la Rusia revolucionaria el 3 de marzo de 1918 y supuso la salida del conflicto de la nueva URSS. En la imagen, ambas delegaciones sentadas a la mesa de negociación.

8 de agosto de 1918. Ese es el título de este óleo del pintor y capitán australiano Will Longstaff y esa es la fecha marcada en rojo en las memorias del general Ludendorff como el principio del fin de Alemania. En el cuadro, los soldados alemanes capturados se cruzan con la artillería aliada en la batalla de Amiens.



PERSONAJE

Max von Baden (1867-1929), príncipe y general de conocida tendencia liberal, aceptó el cargo de canciller de Alemania en los últimos días de la guerra para negociar la paz con los aliados.

nuevo ataque que en quince días le proporcionó resultados tácticos considerables (su ejército había avanzado sesenta kilómetros), aunque el resultado estratégico no fue definitivo.

La intervención estadounidense resultó decisiva. El Estado Mayor alemán tenía que conseguir la victoria total en pocas semanas. Después sería demasiado tarde: cada día que pasaba llegaban a Francia nuevas tropas estadounidenses. A mediados de junio, Ludendorff lanzó a sus hombres contra los franceses en el frente del Marne, pero al fallar el factor sorpresa decidió frenar el avance de su ejército. El 18 de julio se produjo el contraataque francés, que logró sorprender a los germanos: en un día, el ejército galo consiguió 12.000 prisioneros y destruyó las posiciones enemigas en una extensión de 40 kilómetros. Los escasos refuerzos de hombres que conseguían los alemanes no compensaban los continuos apoyos que les llegaban a los ejércitos aliados. Las tropas que dirigía el general estadounidense Pershing entraron en combate en el frente occidental justo en el momento crítico en que los franceses y los ingleses comenzaban a flaquear. A partir de entonces, la iniciativa correspondió a las fuerzas de la Entente. La caída de Bulgaria y el desgaste de los ejércitos austrohúngaros llevaron al colapso a las Potencias Centrales.

En las memorias de guerra de Ludendorff aparece señalado en rojo el 8 de agosto de 1918. Aquel día pensó que la derrota de su ejército se iba producir en cuestión de pocos meses. Sus hombres habían tenido que retroceder a las posiciones que ocupaban antes de la ofensiva de primavera. El 15 de septiembre, el ejército búlgaro retrocedió a toda prisa ante el empuje de las tropas serbias y francesas y una semana después comenzó la ofensiva del mariscal Foch contra las posiciones alemanas en los montes de Champaña (Francia).

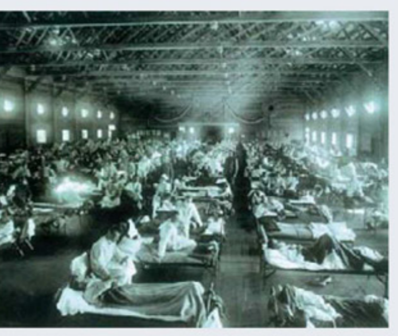
Últimos estertores de la guerra. El 23 de septiembre, el gobierno búlgaro pidió el armisticio, momento en el que Ludendorff pensó que había llegado la hora de tirar la toalla. Desde aquel día, el militar presionó al Káiser para que formara un nuevo gobierno que organizara la rendición; sólo restaba encontrar a un canciller que aceptara cumplir con aquella humillante tarea. Se eligió al príncipe Max von Baden, que en la noche del 3 al 4 de octubre firmó la nota que se envió a la Casa Blanca: "El gobierno alemán ruega al presidente de Estados Unidos de América que se encargue de restablecer la paz y de dar a conocer esta petición a todos los Estados beligerantes".

En octubre de 1918, el poeta británico Wilfred Owen decidió volver al campo de batalla; meses atrás había sufrido un ataque nervioso que lo dejó fuera de servicio. "Como oficial, quiero ayudar a los muchachos que luchan en el frente", escribió a un amigo para justificar su regreso al combate. El 4 de noviembre de ese año, Owen murió al ser alcanzado

La epidemia de 1918

La mal llamada *gripe española* hizo estragos en todo el mundo entre 1918 y 1919. A los millones de víctimas que se estaba cobrando la guerra se sumaron los veinticinco millones de muertos que provocó aquella terrible pandemia, cuyo origen fue un misterioso virus que los científicos no pudieron aislar y que en sólo cuatro meses contagió a gran parte de la población mundial. Pese a su nombre, parece ser que la gripe tuvo su primera manifestación en la base militar de Fort Roley, en Kansas (Estados Unidos), donde se contabilizaron más de 500 casos en marzo de 1918.

Por la censura. Los que la superaron fueron enviados a Europa en el contingente militar que aportó Estados Unidos al esfuerzo bélico de la Entente, propagando la enfermedad en el Viejo Continente, África y Asia. Mientras que la censura militar de aliados y austrohúngaros restringió la información sobre los fallecidos en ambos bandos, la prensa española publicó sin tapujos los casos que se registraban en el país, dando así lugar al nombre con que fue bautizada la pandemia.



Pacientes de gripe española *en un hospital de campaña europeo, en 1918. Vino de Estados Unidos.*







GETTY IMAGES

Vencedores y vencidos. A la izquierda, oficiales aliados observan tras la puerta, el 7 de mayo de 1919, las sesiones de la Conferencia de Paz de París, en el Palacio de Versalles. Arriba, caricatura francesa del káiser Guillermo II tratando de comerse el mundo.

por un disparo. Seis días después, el gobierno alemán aceptaba las condiciones del armisticio.

De inmediato, el mariscal Foch envió un mensaje a todos los comandantes aliados: "Cesarán las hostilidades en todo el frente el 11 de noviembre a las once de la mañana, hora francesa". Cuarenta y ocho horas antes, el poeta y agitador cultural Guillaume Apollinaire había muerto de gripe en Francia. Aquel 11 de noviembre de 1918, en Shrewsbury, cerca de Gales, los padres del poeta Owen escuchaban las campanas de la catedral, que tañían en homenaje al armisticio, cuando recibieron el telegrama que les comunicaba la muerte de su hijo. La guerra había terminado.

En los cuatro años que duró la guerra se hundieron más de 2.000 navíos de guerra y mercantes británicos y se ahogaron más de 12.000 marinos. Los aliados destruyeron alrededor de 200 submarinos alemanes, con la pérdida de 515 oficiales y 4.849 marinos. "Según la escala de las batallas en el frente oriental y occidental, esas pérdidas fueron escasas, pero, para los que combatieron en el mar o navegaron por él, fueron el elevado coste de una guerra peligrosa", escribe el historiador Martin Gilbert en su libro *La Primera Guerra Mundial*.

Las cifras globales de pérdidas humanas dan idea de lo violento que fue aquel conflicto bélico. Bélgica y Francia pagaron caro ser el principal escenario de la guerra. A la destrucción de pueblos y ciudades se unió una catastrófica cifra de muertos: 1,3 millones de soldados franceses. Nunca se sabrá el número real de víctimas mortales durante la Gran Guerra, pero algunos historiadores hablan de 20 millones de muertos. Sólo en Rusia, la cifra de desaparecidos y fallecidos oscila entre 2 millones y 5 millones. El balance de heridos fue de otros 20 millones. Cientos de miles de mutilados inundaron las calles de las ciudades europeas.

Consecuencias de la paz. En Alemania se produjeron levantamientos revolucionarios que echaron por la borda las esperanzas del Káiser de proseguir al frente del *glorioso* Reich alemán. Hindenburg y otros altos militares comprendieron que no se podía contar con las fuerzas armadas para reprimir a los revolucionarios: el ejército no estaba dispuesto a disparar contra el pueblo. Guillermo II tuvo que abdicar y refugiarse en Holanda y el Reich pasó a ser una república. Otros dos imperios, el austrohúngaro y el otomano, fueron borrados del mapa, apareciendo un rosario de nuevas naciones en Europa.

Los vencedores cambiaron el mapa del mundo árabe, creando nuevos Estados en la región

Una vez finalizó el sangriento conflicto bélico, las potencias vencedoras trastocaron el mundo árabe oriental dibujando con tiralíneas las fronteras de nuevos Estados. Las provincias de Bagdad y Basora se convirtieron en un reino bajo la tutela de Faysal, hijo del jerife de La Meca. Irak fue uno de los países que surgieron de la desintegración del Imperio otomano, aunque los verdaderos beneficiarios de su creación fueron los británicos, que obtuvieron la explotación de los yacimientos petrolíferos de la antigua Turkish Petroleum Company.

El 28 de junio de 1919, los germanos y las principales potencias aliadas firmaron el Tratado de Versalles, que castigaba a Berlín tanto territorial como financieramente. El Tratado prohibía a Alemania importar armas, municiones o material bélico, así como construir o comprar submarinos y tener fuerzas aéreas o navales. Además de ser despojada del puerto de Danzig, Alemania quedó incapacitada para hacer la guerra. Sin embargo, en septiembre de 1939, los alemanes se las ingeniaron para desencadenar otra conflagración mundial, cuando el acorazado alemán Schleswig–Holstein cañoneó a la guarnición polaca de Westerplatte, cerca de Danzig. Pero esa ya es otra historia.

LAS FECHAS

4/abril
1917
El Senado de Estados Unidos aprueba entrar en el conflicto mundial contra Alemania. En octubre estalla la Revolución bolchevique en Rusia.

11/noviembre
1918
El gobierno alemán acepta las condiciones de los aliados para la rendición y el mariscal Foch ordena el cese de los combates en todo el frente.

28/junio
1919
Tras seis meses de negociaciones en la Conferencia de París, y justo cinco años después del atentado de Sarajevo, se firma el Tratado de Versalles.

TRATADO

En el Palacio de Versalles (Francia) se reunieron las potencias implicadas en la Primera Guerra Mundial para sellar el fin de las hostilidades. Abajo, la portada de *Le Petit Journal* que lo recoge.



PRISMA

¿Dónde se libró la batalla de las abejas?

También conocida como el asalto de Tanga (en el África oriental), tuvo lugar el 5 de noviembre de 1914 entre el ejército colonial británico y un millar de askaris que guerreaban bajo bandera alemana. La excelente organización táctica del comandante Paul Emil von Lettow-Vorbeck hizo que el grupo germano derrotase al dirigido por el general británico Arthur Aitken en una batalla de lo más salvaje. Y nunca mejor dicho, pues las grandes aliadas de los alemanes fueron unas abejas que atacaron a los hombres del regimiento británico propiciando su retirada. El periódico inglés *The Times* llegó a afirmar que aquella plaga formaba parte del plan de guerra y que las abejas estaban "hábilmente adiestradas".

ACS



Pintura que describe la batalla de Tanga, librada en 1914 en suelo africano entre las tropas coloniales británicas y alemanas.

¿Qué alegaban los reclutas británicos para no ir al frente?

GETTY



Reclutamiento en 1914 de soldados rumanos residentes en Francia.

De los 8.000 reclutas que apelaron en el tribunal militar de Middlesex, Inglaterra, 26 fueron exentos sin reservas; 581 con condiciones y 2.831 sólo temporalmente, en general para que arreglaran su situación profesional. La mayoría de las demandas no eran de objetores de conciencia, sino de hombres que alegaban razones médicas, familiares o ideológicas. Muy pocas se resolvieron favorablemente. Aunque John Gordon Shallis fue uno de los que sí se libró, manifestando que había perdido a sus cuatro hermanos en la guerra y que su madre no se podía valer tras romperse una pierna. El presidente del tribunal estimó que aquella mujer tenía "derecho al confort de tener a su lado a su único hijo vivo". No tuvo tanta suerte Harry George Ward, que solicitó no ir a la guerra "por razones de conciencia basadas en sus convicciones socialistas". Esta fue la respuesta del tribunal, integrado por jueces, magistrados, parlamentarios y figuras locales: "Siendo socialista, usted no puede tener conciencia". El de Middlesex es uno de los dos únicos archivos con este tipo de información que sobrevivieron a la destrucción. Con motivo del centenario de la IGM se han digitalizado para su consulta un total de 11.307 documentos de este tipo.

82.400 millones de dólares

Estimación del coste directo llevado a cabo por todos los beligerantes (en dólares de 1913). Las reparaciones de guerra demandadas por los aliados a los perdedores ascendieron a 23.000 millones de dólares.

¿Cómo disparaba el Gran Berta?

Modelo M (año 1914)
Transporte por carretera
Distancia de alcance: 12,5 km
Ángulo de tiro: 75º
Peso: 43 Tm

Cañón de 7 metros
Frenos de retroceso
Grúa de munición
Plataforma de observación
Plataforma de carga
Ruedas con banda articulada
Atacador
Proyectiles de 419 mm y 820 kg de peso

JOSÉ ANTONIO PEÑAS

Este colosal cañón, con un alcance tres veces superior al de los mejores de la época, fue diseñado por los expertos alemanes en la armería Rausenberg y Dräger y construido en la fábrica Krupp (precisamente se llama así por Bertha, la hija mayor de Friedrich Alfred Krupp, el propietario de la compañía). El mortero de asedio medía casi 7 metros, tenía un ángulo de tiro de 75 grados y lanzaba proyectiles perforantes de 800 kilos de peso, a un alcance máximo de 12,5 kilómetros. El peso total del conjunto era de aproximadamente 42.000 kilos. Sus espectaculares medidas obligaban a transportarlo desmontado en cuatro remolques dirigidos por dos tractores Daimler Benz y montarlo de nuevo una vez alcanzado el punto exacto de ataque. El impacto que tuvieron estos obuses fue monumental. En pocos días, los fuertes de Lieja fueron reducidos a escombros y, más tarde, los de Namur quedaron completamente destrozados. Los cañones penetraban en la estructura del fuerte antes de explosionar, originando ondas de choque que afectaban a los cimientos. La prensa alemana la catalogó como un "arma maravillosa". No obstante, cuando se empleó en el asalto germánico a Verdún no resultó tan eficaz. Además, durante la guerra, varios Berta (es probable que se construyeran 12 unidades en total) quedaron inservibles cuando sus tubos reventaron debido a municiones defectuosas.

¿Eran efectivos los dispositivos para detectar los ataques de la aviación?

El aumento de los asaltos aéreos durante el conflicto hizo necesario idear dispositivos capaces de detectar a los aviones enemigos a una distancia considerable para tener tiempo de reacción. A falta de radar, inventado en la década de los 30 y utilizado en la Segunda Guerra Mundial, se diseñaron unos aparatos de localización acústica que no destacaban precisamente por su discreción y operatividad (estaban formados por dos conos gigantes de los que salían unas mangueras de goma que el ojeador colocaba en sus oídos). Los soldados debían contar el tiempo que pasaba desde que veían la luz del disparo hasta que escuchaban la explosión con estos radares analógicos. Así, realizando un cálculo podían saber a qué distancia exacta se encontraba el enemigo y ajustar su propia artillería para conseguir eliminarlo.

ASC


Amplificador de sonido XXL para detectar ataques aéreos.

¿Quién fundó el Patronato de Voluntarios Españoles?

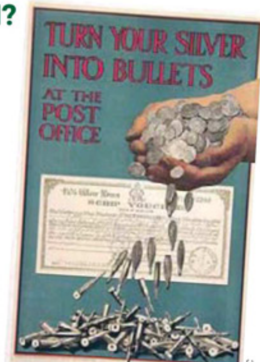

Retrato de Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó.

ASC

El 25 de agosto de 1914, el presidente del gobierno de España, Eduardo Dato, exponía por escrito: "De la neutralidad sólo nos apartaría una agresión de hecho o una conminación que se nos dirigiese en términos de ultimátum". Sin embargo, ante esta declaración de imparcialidad, el estallido de la Primera Guerra Mundial dejó enfrentada a la población española entre los que querían participar en la contienda y los que preferían mantenerse neutrales. Además, los partidarios de intervenir estaban también divididos en los dos bandos rivales del conflicto. Por una parte se encontraba el grupo de los *germanófilos*, compuesto por conservadores y la mayoría de los miembros del ejército; y por otro los *aliadófilos*, representados por el ala más progresista de la sociedad. Aunque el país no pensaba participar oficialmente, se buscaron fórmulas con las que poder intervenir. Así, un numeroso grupo de voluntarios se alistó en la legión extranjera del ejército francés a través del reclutamiento que efectuó la *Association Internationale des Amities Francaises*. Como apoyo a los participantes en la guerra se fundó el Patronato de Voluntarios Españoles, dirigido por Jacobo Fitz-James Stuart (XVII Duque de Alba). También la Unió Catalanista creó el Comité de Hermandad, presidido por el médico y político independentista Joan Solé y Pla, que tenía como misión orientar a los catalanes dispuestos a entrar en el conflicto.

¿En qué grado resultó afectada la economía global?

Aunque la Gran Guerra se desarrolló principalmente en Europa, la crisis que se desencadenó tras ella afectó a todo el planeta, cuestionando así la supervivencia del sistema capitalista tal como se conocía hasta ese momento. Todos los gobiernos del mundo tenían esperanzas en recuperar la prosperidad económica que habían disfrutado hasta 1914. Pero los Estados beligerantes encontraron enormes dificultades para transformar una economía de guerra en una de paz. Una excesiva demanda y muy poca oferta provocaron endeudamiento e inflación. Y es que después del conflicto, la deuda pública de Francia se multiplicó por 6,5; la de Gran Bretaña por 11 y la de Alemania por 27. Ante ello, EE. UU. se convirtió en el mayor acreedor (prestó 250.000 millones de dólares) de los países europeos. En 1919 se experimentó un crecimiento económico. Sin embargo, del año 20 al 21 sobrevino en el viejo continente una grave recesión, debido a la restricción de créditos, que no se superó hasta 1924.



ASC
Cartel propagandístico sobre los problemas económicos del gobierno británico.

¿Cuál era el menú de los soldados?

Si tomamos como ejemplo al ejército inglés, sabemos que Gran Bretaña envió a los soldados que lucharon en Francia y Bélgica un total de 3.240.948 toneladas de alimentos. Además, 300.000 trabajadores viajaron hasta el frente para cocinar y suministrar la comida. Al principio, la ración diaria que correspondía a cada militar era de 10 onzas de carne y 8 de verduras. Pero, a medida que el tamaño del ejército creció y el bloqueo alemán se hizo más efectivo, el menú se redujo a 6 onzas de carne. Luego la situación fue empeorando tanto, que las tropas que no luchaban en la primera línea recibían carne tan sólo nueve veces al mes. En el invierno de 1916, la harina era tan escasa que el pan se hacía con nabos. La comida principal era ahora una sopa de guisantes con unos pocos trozos de carne de caballo. Y, al final de la contienda, el personal de cocina tuvo que recurrir a las verduras de la zona y utilizar plantas silvestres, como las ortigas, para elaborar sus guisos. Uno de los alimentos que más detestaban los soldados era la sopa enlatada de la marca *Maconochie*, un caldo aguado que contenía escasos ingredientes.

GETTY


Unidades del London Scottish Regiment repartiendo sopa.

COORDINACIÓN: TERESA PACHECO

DREADNOUGHTS Y SUBMARINOS

La Gran Guerra en el mar

Los combates navales de la I Guerra Mundial estuvieron marcados por la aparición de los acorazados modernos, el uso del sumergible y la rivalidad entre Inglaterra y Alemania.

Por **Javier García de Gabiola**, abogado y escritor



El mayor choque naval de la Historia. Fue la batalla de Jutlandia (31 de mayo-1 de junio de 1916), y las dos flotas combatientes, la alemana y la británica, sufrieron graves pérdidas. Este dibujo la ilustró en un periódico inglés.

Cuando se produjo la cadena de declaraciones de guerra que llevaron al primer conflicto mundial, sorprendentemente el Reino Unido se mantuvo neutral a pesar de que toda Europa parecía involucrarse en el enfrentamiento. De hecho, sólo cuando el día 4 de agosto los ejércitos alemanes cruzaron la frontera de Bélgica para atacar a Francia, Gran Bretaña se vio obligada finalmente a intervenir, declarando la guerra a Alemania. Pero ¿por qué el destino de ese pequeño país era tan importante para los ingleses? La respuesta estaba en el control de los mares.

Hasta ese momento, los británicos tenían poco interés en lo que le ocurriera a Francia, su enemigo secular y ahora colonial, mientras que Alemania era vista con cierta simpatía, como unos parientes lejanos con los que uno podía entenderse. Sin embargo, todo pareció cambiar cuando Alemania pasó a rivalizar con el Imperio británico por el dominio del mar: la ocupación de los puertos belgas representaba que la flota alemana podría desplegarse a unos 200 kilómetros de Londres y acceder al Atlántico, en lugar de quedar bloqueada entre el mar del Norte y el Báltico.

Tras la reunificación germana producida en 1870, Alemania pasó a ser una gran potencia económica e industrial que, sin embargo, dependía de las importaciones de materias primas del Imperio británico. Para abandonar esa situación de dependencia, los teutones empezaron a crear un imperio colonial y una flota potente que pudiera rivalizar con cualquiera. Así, el flamante nuevo ministro de Marina, Alfred von Tirpitz, impulsó un programa de construcción masiva de acorazados.

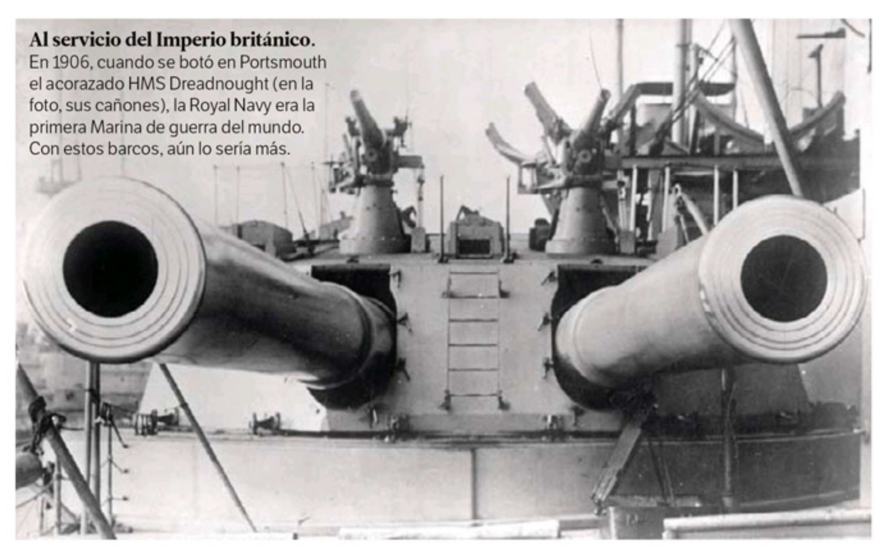
La irrupción del *dreadnought*. Aunque la Royal Navy todavía superaba ampliamente a los alemanes en número de buques, viendo el programa germano, el Primer Lord de la Marina, John A. *Jacky* Fisher, propuso asimismo un gran plan de renovación naval para superar a sus enemigos no sólo en cantidad, sino también en la calidad de sus buques. Así, en 1906 se botó en Portsmouth el acorazado HMS Dreadnought, tan moderno que hizo que todos los demás acorazados existentes en el mundo quedaran obsoletos. Sin embargo, esto supuso un grave error para los británicos, ya que ahora daba igual que la Royal Navy tuviera decenas de acorazados, pues el esfuerzo naval empezaba desde cero: o tenías un *dreadnought* o no tenías nada (ver recuadro). De hecho, a partir de entonces todos los buques de este tipo pasaron a distinguirse entre *dreadnoughts* y *pre-dreadnoughts*; o sea, entre acorazados modernos y antiguos, y Alemania y todas las demás potencias navales empezaron una carrera armamentística para lograr igualarse a Gran Bretaña construyendo nuevos acorazados. Como consecuencia de todo ello, Inglaterra tuvo que cambiar su regla de tener igual número de buques que las dos siguientes potencias juntas por la de contar con un 60% más de buques que la segunda potencia naval. Así, con la aparición del *dreadnought*, la distancia entre la Royal Navy y la Flota de Alta Mar Alemana se redujo drásticamente.

El bloqueo y sus consecuencias. No obstante, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, la Royal Navy todavía seguía siendo la flota más poderosa del mundo con cierta holgura. Además, todas las otras potencias navales, menos Austria y Turquía, eran sus aliadas, de modo que su primacía era aún mayor. Así, la situación general era de una superioridad naval de más de 2 a 1 de los aliados frente a las Potencias Centrales. Esta circunstancia dictó la estrategia de las partes a lo largo de la guerra: los aliados decidieron bloquear económicamente a Alemania y Austria no dejando entrar a ningún buque mercante en sus puertos, para lo que aprovecharon su superioridad naval, y los alemanes trataron de romper dicho bloqueo. Al final, fue el boicot aliado lo que se impuso, ya que, a pesar de no afectar significativamente al esfuerzo de guerra alemán, gracias a las eficaces medidas organizativas impuestas por el político y empresario Walter Rathenau, ocasionó tal penuria y hambruna entre la población civil que el régimen imperial germano implosionó con las revoluciones socialistas de 1918 que, curiosamente, empezaron en la flota.

Entre 1914 y 1915, la flota francesa (4 *dreadnoughts*) y luego la italiana (6 *dreadnoughts*) bloquearon con minas el estrecho de Otranto, de modo que la escuadra austriaca (4 naves modernas) quedó bloqueada en el Adriático durante toda la guerra. Las únicas acciones brillantes de este teatro de guerra las llevaron a cabo los propios italianos, de forma heroica y con resultados devastadores: en 1917 y 1918, lanchas torpederas italianas bajo el mando del capitán Luigi Rizzo y torpedos humanos hundieron por sorpresa en sus puertos al *pre-dreadnought* Wien y a los *dreadnoughts* Szent István y Viribus Unitis.

La guerra en el Mediterráneo. Menos destacada fue la actuación de los alemanes en el Mediterráneo. El crucero de batalla alemán Goeben pudo salir de Pola y cruzar este mar perseguido por la Flota Inglesa del Mediterráneo presente en Malta (formada por 3 cruceros de batalla) hasta llegar a Constantinopla. Pero, una vez allí, quedó bloqueado y, unido a la flota turca (3 acorazados viejos), sólo pudo realizar algunas incursiones en el mar Negro, del que fue expulsado por 5 *pre-dreadnoughts* de la flota rusa allí situada, en el combate de Cabo Sarych de noviembre de 1914. La construcción de 2 *dreadnoughts* adicionales rusos en 1916 acabó con sus posibilidades en este frente.

Por su parte, los aliados decidieron usar su superioridad naval en 1915 para intentar eliminar a Turquía de la guerra. El nuevo Primer Lord del Almirantazgo, Winston Churchill, determinó que los viejos *pre-dreadnoughts* podrían ser utilizados de forma eficaz para bombardear y forzar las defensas del Bósforo y después tomar Constantinopla. De este modo fue formándose para tal propósito una escuadra mixta anglofrancesa que, en marzo de 1915, llegó a contar con 18 acorazados (4 de ellos franceses), traídos en su mayoría desde el Reino Unido tras vaciar su Flota del Canal (de ellos, sólo 2 eran buques modernos). Sin embargo, dada la estrechez del Bósforo sólo podían usarse 4 a la vez, de modo que el bombardeo no fue suficientemente poderoso y no se pudo debilitar en profundidad a las defensas turcas. En consecuencia, de la escuadra mixta anglofrancesa, 6 *pre-dreadnoughts* acabaron saltando por los aires, unos al chocar con minas (Irresistible, Bouvet y Ocean), otros atacados por submarinos alemanes (Triumph y Majestic) y por una lancha torpedera turca (Goliath). ▶



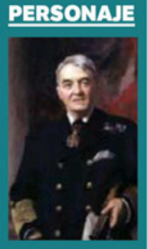
Al servicio del Imperio británico. En 1906, cuando se botó en Portsmouth el acorazado HMS Dreadnought (en la foto, sus cañones), la Royal Navy era la primera Marina de guerra del mundo. Con estos barcos, aún lo sería más.

Algunos expertos creen que una de las causas de la Gran Guerra fue la rivalidad naval entre Inglaterra y Alemania

860.000 toneladas de mercantes aliados (uno de cada cuatro) se hundieron en abril de 1917 por los ataques de los sumergibles alemanes, tras aprobar el Káiser la guerra submarina indiscriminada.

▶ El Estrecho no fue forzado, y cuando se produjo el desembarco de 75.000 aliados en Galípoli apenas se avanzó 100 metros desde la costa, por lo que hubo de abandonarse la operación en enero de 1916. Las pérdidas de los turcos también fueron severas, ocasionadas por submarinos británicos que hundieron los *pre-dreadnoughts* Mesudiye y Haireddin Barbarossa. Acabada la campaña, las viejas unidades navales inglesas se limitaron a continuar con el bloqueo formando la 2ª y la 3ª Escuadra Destacada, encargadas de vigilar el canal de Otranto y el Egeo respectivamente, en ayuda de las escuadras italianas y francesas.

PERSONAJE



John A. Fisher (1841-1920), destacado militar inglés y Primer Lord de la Marina de 1904 a 1910 y de 1914 a 1915, fue el impulsor de los *dreadnoughts* (sobre estas líneas, retrato de 1911).

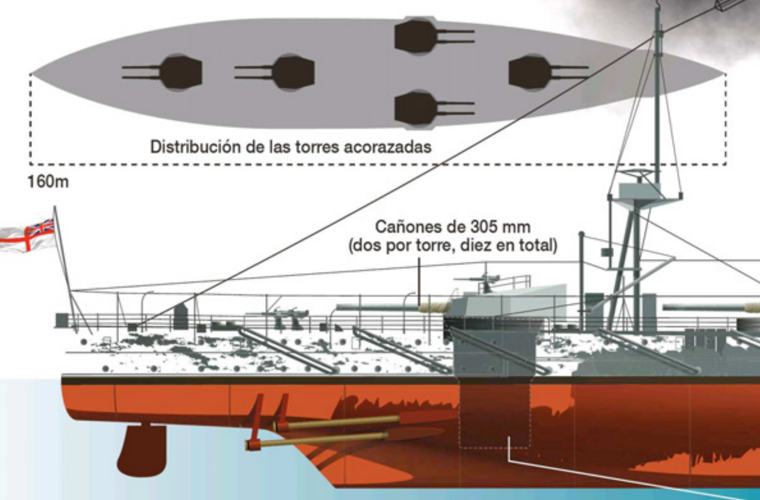


Conflicto en el mar del Norte. El principal teatro de guerra para los británicos estaba en el mar del Norte, donde en otoño del 14 la Royal Navy contaba con los barcos modernos de la Grand Fleet (21 acorazados), situada en Scapa Flow, y de la Flota de Cruceros de Batalla (5 unidades), fondeada en Rosyth, para localizar a la escuadra alemana y destruirla. La Flota del Canal y la Flota de Reserva, por tratarse de buques viejos (40 de ellos), simplemente debían defender las costas inglesas; la mitad de ellos acabaría en 1915 en el Mediterráneo. Frente a ellas, Alemania disponía de la Flota de Alta Mar (12 acorazados) y la Flota de Exploración (3 cruceros de batalla, todos buques modernos), situadas en Wilhemshaven, cuya misión era de la de tender algún tipo de emboscada para destruir a la superior flota británica. La otra gran unidad alemana era la Flota del Báltico de 25 *pre-dreadnoughts* en Kiel, que debía vigilar a la flota rusa.

Los intentos alemanes de llevar a cabo esta emboscada fallaron a lo largo de toda la guerra, y en enero de 1915 casi acaban en desastre: en Dogger Bank, los 3 cruceros de batalla del alemán Hipper fueron sorprendidos por los 5 cruceros de batalla ingleses de Beatty y tuvieron suerte de poder escapar, aunque quedó gravemente dañada una unidad de cada bando. En 1916 se planteó por primera vez el uso de zepelines y submarinos para atraer a los ingleses a la famosa trampa, sin éxito. Finalmente, entre el 31 de mayo y el 1 de junio se produjo el ansiado choque: la batalla de Jutlandia, el más grande encuentro puramente naval de la Historia.

Jutlandia, la trampa del Káiser. La Armada alemana mandó por delante a la Flota de Exploración de Hipper (5 cruceros de batalla) como señuelo, seguida 25 millas más al sur por la Flota de Alta Mar de Scheer, con 16 acorazados modernos y 6 antiguos. Gracias a su servicio de información de la Sala 40, los británicos lograron conocer la partida de la primera flota, pero por un malentendido no llegaron a saber que detrás seguía el grueso de la Armada, de modo que la Royal Navy preparó a su vez un plan para destruir a los alemanes: los ingleses usarían la Flota de Cruceros de Batalla de Beatty, con 10 grandes buques rápidos, como señuelo para atraer a la vanguardia alemana más al norte, y allí la Grand Fleet de Jellicoe, que contaba con 27 acorazados, la destruiría. Y así, las flotas de señuelo de ambos bandos se tropezaron casualmente a unos 300 kms de la península de Jutlandia.

En el momento del encuentro, Beatty todavía estaba maniobrando a 25 nudos y llevaba a 4 de sus 10 grandes buques retrasados, mientras que los alemanes de Hipper ya se hallaban alineados y a una velocidad de 18 nudos, la ideal para disparar con precisión. Así, una andanada tras otra cayó sobre los barcos de Beatty, y el Von der Tann logró colar uno de sus proyectiles de 11 pulgadas en una de las torretas de artillería del Indefatigable, donde el blindaje era menor. El obús



penetró profundamente hasta llegar al depósito de municiones de debajo de la torreta, haciéndolo estallar y levantando el buque por los aires hasta los 60 metros de altura; a continuación, el barco cayó y se hundió en cuestión de segundos con 1.000 de sus tripulantes. Entonces los británicos descubrieron con horror que sus cruceros de batalla tenían un defecto de construcción: nadie había diseñado mamparos o cortafuegos en los depósitos de municiones ubicados bajo las torretas, de modo que cualquier obús que penetrara por allí los destrozaría. Más tarde, a pesar de la llegada de los acorazados retrasados de Beatty, de nuevo los buques de Hipper impactaron en una de las torretas del Queen Mary, que, víctima del mismo defecto de fabricación, se partió en dos.

Respuesta británica. Beatty por fin descubrió que Hipper, además de destrozar sus buques, le estaba atrayendo hacia la Flota de Alta Mar de Scheer, de modo que dio media vuelta hacia el norte para buscar la protección de la Grand Fleet de Jellicoe; ahora iban a ser los alemanes los que cayeran en la trampa, marchando al encuentro del grueso de la Royal Navy. Para colmo, Scheer había llevado consigo 6 *pre-dreadnoughts* que, más lentos, hacían que toda su fuerza se desplazara a tan sólo 15 nudos, de modo que iban a enfrentarse a un enemigo superior en número, potencia de fuego, maniobrabilidad y velocidad. Además, Jellicoe apareció en perpendicular a la línea de batalla alemana, de manera que todos sus buques podían disparar por su costado, mientras que los alemanes, en fila india, sólo podían responder con los cañones de proa del primer buque de su línea, maniobra conocida como *cruzar la T*. Sin embargo, su blindaje era tan fuerte que, aunque quedaron magullados, ninguno de ellos fue hundido. Y de nuevo se produjo la pesadilla entre los ingleses: 3 obuses alemanes cayeron en las torretas del Invincible, que se hundió tragándose a 1.026 tripulantes, incluido su almirante. Para compensar las cosas, esta vez los alemanes también sufrieron lo suyo, porque el Lutzow, buque insignia de Hipper, tras más de 23 impactos acabó por hundirse.

Entonces, Scheer por fin reaccionó y mandó dar la vuelta a toda la flota para huir hacia el sur, aprovechando un espesamiento de la niebla. Sin embargo, a los 20 minutos decidió dirigirse de nuevo al norte por sorpresa, confiando en coger desprevenido a Jellicoe, pero se equivocó: otra vez se topó con la escuadra principal inglesa de acorazados esperándole. Así, Scheer tuvo el dudoso honor de ver cruzada su T dos veces en la misma batalla. El alemán lanzó entonces ▶

WEB

bit.ly/1ekFSC1

Atlas enciclopédico *online* dedicado a los barcos de guerra; aquí, la página que muestra y explica los acorazados usados en la I Guerra Mundial.



Diversos tipos de buques

Las flotas en conflicto estaban formadas por varios tipos de buques de superficie. Por un lado estaban las grandes unidades de combate, integradas por acorazados modernos (*dreadnoughts*), acorazados viejos (*pre-dreadnoughts*) y cruceros de batalla. Estos últimos eran buques modernos con artillería pesada similar a la de un acorazado, pero con un blindaje más ligero y dotados de una mayor velocidad: 25 nudos frente a 21 de los demás acorazados.

Los viejos, poco eficaces. Ello hacía que pudieran destruir a los barcos menores y aguantar un combate con acorazados hasta que llegaran los *dreadnoughts* de refuerzo, mientras mantenían la distancia gracias a su superior velocidad.

Los acorazados viejos, en cambio, eran una rémora. Aunque tenían un blindaje similar al de los modernos, sólo alcanzaban una velocidad de 15-17 nudos y únicamente tenían 4 cañones pesados frente a los 10-12 de los *dreadnoughts* y cruceros de batalla; por tanto, su potencia de fuego era 2,5 veces menor.

Los demás tipos de naves de guerra eran de carácter ligero, meros auxiliares de las grandes unidades: cruceros acorazados (no confundir con los de batalla), ligeros y destructores. Sus misiones eran escoltar a los convoyes, realizar la *guerra de corsario* en el caso alemán (como hizo el famoso Emden) o desempeñar labores de exploración para las grandes unidades. Sus acciones, aunque muy conocidas (por ejemplo, la destrucción de la escuadra de cruceros del Pacífico de Von Spee, en las Malvinas, por 2 cruceros de batalla en 1914), no han sido narradas en este artículo por su escasa trascendencia.

Una innovación que cambió la guerra en el mar. Los *dreadnoughts*, que aparecieron en 1906, hicieron que los acorazados anteriores quedaran obsoletos. Este dibujo lo reproduce con sus elementos distintivos.

PERSONAJE



David Beatty (1871-1936), el *héroe de Jutlandia*, era vicealmirante de la Armada británica durante la Gran Guerra. Acabada ésta, el 1 de enero de 1919 fue ascendido a almirante.

▶ a sus 4 humeantes y agujereados cruceros de batalla a cargar contra los acorazados ingleses, mientras él volvía a huir al sur con los suyos. La maniobra, a pesar del durísimo castigo sufrido, salió milagrosamente bien y los alemanes pudieron volver a escaparse sin que les hundieran ninguno de sus grandes buques.

Llegada la noche, Jellicoe pensó que los alemanes tratarían de regresar a su base bordeando la costa por Holanda, de modo que marchó recto en dirección sur. Sin embargo, Scheer decidió girar hacia el este para llegar más pronto a lugar seguro y volvió a cruzarse con la Gran Flota británica. Esta vez sólo se topó con la retaguardia, de modo que, como un cuchillo, atravesó la pantalla de cruceros ligeros y destructores que los ingleses pudieron oponerle, provocando una auténtica escabechina. No obstante, un destructor consiguió lanzar un torpedo en medio de la oscuridad y hundir el *pre-dreadnought* Pommern. Aunque con más de la mitad de sus fuerzas gravemente dañadas, Scheer logró volver a su base habiendo perdido tan sólo 2 grandes buques, frente a los 4 cruceros de batalla ingleses hundidos, de modo que se podía considerar el triunfador del choque naval. De todos modos, fue una victoria sin consecuencias, ya que no consiguió romper el bloqueo inglés.


GETTY IMAGES

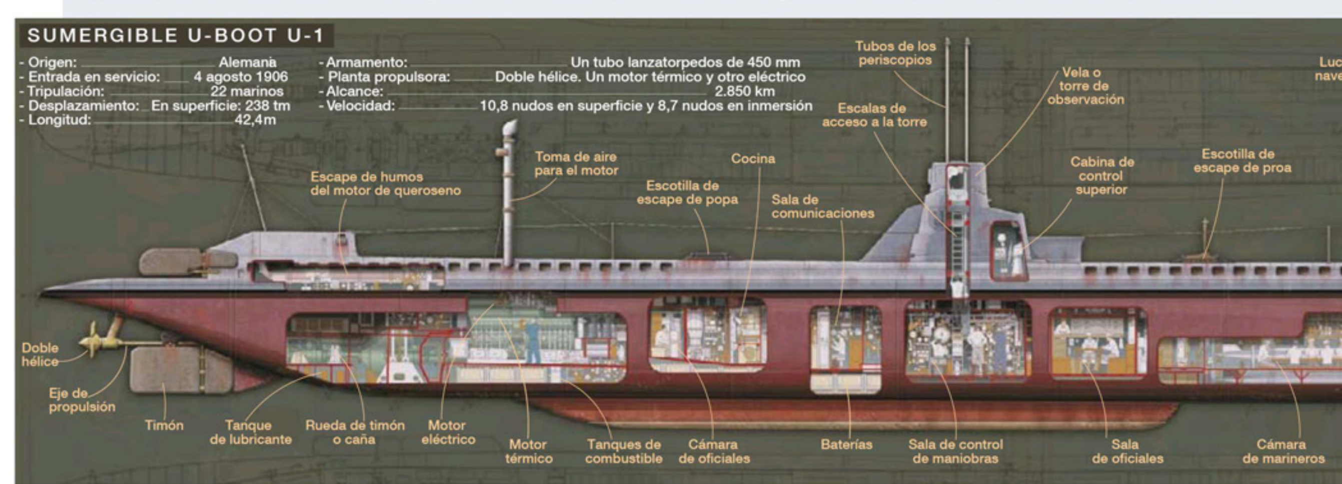
Poderío sumergible. La superioridad de Alemania en la guerra submarina estuvo a punto de inclinar la balanza a su favor. En la foto, *U-boote* anclados en Kiel (mar Báltico) en 1917.

La guerra submarina. Aunque las acciones de combate de las unidades de superficie fueron las más impactantes de la guerra, lo cierto es que si Alemania tuvo alguna oportunidad fue con el uso del arma submarina. En 1914 contaba con 28 unidades de este tipo, pero al principio se destinaron únicamente a atacar unidades de combate aliadas. Pronto se descubrió que el submarino no era el tipo de nave idóneo para atacar buques de guerra, mientras que para dañar buques mercantes presentaba un diseño ideal (ver recuadro). El problema radicaba en que la flota mercante inglesa contaba con 21 millones de toneladas en buques, de modo que, para hacer mella en la economía aliada, se hacía necesario hundir alrededor de medio millón de toneladas de buques ingleses al mes.

Las tácticas de los submarinos

Los submarinos eran demasiado lentos como para ir al encuentro de un grupo de acorazados para atacarlo. Su velocidad de superficie era muy inferior a la de los barcos de guerra (15 nudos frente a 18-25 de las grandes unidades y 30 de las menores), y en inmersión apenas superaban los 10 nudos, de modo que tenían que esperar emboscados bajo el agua en algún punto por donde supieran que su objetivo iba a pasar y torpedearlo desde una distancia de unos 1.000 metros. De hecho, se trataba más de buques sumergibles que de verdaderos submarinos modernos y solían hacer todos sus trayectos en superficie, sumergiéndose sólo cuando veían algún peligro cercano.

Los mercantes, presa fácil. Así, si un submarino era sorprendido en la superficie –algo muy probable, ya que necesitaba subir para recargar baterías y oxígeno–, era hundido sin remisión, debido a su escaso blindaje, ya fuera por fuego de cañón o incluso siendo embestido y partido en dos. Sin embargo, los mercantes tenían una velocidad de entre 12,5 y 15 nudos, o sea, similar a la de los submarinos, y no contaban con artillería para protegerse, de modo que se convirtieron en el objetivo ideal de los sumergibles. Estos, con sus





Épico fin. El 21 de junio de 1919, el vicealmirante Von Reuter hundió la flota alemana en Scapa Flow para no entregarla al enemigo (aquí, marineros rindiéndose tras abandonar el Nurnberg).

Con estos cálculos en mente, el almirante Von Pohl propuso la guerra submarina indiscriminada contra todos los mercantes, neutrales o no, en octubre de 1914, así como un contrabloqueo submarino a los aliados. Aunque Von Tirpitz no quería dar ese paso, por temor a que los países neutrales declararan la guerra a Alemania, el Káiser lo autorizó parcialmente en febrero de 1915, al declarar zona de guerra libre de restricciones las aguas que rodeaban Reino Unido. Poco después, el 7 de mayo, el submarino U-20 hundió el transatlántico Lusitania con 1.198 pasajeros (135 ciudadanos americanos entre ellos) por sospechar que llevaba municiones. Ante el temor a la entrada en guerra de Estados Unidos, Alemania se disculpó y en agosto canceló la ofensiva indiscriminada, ordenando que, antes de atacar a los mercantes, se informara del ataque y se evacuase a los pasajeros. Con ello, se redujo drásticamente la eficacia de la guerra submarina y sólo se hundió una décima parte de lo necesario.

Alemania, al filo del éxito. En 1916, ya con 110 submarinos operativos, el Káiser volvió a autorizar la guerra indiscriminada al ver los impresionantes éxitos conseguidos por la pequeña flotilla del Mediterráneo, pero el hundimiento de un paquebote francés con pasajeros americanos hizo que de nuevo se paralizara la ofensiva. Los hundimientos producidos, 200.000 toneladas al mes de media en 1916, eran todavía insuficientes para ocasionar el colapso del Imperio británico. No obstante, el 22 de diciembre de 1916, el almirante Von Holtzendorff redactó un memorándum que afirmaba que, si se hundían 600.000 toneladas al mes de buques aliados, Inglaterra tendría que rendirse al cabo de 6 meses. Convencido, el Káiser aprobó de nuevo la guerra sin restricciones el 9 de enero de 1917, y las cifras le dieron la razón: en abril se llegó a la increíble suma de 860.000 toneladas, lo que disparó las alarmas en el Almirantazgo británico. En efecto, ese mes una cuarta parte de los mercantes que proveían a los aliados fueron hundidos por los submarinos alemanes.

Pero este éxito tuvo otras consecuencias: el presidente Wilson, forzado por esos ataques indiscriminados, se vio obligado a declarar la guerra a Alemania el 4 de abril. Con ello, las esperanzas de triunfo de los germanos se desvanecieron, ya que Estados Unidos botaría hasta 10 millones de toneladas de mercantes de entonces a final de año, compensando con creces las pérdidas británicas. Por otro lado, en 1917 los ingleses impusieron por primera vez la navegación en forma de convoyes, que, si bien producía retrasos en la partida de los buques, hacía que estos, escoltados por destructores, no pudieran ser atacados tan eficazmente como antes. Aunque los alemanes lograron hundir 500.000 toneladas al mes de media en 1917, en 1918 las pérdidas inglesas se redujeron a *sólo* 200.000. A pesar del sacrificio de un 40% de submarinistas ahogados, el contrabloqueo submarino, única esperanza real de victoria de Alemania, no logró doblegar al Imperio británico.

Tras Jutlandia, volviendo a las acciones navales de superficie, en 1917 Scheer tuvo que controlar una serie de motines y finalmente marchó al Báltico a tomar las islas de Estonia, con 10 *dreadnoughts* y 1 crucero de batalla; allí repelió el ataque de 2 acorazados viejos de la flota rusa del Báltico y hundió uno de ellos (el Slava).

El ocaso de los dioses. Finalmente, el 29 de octubre de 1918, poco antes de que entrara en vigor el armisticio, Scheer planeó librar una última batalla contra la Grand Fleet, que de tener éxito podría mejorar la posición negociadora de Alemania. Sin embargo, los marineros se amotinaron y se negaron a partir, debiendo cancelarse la operación e iniciándose la cadena de revoluciones que acabaron con el gobierno imperial alemán. Terminada la guerra, la totalidad de la flota alemana fue obligada a internarse en Scapa Flow, pero el 21 de junio de 1919, para evitar entregar los buques a los británicos, el vicealmirante Von Reuter ordenó a su tripulación hundir la flota, en un final wagneriano digno de la poderosa e imbatida Marina de guerra alemana. ▪

La única posibilidad que tuvo Alemania de ganar la guerra residió en el uso del ataque submarino

dos cañones de 150 mm, podían acercarse a ellos de noche sin sumergirse y hundirlos a cañonazos. De hecho, en contra de los tópicos, la mayoría de los hundimientos se produjo de esta manera y no por torpedos. Los aliados respondieron armando mercantes con artillería (los buques Q), creando las cargas de profundidad en 1916 e implantando el sistema de convoyes.



En esta recreación del submarino alemán U-1 podemos apreciar todos los detalles de su estructura y funcionamiento.



LIBRO

Aventuras del submarino alemán U, *Ricardo Baroja Nessi.* Ediciones 98, 2010. Trepidante novela publicada por Ricardo Baroja con seudónimo en 1917, en plena guerra, y ahora rescatada.

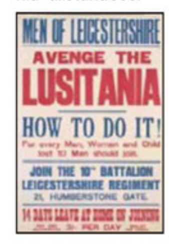
VÍDEO

bit.ly/1ajM38i
En el capítulo titulado *El bloqueo* de la serie documental *La Primera Guerra Mundial* se analiza el boicot naval de los aliados sobre Alemania.



CATÁSTROFE

En el hundimiento del Lusitania, el 7 de mayo de 1915, murieron 1.198 personas, la mayoría británicas. Debajo, cartel de reclutamiento en Leicestershire que incita a "vengar al Lusitania" alistándose.

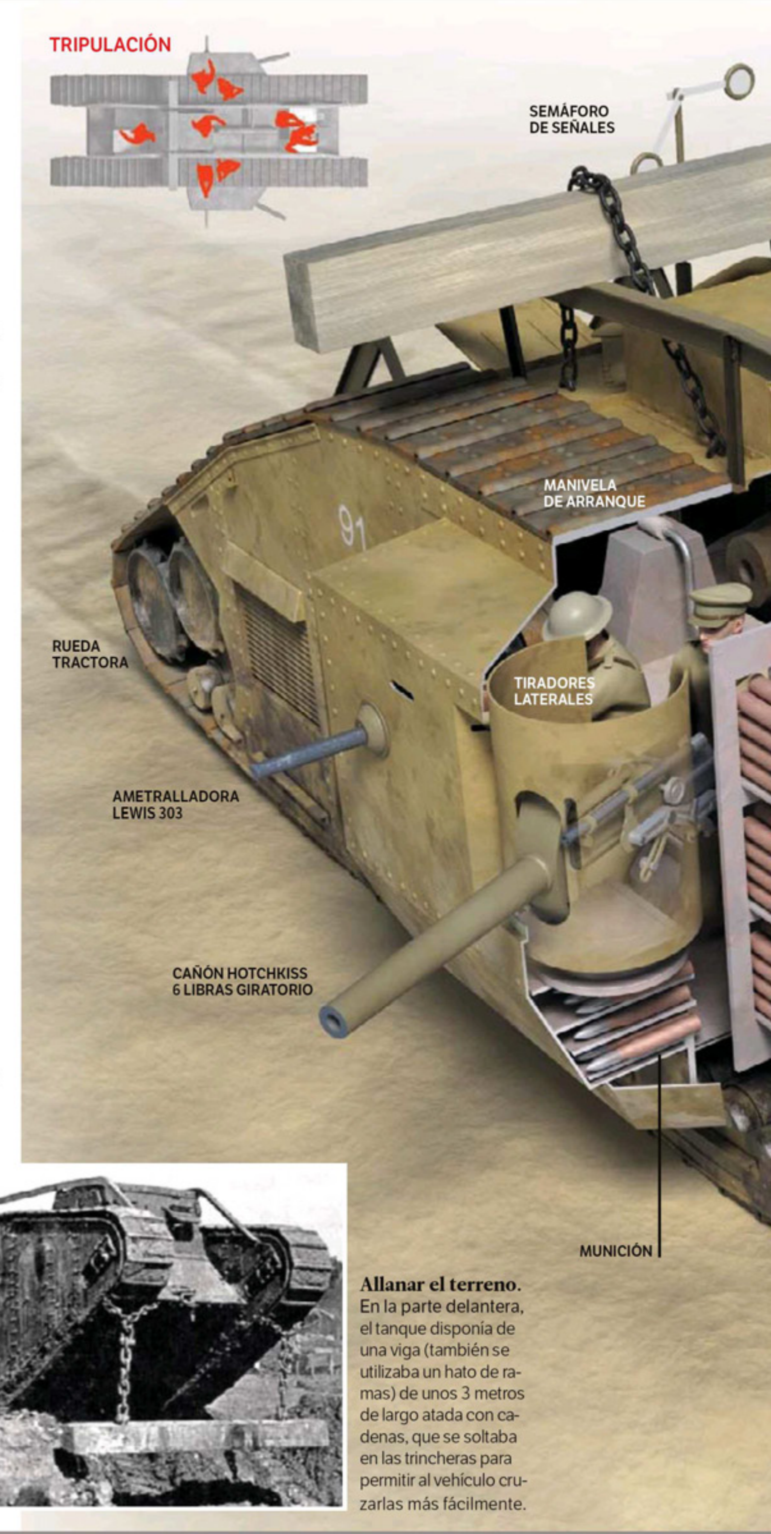


Tanque Mark IV: ¡Menudo carro!

En la mañana del 15 de septiembre de 1916 (durante la Batalla de Flers-Cour-celette, que formó parte de Somme, uno de los más largos y sangrientos enfrentamientos de la Primera Guerra Mundial) apareció en el escenario bélico una nueva arma secreta británica: el carro de combate Mark I. Era un vehículo romboide sin torreta giratoria, con un centro de gravedad bajo y una larga oruga capaz de traccionar en el fango y cruzar (muy lentamente) las trincheras. Aproximadamente un año después del estreno del que fue el primer tanque del mundo, y tras probar dos nuevos prototipos más avanzados (Mark II y III), irrumpió en la Gran Guerra el carro blindado Mark IV.

Modelo mejorado. El nuevo diseño prometía incorporar importantes avances con respecto a su predecesor. De hecho, Albert Gerald Stern, director del Departamento británico de Suministro de Tanques, quiso equipar al Mark IV con un nuevo motor y una nueva transmisión pero, debido a retrasos técnicos, finalmente sólo se realizaron algunas modificaciones. No obstante, los principales avances con respecto a la versión original fueron destacables: se aumentó el espesor del blindaje y, en un intento por mejorar la seguridad y comodidad de los soldados, se reunió todo el combustible en un solo tanque externo, localizado en los cuartos traseros del vehículo. Además, se redujo la anchura del carro para poder transportarlo en tren. El Mark IV Macho iba armado con tres ametralladoras Lewis –una en el frente del casco y dos en las barbetas– y dos cañones de caña corta Hotchkiss QF de 6 libras 6 cwt. Dos de sus ametralladoras eran disparadas por los cargadores de los cañones. En cuanto al Mark IV Hembra, éste contaba con cinco ametralladoras. En total se construyeron para ir al frente 1.220 vehículos: 420 Machos, 595 Hembras y 205 reavituallladores, que eran tanques de aprovechamiento. Pero de ellos una gran cantidad fue empleada para otros proyectos durante el conflicto. Las principales empresas artífices fueron la Metropolitan, Fosters of Lincoln, Armstrong-Whitworth, Coventry Ordnance Works, William Beardmore and Company y Mirrlees, Watson & Co.

¡Dando guerra! El día de su estreno, en el asalto de Messines (Bélgica), al atravesar terreno seco pero sumamente escarpado por los disparos de la artillería, varias de las más de sesenta unidades que participaron se quedaron retrasadas detrás de la infantería. A pesar de ello, las que consiguieron avanzar fueron de vital importancia para los soldados. No ocurrió así en la Batalla de Passchendaele (en Ypres), donde el efecto de la lluvia en los campos de la contienda hizo que su efectividad brillara por su ausencia. El último ejemplar en servicio fue *Excellent*, un Mark IV Macho retenido por la escuela de artillería naval *HMS Excellent* en la Isla Ballena, Hampshire (Inglaterra).



Allanar el terreno. En la parte delantera, el tanque disponía de una viga (también se utilizaba un hato de ramas) de unos 3 metros de largo atada con cadenas, que se soltaba en las trincheras para permitir al vehículo cruzarlas más fácilmente.

VIGA
ANTI OBSTÁCULOS

SOPORTES
DE CARGA

ESCAPES

MOTOR
DAIMLER
6 CIL. 105 CV

TIRADOR
FRONTAL

CAÑÓN HOTCHKISS
6 LIBRAS GIRATORIO

CADENAS
ENVOLVENTES

AMETRALLADORA
LEWIS 303

CONDUCTOR

Nº DE CARRO
Y BATALLÓN

RODILLOS
DE VUELTA

COMPARATIVA:

MODELO
T34/85
(1944)

MODELO
MARK IV
(1917)

Si los Mark arrasaron en la Gran Guerra, el modelo soviético T34 está considerado el mejor tanque de la II Guerra Mundial.

DIFERENCIAS DE GÉNERO

A la izquierda, una reproducción de un Mark IV Macho. A la derecha, un modelo Hembra.

COORDINACIÓN: TERESA PACHECO · INFOGRAFÍA: JOSÉ A. PEÑAS

ESPIONAJE Y PROPAGANDA BÉLICA

Una batalla de mentiras y secretos

La Gran Guerra fue también un conflicto que se libró a fondo en el campo de la información. Tanto la que obtenían los servicios de inteligencia, como la administrada a la opinión pública a través de la prensa, el cine y la propaganda.

Por **Juan Antonio Guerrero**, escritor

Walter Nicolai, jefe del espionaje imperial alemán durante la Gran Guerra, afirmó con rotundidad: "*Nachrichtendienst ist Herrendienst*", lo que viene a significar, más o menos, que el servicio de información es un asunto entre caballeros. Tan curiosa visión ni era nueva (el mismísimo Montesquieu escribió, en su fundamental *El espíritu de las leyes*, que "el espionaje sería quizá tolerable si fuese ejercido por personas honradas") ni desapareció con los grandes conflictos mundiales; en los años veinte, Henry L. Stimson, Secretario de Estado norteamericano, dijo que "un caballero no lee el correo ajeno". Sin embargo, la opinión contraria, la de que el espía es un infame por valiosos que resulten sus informes y por omnipotentes que sean las cualidades que se les atribuyen a los agentes secretos, fue siempre la más extendida, incluso entre aquellos que utilizaron sus servicios: Napoleón se negó a reconocer la honorabilidad del alsaciano Karl Schulmeister, a quien debía victorias como la de Austerlitz. No obstante, tras iniciarse la conflagración de 1914, se produjo un fenómeno completamente nuevo que bien podría denominarse *espiofobia* colectiva, una plaga de tintes paranoicos que se propagó rápidamente tanto entre las Potencias Centrales como entre los aliados que formaban la Entente.

Enemigos ocultos. Cierto es que se conocían los hechos más notables de algunos espías, como las hazañas de Stieber, el *rey de los sabuesos* de Prusia, a quien se atribuía no sólo la victoria en Sadowa que concedió a Guillermo I el Imperio alemán, sino la derrota de Francia en 1870. Una cosa era innegable: la información era muchas veces la clave y, desde luego, daba a quien la poseía un enorme poder. De este modo, el espionaje y la búsqueda de información –y, por tanto, la profusión de informadores, espías y saboteadores– alcanzaron en la Primera Guerra Mundial proporciones nunca vistas, tanto en Francia como en los Imperios Centrales. La población, tenida en la ignorancia más absoluta acerca de las actividades reales de los agentes secretos, imaginó repentinamente que todo estaba plagado de enemigos ocultos y comenzaron los bulos y rumores, hasta el extremo de que la prensa, que debería haber rechazado tales falsedades y contribuido a apaciguar los ánimos, se dedicó a echar más leña al fuego propagando toda suerte de noticias falsas: que se había detenido a oficiales enemigos en los lugares más insospechados, que se habían cortado las líneas telegráficas o volado puentes o incluso que el agua había sido envenenada. La situación se volvió caótica y en Alemania, por ejemplo, llegaron a ser asesinados algunos aviadores al verse obligados a aterrizar por avería y ser tomados por espías por los luga-



La agente más famosa. Fue sin duda Mata Hari (1876-1917; debajo, desnuda y ataviada sólo con joyas y una diadema); su nombre artístico –era bailarina–, que en malayo significa *ojo del día*, ha quedado como sinónimo de aventurera.

GETTY IMAGES

reños. Si un automóvil no se detenía ante cualquiera de los improvisados controles de civiles armados, se exponía a una salva de disparos, y si lo hacía, era sometido a exhaustivas búsquedas de oro o de informes que no respetaban ni la integridad de los vehículos ni la intimidad de sus pasajeros, de cualquier edad o género. Llegaron incluso a ser ejecutados algunos funcionarios gubernamentales al haber sido confundidos con agentes enemigos. El mismo estado de ánimo se extendió a las tropas, que desconfiaban de los civiles, compatriotas incluidos, y disparaban literalmente a todo lo que se movía ante sus ojos.

La solución Von Burstorph. Inglaterra tampoco se libró de la histeria colectiva: los *spy hunters* (cazadores de espías) inundaron la sociedad británica tan pronto como se iniciaron las hostilidades y los rumores se adueñaron de las islas, ya se tratase de visitas nocturnas de aviones alemanes para inspeccionar graneros en los que alojar a los inminentes invasores como de que un ejército cosaco se había instalado secretamente en la campiña. Y todos habían de ser investigados, so pena de hacer crecer el número de ciudadanos indignados por el nulo patriotismo y la ineptitud de la policía. Un caso muy especial fue el de las damas de clase alta, que denunciaron cientos de *affaires* amorosos como asuntos de espías. Miles de horas de agentes y funcionarios se perdieron en investigar tales denuncias y los cientos de *dossiers* abiertos hubieron de ser destruidos al acabar la guerra. La epidemia pudo ser solucionada gracias a las habilidades psicológicas de Scotland Yard, que inventó a una especie de *superespía*, Von Burs- ▶

Las paredes oyen. La presencia de agentes hizo cundir la desconfianza y llevó a las autoridades a extremar la precaución (cartel francés de 1915: "¡¡Silencio!! No hables de la guerra. Nuestros enemigos te escuchan").



1.000
películas (cifra aproximada) rodó la SPCA (la sección de propaganda cinematográfica del ejército francés) entre 1915 y 1919. Se exhibieron en una red de 400 salas de proyección.

LIBRO

Nidos de espías, *Eduardo G. Calleja y Paul Aubert.* Alianza, 2014. España fue neutral en la Guerra del 14, pero los espías de ambos bandos la usaron de campo de batalla, como cuenta este libro.



La profusión de saboteadores y espías en la Primera Guerra Mundial desató la paranoia colectiva: cualquiera podía ser un agente

▶ torph, al que achacaba cualquier hecho sospechoso o insólito que alarmase a los imaginativos denunciantes (a los que un atestado policial de la época describe como "vagos, ociosos o mujeres"). Estos quedaban así satisfechos y la policía podía dedicarse a buscar a los verdaderos espías, que haberlos, los había.

Mata Hari y otras agentes. En Rusia, que no escapó tampoco a la *espiofobia*, se llegó a fusilar a un coronel, Miasoyedov, injustamente acusado de haber recibido dinero alemán, pese a que había sido absuelto en un primer juicio por falta de pruebas. Peor fue que los oficiales del Estado Mayor acusaran casi sistemáticamente a sus propios agentes de contraespionaje, una situación que llevó a que se prohibiera al servicio secreto actuar en las zonas militares. Con gran satisfacción de la inteligencia alemana, es de suponer.

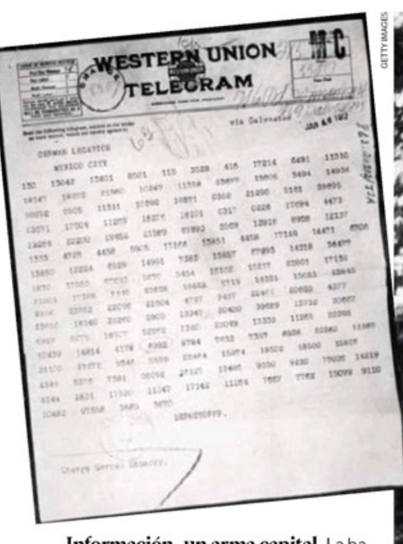
Por supuesto, un ejército de informadores había precedido a la invasión alemana de los Países Bajos, facilitando la ocupación de Bélgica. Y, naturalmente, en estas retaguardias los alemanes se enfrentaron no sólo a otro ejército secreto de informadores y saboteadores, sino a las primeras redes de evasión, similares a las que luego se harían famosas en la Segunda Guerra Mundial. Estas redes de espionaje y escape —que facilitaron el pase a las líneas aliadas de muchísimos soldados— incluyeron a numerosas mujeres y tuvieron incluso sus heroínas, como la enfermera Louise de Bettignies, alias Alice Dubois, detenida y casi fusilada por pasar mensajes, o la *Dama Blanca*, Marie Birckel, con una red de un millar de agentes que cubría Bélgica y la Francia ocupada. Hubo también *damas negras*, como la cruel Elsbeth Schragmüller, la agente 1-4-GW más conocida como *Fraülein Doktor*, una espía alemana de múltiples personalidades que llegó a fotografiar a los oficiales con los que flirteaba en el emplazamiento de sus baterías y que extendió sus redes hasta el mismísimo París. Aunque detenida finalmente, salvó su vida al producirse el armisticio, lo que no fue el caso de la más famosa de todas, Mata Hari, descubierta gracias a los avances tecnológicos: la antena colocada en la Torre Eiffel captó sus mensajes desde Madrid y el servicio de análisis criptográfico puso sobre su pista a los agentes aliados. Fue fusilada en 1917.



ASA

El *rey de los sabuesos.* Nadie lo diría viendo este retrato suyo al carboncillo, pero Wilhelm Stieber (1818-1882) fue un intrépido espía prusiano, vital para el káiser Guillermo I.

Mensajes en clave e información decisiva. El descifrado en serie, con secciones especializadas en las que trabajaban numerosos criptoanalistas, fue clave en algunos asuntos



GETTY IMAGES



Información, un arma capital. La batalla del espionaje fue esencial en la Gran Guerra, con hitos como el del *telegrama Zimmermann* (arriba), destinado a incitar a México a entrar en el conflicto e interceptado por Inglaterra. Dcha., ejecución de un espía alemán por los franceses en 1916.



A la caza. El espionaje aéreo desató la paranoia ante cualquier incursión inesperada por el aire. Aquí, un dirigible alemán capturado por los franceses en París.

PRISMA

importantes como el del famoso *telegrama Zimmermann*, una comunicación diplomática en la que se descubrían las intenciones alemanas de inducir a la guerra a México, que fue descifrado por la inteligencia británica y pasado a los estadounidenses, consiguiendo así el cambio en la opinión pública y gubernamental de EE. UU. hacia la intervención a favor de los aliados.

La eficacia del lenguaje visual. La propaganda aliada usó durante la guerra todos los formatos, desde las imágenes —de las que los carteles fueron el principal medio de difusión— a la prensa, la literatura más variada y el cine. El cartel o póster, cuyos orígenes se remontan a la Antigüedad, había alcanzado a finales del siglo XIX y principios del XX una gran difusión gracias a Jules Chéret y su empleo de la litografía a color, que influyó a muchos artistas plásticos que comprendieron la eficacia de este medio como un lenguaje visual que permitía expresar ideas de forma sencilla, directa y casi intuitiva, favoreciendo la comunicación y difusión de los mensajes, fueran estos estéticos, comerciales o políticos.

La prensa, por su parte, completaba estos mensajes o interactuaba con los carteles, reforzando su *veracidad* con la inclusión de fotografías y otros datos, supuestamente reales. Completaba la terna el todavía incipiente cine desde que, en 1908, Pathé inventase el noticiario cinematográfico, un corto documental que se exhibía en las salass antes de la película principal. En Francia, la Section Cinématographique de l'Armée (SCA) se creó en marzo de 1915, mediante la incautación de las empresas de noticiarios y su unión con las secciones correspondientes del Ministerio de la Guerra y de otros ministerios civiles bajo mando y control militar. Este organismo precedió incluso a la sección de fotografía militar, la SPA (Section Photographique de l'Armée), con la que se fusionaría a inicios de 1917 dando lugar a la SPCA. Su objetivo era reunir y conservar cuanta película fuese posible sobre operaciones militares, y editarlas y distribuirlas tanto en Francia como en el extranjero a fin de "mostrar la capacidad de las tropas, su buen entrenamiento y las acciones heroicas que llevan a cabo". Hasta 1919, la SPCA rodó casi un millar de películas, lo que demuestra el interés político-militar por el cine, pero más importante fue la organización creada específicamente para su difusión: el cine de campaña (*cinéma aux poilus*) y el de acuartelamiento, en los que los soldados recibían adoctrinamiento político y moral y se reforzaba el entrenamiento. Y casi más importante aún fue la red de unas 400 salas de proyección que contribuyeron a elevar la moral de la retaguardia, así como las giras cinematográficas que hacían lo propio en improvisadas salas o al aire libre en las zonas rurales. Sobre los noticiarios y películas civiles se ejerció, con la misma intención, una estricta censura militar, para lo que, en 1916, se creó la primera Comisión Nacional de Examen y Control Cinematográfico.

Alemania fue más lenta en este aspecto y hasta junio de 1916 no se creó la BUFA (Das Bild-und Filmamt) u oficina de imagen y filmaciones ▶

El código ADFGVX

La cifra más famosa de la Guerra fue indudablemente la ADFGVX alemana, que sin embargo fue la última en ser introducida, justo antes de la ofensiva final del 21 de marzo de 1918. Había sido seleccionada por un comité *ad hoc* para asegurar la sorpresa e impedir el descifrado del gran tráfico de comunicaciones imprescindible para los preparativos del ataque. Se trataba de un código muy complejo, basado en dos métodos yuxtapuestos: el de sustitución, que cambiaba una letra por otra mediante una cuadrícula de 36 espacios con una disposición aleatoria, y el de transposición o cambio de lugar de las letras mediante una palabra clave, colocada por el orden alfabético de sus letras, con la que se formaba una nueva cuadrícula. Afortunadamente, los aliados disponían de un magnífico criptoanalista, el francés Georges Jean Painvin, un hombre de sencilla apariencia que había descubierto casi casualmente sus habilidades ya estallada la guerra. Este miembro del Bureau du Chiffre (la Oficina de Cifrado) dedicó día y noche su talento increíble a lograr descifrar el código, hasta lograrlo el 2 de junio. En el agotador proceso, Painvin perdió 15 kilos, pero su esfuerzo resultó determinante para el conocimiento del lugar de inicio del ataque –entre Montdidier y Compiègne, a unos 80 km al norte de París– y de las circunstancias de la ofensiva alemana. Aun así, derrotar a las fuerzas germanas costó cinco días de duro combate.



3.1 ADFGVX

	A	D	F	G	V	X
A	K	Z	W	R	1	F
D	9	B	6	C	L	5
F	Q	7	J	P	G	X
G	E	V	Y	3	A	N
V	8	O	D	H	0	2
X	U	4	I	S	T	M

Georges Jean Painvin (1886-1980; en la foto), criptoanalista francés, perdió 15 kilos en el arduo proceso de descifrado del endiablado código ADFGVX de los alemanes (derecha).

WEB

bit.ly/1jAkWZQ

Página oficial en inglés de John Buchan (1875-1940), autor de *Los treinta y nueve escalones* y Director de Información británico entre 1917 y 1919.



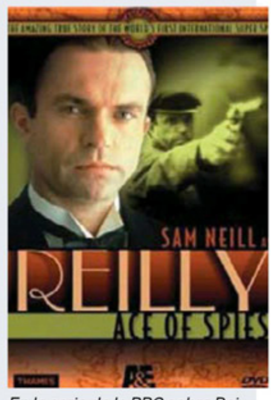
FECHAS

16/enero
1917
El ministro de Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, envía un telegrama a su embajador en México para que incite al gobierno mexicano a la guerra. El *telegrama Zimmermann* es interceptado por los británicos.

15/octubre
1917
Margaretha Geertruida Zelle MacLeod, más conocida como Mata Hari, bailarina exótica danesa que ha sido descubierta como espía al servicio de Alemania, es fusilada por un pelotón francés en Vincennes (París).

Sidney Reilly, as de los espías

Sidney George Reilly fue un aventurero y agente secreto ruso-judío (su verdadero nombre era Georgi Rosenblum) emigrado a Inglaterra, que prestó sus servicios hasta a cuatro países distintos, entre ellos Japón y China. Se hizo conocido por las informaciones obtenidas para los nipones en la Rusia zarista, que permitieron, entre otras acciones, el ataque japonés a Port Arthur en 1904. Luego, desde Estados Unidos, antes del estallido de la Gran Guerra, vendió armas y municiones tanto a los norteamericanos como a Alemania y Rusia, consiguiendo de este modo una gran fortuna, así como contactos importantes que le permitieron enrolarse en el Royal Flying Corps (la fuerza aérea canadiense). Tras regresar a Londres en su nueva condición de militar, fue contratado por el Servicio Secreto británico y espió tras las líneas alemanas; se dice que incluso asistió a reuniones del Alto Mando imperial. En 1918 fue adscrito a las acciones encubiertas contra los revolucionarios y bolcheviques en Alemania y Rusia, donde fue detenido e interrogado en la tristemente célebre Lubianka moscovita. Aunque gran parte de las hazañas que se le atribuyen son inventadas, Reilly fue un genio del engaño. Su fama creció tras su misteriosa muerte en Rusia, en 1925, sobre todo gracias al serial folletinesco *Master Spy* (Maestro de espías), publicado por el *London Evening Standard* en 1931. De este retrato tomaría más tarde Ian Fleming su modelo para James Bond. En 1983, su historia fue llevada a la televisión en la serie *Reilly. As de los espías*.



En la serie de la BBC sobre Reilly, galardonada con un BAFTA, Sam Neill encarnó al espía.

▶ del Cuartel General del Ejército, una institución que integró el medio cinematográfico en la guerra psicológica, creada a instancias del jefe del departamento militar del Ministerio de Relaciones Exteriores, el teniente coronel Hans von Haeften, quien también se hizo cargo de su gestión. Excesivamente tardío y por tanto incapaz de cubrir sus objetivos propagandísticos, no obstante el organismo aprendió velozmente y, en diciembre de 1917, se convirtió en la empresa comercial UFA (Universum-Film-Aktiengesellschaft), una sociedad anónima que en años sucesivos, tras absorber a varias empresas, llegaría a ser la más importante productora y comercializadora alemana de cine y el brazo más poderoso de la propaganda nazi: iba a cumplir así, con bastante retraso pero muy eficazmente, sus fines iniciales.

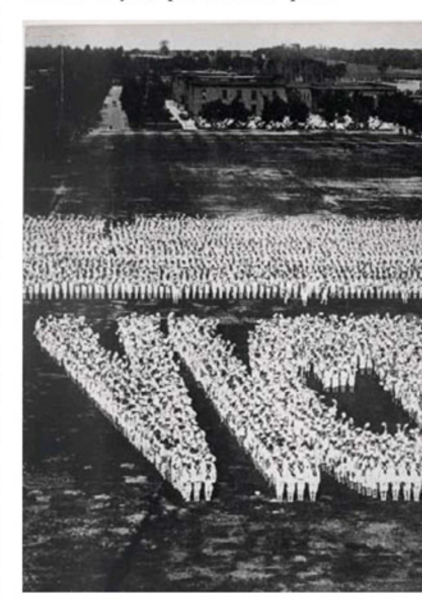
Los estadounidenses también crearon su servicio de propaganda, el CPI (Committee on Public Information), más conocido como *Comité Creel* por el apellido de su presidente. La agencia, declarada oficialmente "gubernamental independiente", utilizó desde abril de 1917 todos los medios disponibles para *vender* a los estadounidenses los sacrificios de la guerra y formar una fuerte opinión pública en ese sentido. Sin embargo, se hizo famosa por algunas de sus pifias, como la falsa noticia del hundimiento de varios submarinos alemanes que acechaban a un convoy de tropas enviado a Europa, desmentida por las entrevistas que los periodistas británicos realizaron a sus supuestos protagonistas, ignorantes del hecho, a su llegada; o la de los primeros aviones de combate americanos en ruta hacia Francia: las fotos eran falsas, como pronto se encargó la prensa de demostrar. Y es que, para los encargados de la propaganda de cualquiera de los países beligerantes y a veces incluso de los neutrales, el fin justificaba los medios y no tuvieron escrúpulos en mentir, falsear, manipular o incluso calumniar para conseguir sus objetivos.

Un asunto entre caballeros. Eso era el espionaje para el coronel Walter Nicolai, jefe de los servicios secretos alemanes. Charles Masterman (izda., 1873-1927) debía pensar lo mismo de la Oficina de Propaganda británica que dirigió al inicio de la guerra, para la que reclutó a ilustres figuras como Wells o Conan Doyle.

GETTY IMAGES

Difama, que algo queda. En Inglaterra, la campaña de propaganda puso un énfasis muy especial en la difamación. Las supuestas atrocidades alemanas, contadas con todo tipo de detalles morbosos, fueron muy eficaces como medio de movilizar a la opinión pública, hasta el extremo de que muchas veces, en los titulares de las noticias falsas, exageradas o tendenciosas, se repetía: *Britons wouldn't do it, Britons won't forget it* (Los británicos no lo harían, los británicos no lo olvidarán). El cúmulo de horrores falsos incluía desde violaciones en masa y otros ultrajes a la población civil hasta la mutilación de manos de centenares de niños belgas (ejecutada, para mayor espanto, por matronas alemanas), con el fin de impedir que pudieran, años más tarde, ser soldados a pleno rendimiento.

Al iniciarse la guerra se carecía de organismos de propaganda capaces de llevarla a cabo, aunque muy pronto se encargaría de ello el War Propaganda Bureau (WPB) bajo la dirección de Charles Masterman, político liberal que reclutó para esas labores a numerosos talentos, entre ellos escritores notables como H. G. Wells y Arthur Conan Doyle, periodistas, pinto-



Las mentiras contra Alemania volvieron escépticos a los británicos sobre el horror nazi de 1939

res y otros artistas plásticos, cuyo objetivo no era otro que conseguir la entrada en la guerra de Estados Unidos, apoyando, por supuesto, al lado aliado. Para ello se organizaron giras culturales, con conferencias y exposiciones artísticas en las que participaron también cantantes y actores, que robustecieron la ya existente pero tibia corriente de opinión favorable a Gran Bretaña. La agencia de Masterman tuvo también un papel clave en la difusión de los reportajes sobre el genocidio de los armenios, que reforzaron la visión negativa del Imperio otomano tanto en su país como en Estados Unidos y en otras naciones hasta entonces neutrales.

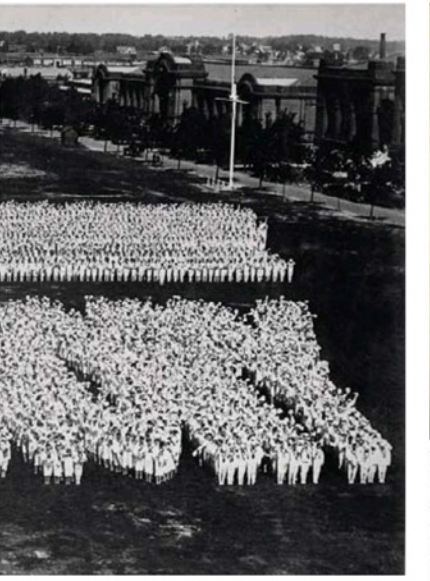
De la manipulación al escepticismo. El WPB fue absorbido en 1917 por el Departamento de Información, creado a medida para que lo dirigiera el escocés John Buchan, novelista, periodista y político que en 1914, durante los primeros meses de la guerra, había escrito su más famosa novela, *Los treinta y nueve escalones*, y luego había tenido que servir en el frente como corresponsal.

El nuevo organismo se encargaría de la coordinación de la propaganda de varios departamentos gubernamentales. En palabras del propio Buchan, fue el trabajo más duro que tuvo que realizar en su vida. Su estilo dejó impronta: había que ser lo más objetivo posible, sin medias verdades ni intentos de disimular ni negar los desastres. Sin embargo, un año después, Lord Beaverbrook creó el Ministerio de Información. Era algo tarde, ya que durante la mayor parte de la guerra las tareas de propaganda se habían repartido entre diversos organismos, lo que dio como resultado una cierta descoordinación.

Al concluir el conflicto se produjo un intenso debate sobre el empleo de las campañas de difamación del enemigo en la guerra de la propaganda, al tiempo que se desmantelaban todas las agencias que se habían creado para su ejecución. Se supo entonces que la mayoría de las atrocidades atribuidas a los alemanes en Bélgica eran burdas mentiras o exageraciones, lo que llevó al público a un escepticismo que, consecuentemente, le haría desconfiar y no creer por completo en las realidades de la represión y el extermino racial y político llevados a cabo por los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. Por otra parte, líderes militares germanos como el general Ludendorff declararon, una vez finalizadas las hostilidades, que la propaganda británica y francesa había sido decisiva para la derrota de Alemania; unas afirmaciones compartidas por muchos alemanes, especialmente entre los veteranos de guerra, y una creencia que sería aprovechada luego por Hitler y sus seguidores nacionalsocialistas a la hora de tomar el poder. Aquellos vientos trajeron nuevas tempestades. ▪



Cine de campaña. La SPCA (arriba, uno de sus transportes), sección de cine y fotografía del ejército francés creada en 1917, llevó sus películas de propaganda a los cuarteles y al frente.





Patriotismo. Carteles como el de arriba, que recuerda la muerte de mujeres y niños ingleses en el raid alemán sobre Scarborough (1914), o imágenes como la de la izquierda, en la que soldados americanos forman la palabra *victoria*, buscaron la exaltación patriótica.

PERSONAJE



Louise de Bettignies (1880-1918), enfermera francesa, fue agente secreta en la Gran Guerra. Políglota –hablaba alemán, inglés e italiano–, espió para los británicos bajo el alias de Alice Dubois hasta que fue descubierta en 1916.

COMIENZA LA GUERRA AÉREA

El cielo en llamas

Antes de 1914, nadie imaginaba el horror de los bombardeos desde el aire. Al final de la contienda y demostrada su letal eficacia, la aviación se había convertido en el arma definitiva.

Por **Juan Antonio Guerrero**, escritor



Panorama del fragor de la batalla. El combate aéreo en un montaje del Omaka Aviation Heritage Centre (Centro del Patrimonio de la Aviación de Omaka), en la ciudad neozelandesa de Marlborough.



El 30 de agosto de 1914, escasamente un mes después del estallido de la guerra, un monoplano Taube del 11º Grupo de Aeroplanos alemán despegó desde San Quintín, al norte de París. Lo pilotaba el teniente Ferdinand von Hiddessen, quien era todo un *veterano* con dos años de experiencia en vuelos postales, acostumbrado a los vuelos a larga distancia. Llevaba con él, además de un pasajero, el habitual observador, una banderola con los colores alemanes lastrada por un saco de folletos y cuatro bombas de algo más de dos kilos.

Su misión no era muy diferente de las realizadas hasta entonces: observar los movimientos de las tropas enemigas, sobrevolando la capital francesa, y lanzar folletos de aviso a los parisinos de que el Primer Ejército alemán se disponía a cruzar el río Marne, a escasos 150 kilómetros de la Ciudad de la Luz. Von Hiddessen había despegado tarde, tras tener que esperar que la niebla matinal se dispersara, pero su Taube (paloma en alemán, por su semejanza con esta pacífica ave) llegó a su objetivo y dio varias vueltas a unos mil metros de altitud, detectando los posibles objetivos de próximas misiones, como las estaciones de ferrocarril y otras instalaciones estratégicas.

La primera bomba. Luego, a las 12:45 de esa mañana, Von Hiddessen inauguró una nueva era al soltar la primera de sus poco dañinas pero ruidosas bombas. El proyectil, "con forma de pera pero sin aletas estabilizadoras", cayó exactamente en el número 9 de la calle de los Vinagreros, justo al lado de una panadería, cuyo escaparate voló en pedazos mientras que una espesa columna de humo negro se elevaba desde el lugar del impacto.

Le siguieron de inmediato las otras tres, aunque la última no explosionó y fue encontrada y desactivada poco después. La prensa se ceba- ▶

GETTY

Lo que queda del enemigo. Soldados alemanes observan los restos de un avión de las fuerzas aliadas derribado en uno de los muchos combates que tuvieron lugar en 1915.

GETTY





Arriba y abajo. A la izquierda, un Fokker D VII alemán en plena pirueta aérea. A la derecha, un Hannover CL III, también alemán, derribado por la artillería norteamericana cerca de las Ardenas francesas en octubre de 1918.

GETTY

▸ ría en el detalle de su *diabólica* fabricación, pues contenía, además de la pólvora negra, un puñado de bolas de acero como metralla.

No hay acuerdo en la cifra de las víctimas que, en el peor de los supuestos, fueron tal vez dos y algunos heridos leves. La banderola, de metro y medio de largo, también cayó a tierra muy cerca, con su saquete lleno de arena para aumentar el peso y un puñado de panfletos en los que los muy sorprendidos ciudadanos pudieron leer, en francés: "El ejército alemán está a las puertas de París; no podéis hacer más que rendiros".

Esta misiva era el objetivo principal de la misión de Von Hiddessen, que puede considerarse la primera operación aérea de guerra psicológica. Se suponía que esta arma de propaganda crearía el pánico entre los franceses, causando su rendición en masa. Muchos la han considerado también el primer bombardeo aéreo de una ciudad pero, en realidad, tan lúgubre honor le corresponde a Lieja. La ciudad belga fue atacada por un dirigible alemán tan sólo seis días después del inicio de las hostilidades, durante la invasión germana del país, que desencadenó la entrada en guerra de Gran Bretaña.

Expectativa y recelo. El hecho pasó desapercibido porque, durante el asalto, la ciudad fue bombardeada también con artillería convencional, incluido el famoso obús *Gran Berta*, de 420 milímetros, y un mortero austro-húngaro Skoda de 305. La misión del teniente Von Hiddessen, sin embargo, es representativa de lo que los ejércitos de 1914 esperaban de la recién nacida aviación.

En 1908 y de forma absolutamente desafortunada, el conde Henri de la Vaulx, uno de los fundadores del Aero Club de Francia, había dicho: "Por mi vida que no soy capaz de ver lo que un aeroplano pueda hacer de utilidad en una guerra". Registradas para la posteridad quedaron frases similares que pronunciaron algunos de quienes, por oficio, tendrían que haber sido más visionarios. Como los lores del almirantazgo británico, que decidieron desechar la utilidad de las aeronaves sobre el mar —"no vemos ninguna aplicación práctica de las máquinas voladoras para el servicio naval"— el mismo año en el que el acróbata aéreo estadounidense Eugene B. Ely despe-

VÍDEO

bit.ly/1j5Cmxl

Recreación muy realista del desarrollo de un combate aéreo durante la Primera Guerra Mundial. Reproducción fidedigna de los aviones.

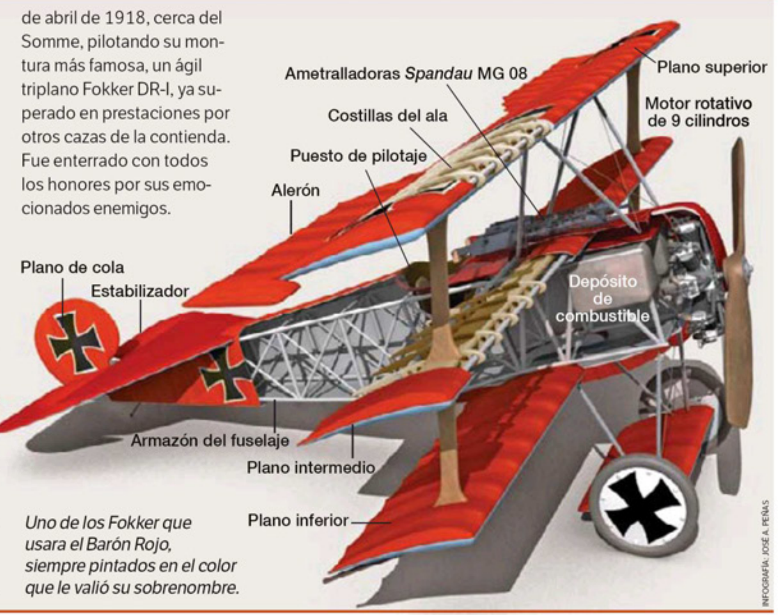


El circo del Barón Rojo

Sin lugar a dudas, se trata del mayor y más famoso de los ases del aire. Manfred von Richthofen fue apodado "el Barón Rojo" por su título aristocrático, *Freiherr Rittmeister* (barón de caballería), y el color con el que adornaba el exterior de sus aviones. No era un piloto excepcional, pero sí un excelente tirador que había practicado la caza deportiva desde muy joven y que logró el más alto palmarés de la guerra: 80 victorias frente a británicos y franceses, todas ellas conseguidas en menos de quince meses.

En julio de 1917 se le concedió el mando de un ala de caza, la primera gran unidad específicamente concebida para operar varios escuadrones unidos. Se trataba de la Jagdgeschwader 1, popularmente conocida como "el circo volante" porque cada uno de sus aviones lucía uno o varios colores distintivos. El que la unidad se desplazara a lo largo del frente, cambiando su base según las circunstancias, y se alojara en grandes tiendas de campaña no hacía más que reforzar este apodo.

El Barón Rojo, sin embargo, no sobreviviría a su fama, ya que fue derribado –todavía hoy se discute si por el capitán canadiense Roy Brown o por unos soldados australianos desde tierra– el 21 de abril de 1918, cerca del Somme, pilotando su montura más famosa, un ágil triplano Fokker DR-I, ya superado en prestaciones por otros cazas de la contienda. Fue enterrado con todos los honores por sus emocionados enemigos.



Uno de los Fokker que usara el Barón Rojo, siempre pintados en el color que le valió su sobrenombre.

gaba y se posaba sobre una pequeña cubierta de madera instalada *ad hoc* sobre el crucero *USS Birmingham*, anclado en la bahía de Chesapeake.

La mayoría de los Estados Mayores europeos eran de esa misma y errónea forma de pensar, aunque se habían visto obligados a adquirir algunos aeroplanos a insistencia de la oficialidad de algunas armas, principalmente la caballería y los ingenieros. E incluso los habían utilizado en ensayos, aunque ya se conocían las ventajas que los globos proporcionaban durante el bombardeo artillero, como habían demostrado los británicos en la guerra de los bóers menos de un decenio antes.

Un chófer del aire. El resto del ejército oscilaba entre la indiferencia o el escepticismo y el odio más descarado, como pasaba con algunos oficiales para quienes tan ruidosas máquinas sólo servían para espantar a sus monturas.

En cualquier caso, el piloto de un aeroplano –por entonces el término avión no se había popularizado– no era más que un chófer que llevaba a la grupa al verdadero protagonista de la misión: el observador que tomaba nota de las posiciones y el despliegue de las tropas enemigas. De ahí que, tradicionalmente, los primeros aviadores militares procedieran de las armas con funciones similares, la caballería y los ingenieros. De la primera, porque sobre ellos había descansado siempre la tarea de la exploración o "descubierta", adentrándose velozmente en territorio enemigo para, una vez hallado éste y medida su fuerza y posición, regresar a las líneas propias. En el caso de los ingenieros, se habían encargado de las primeras unidades de aerostación, de globos, cometas y dirigibles, a causa de sus capacidades técnicas.

Curiosamente, de esa procedencia ecuestre de los primeros pilotos se cree que proviene el hecho de que los aviones tengan "morro" y "cola", y también la denominación de escuadrones y escuadrillas.

No es cierto, tampoco, que la Gran Guerra supusiera el primer empleo de la aviación. Ya se habían utilizado aeroplanos en conflictos que hoy llamaríamos "de baja intensidad". Fueron usados en los Balcanes y en Libia, en 1911, durante la guerra italo-turca; o por los españoles en Marruecos, en 1913. De hecho, en 1908 ya se habían efectuado pruebas de tiro en EE. UU. desde un biplano Wright, uno de los cuales fue el primer aeroplano armado con una ametralladora.

Antes de la Gran Guerra, los ejércitos europeos no creían que la aviación pudiera ser un arma bélica efectiva

Según algunos, también habría tenido lugar ese año el primer combate aéreo, a tiros de pistola y sin ningún resultado, entre dos estadounidenses, Lamb y Rader, contratados respectivamente por los bandos enfrentados en la llamada Revolución Mexicana. En Europa se habían diseñado visores de puntería y bombas para aeronaves, y prácticamente todos los ejércitos habían ensayado aeronaves, dirigibles y cometas tripuladas durante las maniobras de los años previos.

La Aviation Militaire francesa, aunque más pequeña que la alemana, estaba mejor entrenada y organizada, contando con 156 aviones y 15 dirigibles. También existía un servicio aéreo naval. Sus enemigos, más numerosos que cualquier otro servicio militar de aviación, disponían de 246 aeronaves, casi todas biplazas, y su fuerza de dirigibles incluía siete grandes zepelines. Estaban organizadas en 40 escuadrones y el servicio naval tenía una fuerza de 36 hidroaviones y un zepelín.

Ingleses y rusos. Gran Bretaña, por su parte, aunque más atrasada que las demás potencias en liza, sólo reunía 113 aeroplanos, en su mayoría ya obsoletos, y de ellos únicamente 70 estaban listos para actuar. El servicio naval añadía otros 71 aeroplanos, siete dirigibles y algunas bombas de 45 kilos, las únicas disponibles. Rusia era un *gigante de papel*: de sus 250 aeronaves y algunos dirigibles, la mitad estaba fuera de servicio y la escasez de pilotos era notable, aunque en su flota estaban los únicos cuatrimotores de la época, los Sikorsky Ilya Muromets. La *mise en place* estaba concluida, pero ninguno de los chefs sabía qué es lo que iba a cocinar.

Desde antes de que la guerra comenzara, los dirigibles alemanes, conocidos por el apellido del más famoso de sus diseñadores-constructores, el conde Ferdinand von Zeppelin, se habían considerado la más sólida amenaza para las grandes ciudades y otros objetivos estratégicos. Incluso se habían preparado redes de alerta y localización, con proyectores luminosos para el caso de los previsibles ataques nocturnos.

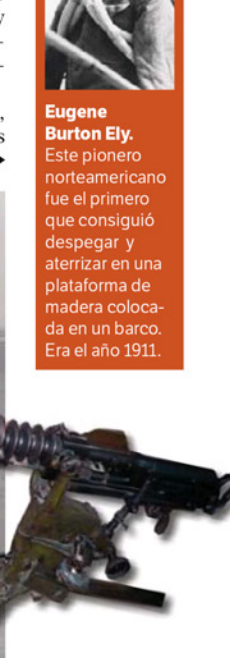
Nada tiene de particular, por tanto, que las primeras misiones estratégicas aliadas fueran ataques preventivos ▶



Contra viento y marea. El comandante E. H. Dunning intenta aterrizar su Sopwith Pup en el portaviones *Furious*, fondeado en Scapa Flow en agosto de 1917.

PERSONAJE

Eugene Burton Ely. Este pionero norteamericano fue el primero que consiguió despegar y aterrizar en una plataforma de madera colocada en un barco. Era el año 1911.



El vuelo amenazado. Sobre estas líneas, día de prueba de uno de los modelos que posteriormente se convertirían en máquinas de guerra. A la derecha, la ametralladora Hotchkiss M1914, la más utilizada por el ejército francés como defensa antiaérea.

PERSONAJE



Reginald Warneford
Nació y se crió en la India colonial británica, y fue uno de los primeros ases de la aviación. Murió en accidente aéreo con tan sólo 23 años.

80 aviones
derribó el piloto francés René Fonck, lo que le coloca en segundo lugar, tras el Barón Rojo.

5,77 metros
de longitud media el modelo triplano Fokker DR1. Su altura era de 2,95 y el ala superior llegaba a los 7,19.

contra las bases de esas grandes aeronaves. Ya el 14 de agosto, dos aviones franceses bombardearon los hangares de Metz. Y dos meses después, los británicos se encargaron de las bases de dirigibles en Colonia y Düsseldorf, aunque sólo en este último caso se consiguió destruir el recién estrenado Z IX.

Un nuevo horror. Las ciudades habían sido atacadas en prácticamente todos los conflictos anteriores, pero los bombardeos aéreos con dirigibles (zepelines) y grandes bombarderos parecieron desatar un nuevo horror para el que no se estaba preparado. París y Londres, pero también otras urbes de casi todos los países beligerantes, sufrieron este tipo de ataques desde el principio del conflicto. En el frente del Este se produjeron casos similares en Minsk, Varsovia y otras ciudades, con dirigibles unas veces y otras con aeroplanos, en los balbuceos de una campaña que ya en 1915 se hizo sostenida.

El káiser Guillermo II, en principio, se había resistido a autorizar el bombardeo de Londres por razones de su parentesco con la familia real británica. Sólo había permitido operaciones limitadas a los puertos e instalaciones militares, prohibiendo específicamente el bombardeo de la capital. Pero finalmente cedió ante la insistencia del almirante Von Tirpitz, ministro prusiano de la Marina, quien ponderaba el supuesto efecto psicológico y desmoralizador que tendría sobre la población civil.

El 19 de enero, los dirigibles navales L-3 y L-4 fueron los primeros de los muchos bombarderos alemanes que cruzaron el mar para demostrarle a Gran Bretaña que ya no era una isla. Los 600 kilos de explosivos y bombas incendiarias que arrojaron sobre Yarmouth y Norfolk ocasionaron la muerte de cuatro personas y lesiones a otras 16. Cinco meses después, el káiser anuló las restricciones sobre Londres y, el día 31 de mayo, el LZ-38 fue el primer bombardero alemán que atacó la capital británica.

Los dirigibles, sin embargo, no eran invulnerables: en una incursión nocturna posterior, el 6 de junio, junto con el LZ-37, un escuadrón del Servicio Aéreo de la Royal Navy con base en Dunkerque recibió órdenes de interceptarlos. Uno de los aviones consiguió bombardear el LZ-38 cuando ya se hallaba en su refugio y lo destruyó. Otro de los aviones británicos, el del alférez Reginald Warneford, persiguió al LZ-37 y, a pesar del fuego de las ametralladoras, consiguió alcanzarlo mientras descendía para aterrizar y acertarle con una bomba de 10 kilos.

Casta de héroes. Por desgracia, los restos incendiados del zepelín cayeron en uno de los suburbios de Gante, matando a cuatro civiles e hiriendo a varios más. Luego, el osado aviador británico se vio obligado a posarse, en medio de la oscuridad con su motor parado. Antes de ser descubierto por las patrullas alemanas que ya lo buscaban, encontró y reparó la pequeña avería que le había obligado a tomar tierra, despegó de nuevo y consiguió alcanzar las líneas aliadas sin más incidentes. Sin embargo, no llegaría a recibir la Cruz Victoria, máxima condecoración militar británica, debido a que murió poco después en un accidente aéreo.



Una sombra en el horizonte. A pesar de sus copiosos bombardeos, los zepelines no resultaron eficaces por sus muchas debilidades técnicas.

Había nacido una nueva categoría de héroe: el as del aire. No era Warneford el primero –y tampoco sería el último– en derribar una aeronave enemiga. Este honor le correspondió al capitán Nesteroff, un pionero del aire ruso que, el 26 de agosto de 1914, chocó su avión deliberadamente contra uno de los tres biplazas austriacos que acababan de bombardear su aeródromo, muriendo en el empeño junto con sus enemigos. Otros aviadores consiguieron abatir a sus contrarios, por extraño que hoy nos parezca, a tiros de pistola o de fusil; o incluso golpeándolos y desgarrándolos con un ancla lastrada sujeta a un cable, como hizo el también ruso Kazakov.

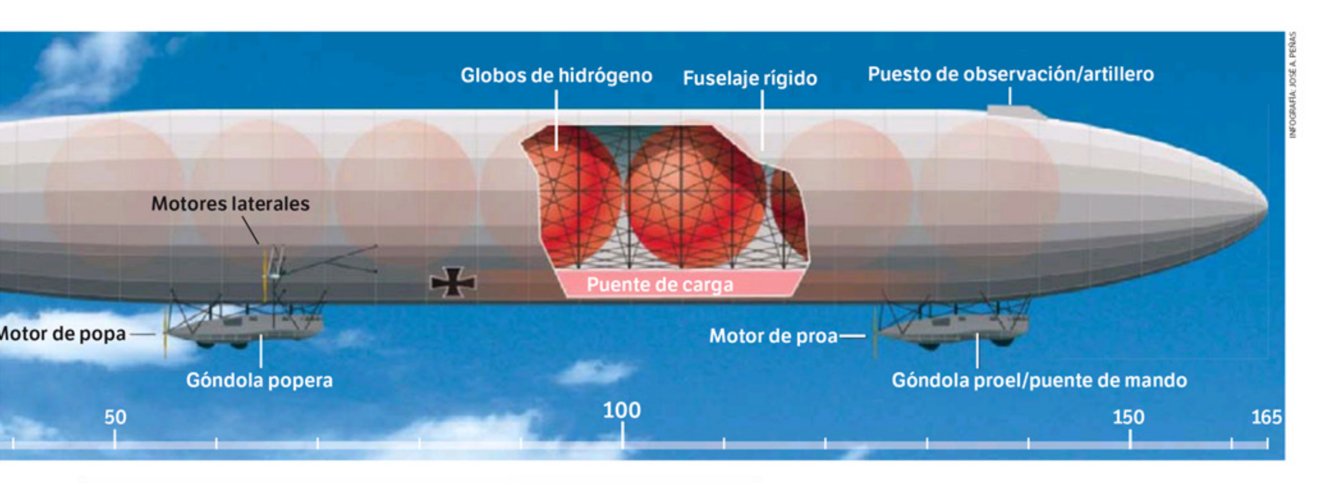
Obviamente no se tardó en dotar a los aviones con ametralladoras. El 5 de octubre de 1914, un biplaza de bombardeo Aviatik alemán caía en llamas cerca de Reims, alcanzado por el fuego de la Hotchkiss del cabo francés Quénault, quien se mantenía de pie mientras el piloto, sargento Frantz, mantenía el avión estable.

Había que encontrar maneras más fáciles y seguras, y muy pronto las ametralladoras se instalaron a los lados o sobre el ala superior en los biplanos, con lo que se trataba de evitar que los disparos alcanzasen accidentalmente su propia hélice. Los aviones de



La guarida del gigante. El hangar de zepelines de la ciudad alemana de Metz (francesa desde 1918), que sería bombardeado y destruido por la aviación gala.

La fabricación en masa había comenzado, y en un solo combate ya se enfrentaban cientos de aviones a la vez



Colosos con alas

El progreso tecnológico, lógicamente, no se limitó a los cazas. Los dirigibles, demasiado lentos y predecibles en sus vuelos, sufrieron numerosas bajas a manos de la artillería antiaérea, los reflectores luminosos y los cazas, que llegaron a ser armados con mortíferos aunque poco certeros cohetes. Y también la meteorología se encargó de mostrar sus debilidades. Su lugar como bombarderos lo ocuparon los polimotores de gran tamaño, fabricados y usados por todos los contendientes. Sus nombres se hicieron famosos: Gotha, Siemens-Schuckert y Staaken, entre los alemanes y austriacos; Vickers, Handley-Page y Blackburn y Caudron en las escuadras británicas; Breguet, entre los franceses; Sikorsky, entre los rusos, y los italianos Caproni. Los hubo de dos y de cuatro motores, y algunos de ellos eran verdaderamente gigantescos, como el Staaken R-VI alemán, con sus 22 metros de largo y 42 de envergadura, capaz de transportar dos toneladas de explosivos. Igualmente enorme era el Handley Page V/1500 británico, algo menor en tamaño, pero capaz de cargar en sus entrañas hasta 3,5 toneladas de armas ofensivas, entre ellas la mayor bomba de la época, de 1.525 kilos.

De la defensa de estas gigantescas máquinas aladas contra los cazas se encargaban de tres a siete artilleros, dotados de ametralladoras y situados en lugares estratégicos, normalmente posiciones de tiro en el morro, la parte dorsal o la de abajo. Algunos de ellos se harían nuevamente famosos en tiempos de paz como aviones de transporte y de pasajeros.


El modelo italiano Caproni CA 4, trimotor y triplano.

tipo *pusher*, con motor y hélice trasera, eran la solución aparente, pero este tipo de aeronaves eran muy frágiles a causa de su estructura. Roland Garros, hoy famoso por el torneo de tenis que lleva su nombre, encontró la solución, aunque de forma rudimentaria: la ametralladora de su monoplano estaba fija sobre el motor, disparando a través del disco de la hélice. Ciertamente la fama de este deportista dejó de lado el mérito de sus muchas hazañas aéreas: por ejemplo, fue el primero en atravesar el Mediterráneo, en 1913, en vuelo directo desde Francia al norte de África.

También resultó un logro importante esta solución para disparar balas sin dañar las palas de la hélice, pues colocó placas metálicas deflectoras que se encargaban de desviar las pocas que chocaban contra ellas. Funcionó y pronto los derribos aumentaron, gracias a la capacidad de apuntar que ahora tenía el piloto *chasseur* (cazador), como se les denominó a los encargados de perseguir y derribar a los aviones de reconocimiento enemigos.

Más veloces y a más altura. El mecanismo se perfeccionó luego, sincronizando el tiro de las ametralladoras. Ahora ya se tenían las herramientas y los aviones dedicados a esta tarea fueron mejorando progresivamente hasta dejar de ser *scouts* o exploradores para convertirse en *fighters* o cazas.

Al principio del conflicto, aviones como el DH-2 británico o el Fokker E-III alemán alcanzaban una velocidad máxima de entre 130 y 150 kilómetros por hora. En cambio al final, dos o tres años después, modelos como el Fokker D-VII o el Sopwith Snipe llegaban hasta casi los 200. De la misma forma, si las alturas máximas se hallaban en 1914 entre los 500 y los 2.000 metros, en 1918 algún caza alcanzaba ya más de 7.500.

Precedente de futuro. Lo más importante, sin embargo, era que su producción, con métodos que precedían a la fabricación en serie, se había incrementado: sólo Francia, en los cuatro años de conflicto, fabricó 50.000 aviones y 90.000 motores. Baste recordar que, al inicio de la última ofensiva alemana de 1918, la aviación de la Cruz de Hierro reunía más de dos mil aviones desplegados en el frente del oeste, que se enfrentaban a un enemigo aún más numeroso.

En los cuatro años de intensas hostilidades, los aviadores realizaron todo tipo de misiones, desde el reconocimiento inicial a la limpieza del cielo de aviones enemigos, pasando por la corrección del tiro de la artillería, el bombardeo táctico y estratégico, el apoyo a las fuerzas de tierra o el ametrallamiento de las del enemigo. En este tiempo se pasó de unos cuantos aeroplanos a combates en masa con más de cien aeronaves por bando. Y, aún así, algunos altos mandos todavía mantenían sus reticencias. Sin embargo, en lo sucesivo no habría ninguna guerra sin aviación. ▪

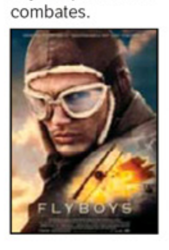
PERSONAJE



Ferdinand von Zeppelin
De origen aristocrático, fue el gran impulsor de la construcción de dirigibles, que acabarían llevando su apellido. Murió en 1917, sin conocer el final de la guerra.

PELÍCULA

Flyboys.
Tony Bill
(2006).
Las peripecias de un grupo de pilotos norteamericanos en la Primera Guerra Mundial, durante su entrenamiento y sus posteriores combates.





Un observador neutral. El estallido de la I Guerra Mundial sorprendió al estudiante español Agustí Calvet, de 27 años, en París. En los cafés y en el cuarto de su pensión escribió un diario con lo que veía, en el que hemos basado este artículo.



GAZIEL

Agustí Calvet (1887-1964), periodista y escritor, en una foto de juventud. Sus obras sobre la guerra del 14 se están reeditando con gran éxito.

PARÍS, AGOSTO DE 1914

Crónica de un testigo español

A través de la voz del joven catalán Agustí Calvet (hoy conocido por su seudónimo de *Gaziel*) revivimos las reacciones de los parisinos cuando repentinamente se encontraron, en el verano del 14, con el inicio de la Primera Guerra Mundial.

Por **José Ángel Martos**, periodista y escritor. Ilustración: **Francisco Solé**

Martes, 4 de agosto de 1914. Esta mañana, a eso de las diez, estaba yo en mi cuarto de la pensión Durieux, en el corazón del viejo París, intentando trabajar. Mi barrio es tan tranquilo y mi única ventana, que da a la placita Fürstenberg, se abre tan en lo alto que, al disfrutar de la paz y la luz de mi estudio, los escasos visitantes que me vienen a ver deben imaginarse que habito un paisaje rural o un gran jardín de monjas. Es una sensación puramente imaginaria, porque la plazoleta se encuentra a pocos pasos del *carrefour* de Buci, uno de los parajes más populosos y laberínticos del París revolucionario de 1793, una zona luego destripada, aunque sólo en parte, por la construcción del gran bulevar de Saint-Germain.

He salido de mi ensimismamiento al oír un rumor lejano, confuso e inusitado, que iba creciendo por momentos. Al salir a la ventana, he visto debajo de mí a vecinos de las casas próximas que también sacaban la cabeza, extrañados. Pero no se veía nada más y el rumor aumentaba hasta hacerse amenazador, sobre todo porque no percibíamos cuál podía ser su causa. De repente me he dado cuenta de que Henriette, una huésped alojada en un anexo de la pensión situado en las casas de enfrente, está asomada casi totalmente fuera de su ventanal, curiosa y fisgona, tanto que casi cuelga de la estrecha baranda de hierro. La llamo a gritos, se endereza y, cuando me ve en lo alto de mi buhardilla, me habla entusiasmada, moviendo los brazos alborotadamente:

—¡Están saqueando! ¡Están saqueando, allá abajo! —dice señalando a la parte más densa e intrincada del barrio.

Tomo el sombrero, en cuatro saltos me planto en la calle y me interno por el *carrefour* de Buci, de donde parece que proviene el caos.

En el callejón de Echaudé Saint-Germain, en efecto, las turbas del barrio acaban de saquear un establecimiento de las lecherías Maggi. Ya no queda ni un cristal intacto en los escaparates. De las puertas, reventadas a golpe de hacha, sólo se ven las astillas. El rótulo metálico que ▶



GETTY IMAGES / ROGER VIOLLET



Saqueos en pleno centro. *Gaziel* refiere en su diario un asalto del que fue testigo el 4 de agosto de 1914, a pocos metros del populoso bulevar de Saint-Germain (arriba): el de un establecimiento de las lecherías Maggi (dcha., laboratorio de esta marca suizoalemana, también destruido por la turba).

▶ coronaba la tienda lo han arrancado y está por los suelos, lleno de abolladuras y agujeros. Los tarros de porcelana blanca y lustrosa, hechos añicos, sirven a la chusma amotinada de proyectiles, que resuenan con gran estruendo contra los despojos del establecimiento. Pero ¿cómo se explica un furor tan súbito y brutal contra las que son quizá las lecherías más famosas y organizadas de Francia? Sencillamente: corría la voz de que la empresa Maggi pertenece a una sociedad alemana y con esto ya ha sido suficiente para que una buena parte del pueblo llano, que era el principal cliente de las lecherías, haya sentido la necesidad de destruirlas en un abrir y cerrar de ojos. Otro paseante, a mi lado, comenta que el mismo fenómeno se ha dado en más lecherías.

Tan súbitamente ha acontecido el vendaval destructor que ni la policía ha tenido tiempo de detenerlo. Cuando el establecimiento ya no es más que un montón de escombros, con toda la instalación hecha añicos, llegan jadeando unos cuantos agentes de policía. La turba –que siempre es astuta y primaria– los acoge con gritos atronadores de "¡Viva Francia!" o "¡Mueran los cerdos!", con su equivalente de "*À bas les boches!*" [término peyorativo referido a los alemanes, muy similar a nuestro "cabezas cuadradas"].

El furor de la turba. Una ramera, nieta calcada de las que asistían a los procesos sumarios de la Revolución Francesa y a las sangrantes ejecuciones de las carretadas de presos conducidos a la guillotina, de tez morena y encendida como un pimiento áspero y rojo, se abre paso a empellones entre el gentío contenido por la policía. Y recogiendo sus faldas con un movimiento tan fácil que parece habitual en su desvergüenza, se agacha sobre el rótulo abollado en el suelo y, exactamente encima de la palabra Maggi, rocía de esa forma que sólo a la niñez le está permitido hacer públicamente. La multitud le otorga una ovación calurosa. Y los policías, socarrones, se dan la vuelta tocándose los bigotes para disimular una sonrisa por debajo de la nariz.

Bélgica, invadida. Escenas semejantes se han repetido hoy en París en gran cantidad. Una tienda de comestibles del bulevar Saint-Michel ha sido saqueada por haber intentado su dueño sacar partido de la guerra subiendo los precios de sus mercancías. Una *brasserie* de la calle de Montmartre ha sufrido serios desperfectos porque un camarero ha cobrado a un soldado setenta céntimos por una caña de cerveza. Como los incidentes de este tipo se iban prodigando y extendiéndose conforme avanzaba el día, cuando ha llegado la noche el prefecto de París ha tomado medidas rigurosas, ante el temor de que la furia anárquica se desatase si no la cortaba de raíz.

Los grandes periódicos salen hoy reducidos a su mínima expresión, como una especie de hojas parroquiales. Los dos rivales en popularidad, *Le Journal* y *Le Matin*, publican tan sólo una hoja, y las noticias que llevan son escasas y breves. El ejército alemán ya ha invadido Bélgica. Pero no se conocen detalles (o no nos los quieren dar) de esta violación inaudita. Que la neutralidad de un país pequeño y pacífico, que sólo pedía que lo dejasen en paz, haya sido brutalmente pisoteada con la única excusa de que molestaba a los proyectos del invasor, el cual no admite que nada le impida el paso franco hacia el norte de Francia, demuestra un cinismo sólo explicable por una convicción ciega en una rápida victoria de la fuerza bruta. Parece que el canciller alemán ya lo ha dicho sin ambages: «Necesidad es ley». Es el lema eterno de todos los grandes destrozos humanos, que tanto ha servido a los que lo han proclamado sin escrúpulos, ya sea para consolidar las iniquidades más grandes, ya sea para llevar a las más horribles catástrofes.

LIBRO

De París a Monastir, *Gaziel*. Libros del Asteroide, 2014. Recopilación de las excelentes e impactantes crónicas de guerra de Calvet para *La Vanguardia*. Publicado originalmente en 1917.



Los asaltos y saqueos a locales alemanes en París fueron, en los primeros días del conflicto, habituales

Sin embargo, la atención de los parisinos se concentra en dos hechos importantes, ambos diplomáticos: Italia ha proclamado su neutralidad y el embajador de Alemania, que todavía estaba en París, ha abandonado la capital –ayer tarde, al anochecer– en cuanto el Káiser ha notificado el estado de guerra con Francia. Dos noticias, dos suspiros: el primero, de alivio; el segundo, de conformidad con una realidad trágica.

Otra noticia me ha causado un hondo efecto: varios miembros del Instituto de Francia, pertenecientes a alguna de sus cinco academias oficiales, se han alistado para el servicio militar. Entre los integrantes de la Academia Francesa, los grandes escritores Edmond Rostand, Maurice Barrès y Pierre Loti. No es que estos provectos hombres de letras puedan hacer, con su espadín decorativo, mucho trabajo concreto como combatientes; pero la decisión que han tomado demuestra su voluntad de servir, de colaborar activamente en la defensa del país, en la forma que sea, porque las guerras no las hacen únicamente los soldados. Es un ejemplo más del sentimiento admirable que mueve a todos los franceses, mayores y jóvenes, en esta hora de tribulación colectiva.

Al volver a la pensión para comer, en la mesa hablamos de lo mismo que, más o menos, debe de estarse hablando en todas las mesas del que hasta ahora llamábamos nuestro mundo civilizado. Hay un punto de coincidencia general: el pueblo alemán es un pueblo bárbaro, el único que en Europa, después de haber alcanzado un grado maravilloso de cultura y de técnica, todavía cree en la guerra y en que hacerla es una virtud.

Hay que detener a Alemania. Los comensales franceses, que hoy son mayoría en la pensión Durieux, se decantan por hacer solidarios de la necesidad urgente de detener a los alemanes a todos los pueblos de la tierra. El aplastamiento de Alemania y su barbarie, vienen a decir, ha de ser obra de todos, beligerantes y no beligerantes; es decir, considerando esa tarea como un deber universal, una especie de cruzada. Sobre todo las chicas —y en esto las francesas no se quedan solas— exponen diversos proyectos de destrucción rápida y definitiva del enemigo. Rachel, una rusa recién llegada, se muestra francamente sanguinaria. Dice que no quiere entrar en la Cruz Roja, como la mayoría de las pensionistas, porque si le viniera a las manos un herido alemán no podría contener el impulso de retorcerle el pescuezo... Yo no ▶



Respuesta humanitaria. No todo fueron soflamas patrióticas y llamamientos contra los invasores; muchos parisinos y franceses, sobre todo mujeres, se incorporaron a algunas organizaciones para ayudar en lo que pudiesen, como estas damas de la Cruz Roja de París (1915).

De filósofo a reportero



Miquel dels Sants Oliver, escritor, director de La Vanguardia (dcha.) y amigo de Gaziel, retratado por Ramón Casas.

Bajo el seudónimo de *Gaziel* se escondía el escritor y periodista catalán Agustí Calvet, un ampurdanés de genio comparable al de su ilustre vecino Josep Pla. Calvet nació en una localidad de la Costa Brava, Sant Feliu de Guíxols, en 1887, en el seno de una familia acomodada que, cuando él tenía apenas seis años, se trasladó a Barcelona.

Un cambio imprevisto. Su perfil respondía al de un joven estudioso y erudito. Nada hacía sospechar que el periodismo, por entonces un oficio menor y mal visto, fuera a atraer a alguien de su posición. Calvet se licenció en Filosofía y Letras por la Universidad de Barcelona en 1908 y se doctoró en la misma disciplina tres años después en Madrid. En el verano de 1914 se hallaba en París, en la Sorbona, ampliando estudios de filosofía medieval, su área de interés. El 1 de agosto le sorprendía allí el decreto de movilización general del ejército francés contra Alemania. A partir de las experiencias vividas durante todo agosto en la capital francesa y en los primeros días de septiembre huyendo de ella, redactó un diario personal que, ya de vuelta en Barcelona y cediendo a los ruegos del entonces director del diario *La Vanguardia*, Miquel dels Sants Oliver, que fue el primero en leerlo, transformó en unas crónicas que se publicarían en días consecutivos. Sus textos causaron sensación: las impresiones de *Gaziel*, tomadas de la vida cotidiana en el París popular, explicaban de una forma viva y emocionante a los lectores de un país neutral, como era España, la conmoción que significó la declaración de guerra en la ciudad más admirada del mundo por entonces.

Este dietario personal de *Gaziel* ha vuelto a ser publicado ahora, con ocasión del centenario de la contienda, en el libro *Diario de un estudiante. París, 1914*. A través de él revivimos, día a día, la tensión y las emociones de los parisinos y de todos los que, habitando en la Ciudad de la Luz, se encontraron inesperadamente atrapados en un conflicto de magnitud inimaginable hasta entonces.

Otros libros. El éxito de *Gaziel* le llevó a abandonar la filosofía y a cambiarla por el periodismo profesional. Fue nombrado corresponsal de *La Vanguardia* en el frente francés, tarea que ejerció a partir de diciembre de 1914. Sus impresionantes crónicas de guerra durante el largo conflicto están reunidas en varios libros: *En las trincheras* (Diëresis), *De París a Monastir* (Libros del Asteroide)...

sé qué daría por poderme trasladar a Berlín, comer en una pensión como ésta, pero prusiana, y escuchar cómo hablan los jóvenes alemanes o austrohúngaros, qué dicen ellos de los franceses, cómo justifican el recurso a la contienda.

¿Palurdo o espía? De repente, alguien recuerda a Dolbatsch, un oficial prusiano de reserva que era compañero nuestro en la pensión desde el pasado mes de mayo. Dos días antes del primero de agosto desapareció precipitadamente, llamado a filas desde Sarrebruck. Nada más oírlo nombrar, se desvanecen los impulsos violentos y vengativos. Todas las chicas exclaman: "¡Pobre Monsieur Dolbatsch! ¡Pobre Monsieur Dolbatsch!..." Y refieren en seguida mil detalles bondadosos de este personaje cómico, de comportamiento lento y fatigoso como el de un buey, pero candoroso e ingenuo como una criatura.

He aquí un hecho desconcertante, que a mí me trastorna secretamente de manera profunda y extraña: oír de los labios de aquella juventud francesa, femenina, que odia a muerte a los alemanes en abstracto, el elogio más sincero y afectuoso de un oficial prusiano, que debe tener de veintiocho a treinta años y es justamente el único alemán que ellas han conocido personalmente y tratado un poco.

La mención me causa una mayor desazón interior porque, mientras escucho a mis amigas deshacerse en alabanzas llenas de estima hacia aquel pensionista singular, yo tengo mis razones para pensar –ahora que ya todas las cartas se han levantado– si la larga estancia aquí de Dolbatsch, con las interminables excursiones que realizaba por los alrededores, sobre todo hacia las tierras del Oise y del Marne, y las notas que constantemente tomaba, encerrado en su habitación, muchas veces hasta altas horas de la noche, no eran sino una misión secreta de información militar, disfrazada bajo su figura palurda, caracterizada por interminables y graciosísimas meteduras de pata y por el candor aparente de un joven inofensivo. Creo no equivocarme si digo que, bajo su apariencia de *Simplicíssimus*, probablemente se ocultaba el más eficaz de los espías.

"¿No lo encontraba usted delicioso –me preguntan las chicas– con sus gestos de autómata y los ojos azules y transparentes como los de una criatura?"

Yo digo que sí. Pero pienso en el misterio de los millones de hombres que en estos momentos se están transfigurando en enemigos mortales, dispuestos a matarse ferozmente los unos a los otros sin haberse visto ni conocido ni haber mediado ofensa personal de ningún tipo entre ellos.

Ávidos de noticias. Los parisinos, al inicio de la contienda, se agolpaban a las puertas de los diarios en busca de información, como en la imagen de debajo (muchedumbre ante la sede de *Le Matin* en 1914).



GETTY IMAGES / ROGER VIOLLET / ALBERT HARLINGUE

PERSONAJE



Maurice Barrès (1862-1923), escritor y político francés, osciló toda su vida entre posiciones opuestas: fue socialista, nacionalista, antisemita (enemigo de Zola en el *caso Dreyfuss*)... En 1914 se alistó, pero no llegó a combatir.

Las supersticiones ganaron la guerra

Uno de los efectos increíbles del inicio de las hostilidades –escribió *Gaziel* en 1914– fue el rebrote de todo tipo de profecías, horóscopos, presagios y adivinaciones. La opinión pública, incluso la más culta, no paraba de recordar una predicción de una famosa pitonisa, Madame de Thèbes, quien hacía tiempo que había anunciado la guerra europea, la victoria de Francia y el hundimiento del Imperio alemán. Hasta los diarios de más circulación y calidad reflejaban en abundancia los pronósticos de todo tipo de adivinadores, quirománticos y echadoras de cartas.

No sin mi pitonisa. El fenómeno respondía a la credulidad pasmosa no sólo de las clases humildes, sino también de la burguesía ilustrada francesa de principios del siglo XX. "Conozco –relataba sorprendido *Gaziel*– a damas de gran posición, cultísimas y salidas de familias honorabilísimas, de diplomáticos de carrera o industriales secularmente asentados, que por nada del mundo dejarían de consultar a su pitonisa predilecta antes de tomar una decisión importante o comenzar un largo viaje. Y lo mejor del caso es que, si es necesario, os dirán con una pulcritud exquisita pero una intransigencia inexpugnable que los consejos y las previsiones así obtenidos no fallan nunca". A Calvet le sobrecogía cómo había bastado con un soplo del destino para borrar la capa de barniz cultural, demasiado fina, que cubría el mundo europeo, y hacer aflorar enseguida los instintos y creencias más primarios.



Madame de Thèbes, que predijo la Gran Guerra, en una foto de la época.

Y me digo que la mayoría, si hubieran podido convivir buenamente, como muchas de estas jóvenes francesas lo han hecho con el oficial prusiano que probablemente ya era una avanzadilla o un emisario secreto de la guerra que se iba acercando sin que tuviéramos mención de ella, se hubieran llegado a apreciar. Como ellas aprecian y guardan un recuerdo enternecido de Dolbatsch, porque las hacía bailar con los pensionistas durante tantas noches de primavera, tocando sin descanso al piano valses lánguidos de la otra orilla del Rin.

La cultura en armas. Por la tarde me he dirigido a la única institución de cultura de las que frecuento que continúa abierta, como un faro en la noche: la Biblioteca Nacional. En la inmensidad de su nave central y en los departamentos reservados, con incunables, manuscritos y estampas, transitamos, desolados y algo desconcertados, mi amigo Martorell y yo, como dos náufragos después del increíble hundimiento de la cultura europea. Una de estas tardes mi compañero había tenido que marcharse antes de hora y me encontré solo en el gran salón de lectura, completamente abandonado y desierto, bajo la altísima bóveda de cristal que le da un aspecto como de catedral. A mi alrededor había más de tres millones de libros. En un instante de fatiga, al levantar los ojos de los volúmenes que iba consultando y de las notas que tomaba, me di cuenta de pronto de mi soledad pavorosa, como la que debió de sentir Robinson en su isla perdida.

Alineados y ordenados en las estanterías, estos volúmenes incontables guardan el tesoro de la más alta cultura humana, todo lo que el hombre europeo ha pensado y sentido desde los primeros latidos de su conciencia. Para mantener y perpetuar este esfuerzo milenario se necesita un numerosísimo y complejo ejército de eruditos y expertos, de investigadores y creadores incansables. Y hete aquí que, desde hace cuatro días, este ejército de nuestra cultura, reunido con tanto afán, ha abandonado su silencioso cuartel general, donde trabajaba noche y día, y las armas pacíficas y luminosas que iba forjando, para tomar otras mortíferas y de repente irse a morir y matar por los campos de batalla, sin ni tan sólo saber cómo ni por qué, impulsado por una fuerza ciega y brutal que, por más inevitable que quieran hacerla quienes la propugnan, espiritualmente es también monstruosa y estúpida. Y he aquí por qué yo me he quedado perdido y abandonado en medio de esta soledad sagrada: porque el ejército internacional de la cultura europea ha quedado roto en pedazos.

La guerra convirtió repentinamente en enemigos feroces a franceses y alemanes, que convivían en la Ciudad de la Luz



La barbarie alemana. Episodios como el incendio del Hotel du Nord en Senlis, en la región de Picardía, el 2 de septiembre de 1914 (en la foto), alimentaron el odio antigermánico.

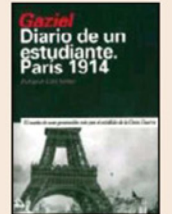
1914: horas decisivas. ¿Cómo ha sido posible una transfiguración semejante y, sobre todo, tan rápida? Han ido a matarse en los campos europeos aquellos que hasta ayer estudiaban con fervor las artes y las ciencias que la misma Europa había hecho avanzar de forma tan notable con sus miles de años de cultura compartida. Y todo porque en algunas de las tierras más cultas de Europa ha rebrotado, una vez más, el instinto de barbarie, el cual parece imposible de aplacar en el alma humana, por mucho que se esfuercen los paladines de la cultura.

Es el misterio más auténtico que hasta ahora me ha sido dado contemplar, sin podérmelo explicar. Pero el hecho indudable es éste: que si ahora aquel ejército internacional europeo de la inteligencia –roto en pedazos, enemistados a muerte– fuera aniquilado en los campos de batalla (y ya desde ahora es indudable que los intelectuales alfombrarán una gran extensión de tierra), los supervivientes que por azar quedasen se encontrarían, esparcidos por el mundo, en una situación muy similar a la de los monjes medievales que, después de sufrir la avalancha de los bárbaros y una vez reanimada en manos del gran Carlomagno la flor deshojada y marchita de la cultura clásica, realizaron el amoroso y delicado esfuerzo de transmitir a las generaciones futuras los tesoros de la ciencia y la poesía salvados del naufragio...

Pensando esto cuando yo levantaba los ojos, fatigados, la otra tarde, en la soledad y el silencio del gran salón de lectura de la Biblioteca Nacional, he comprendido por vez primera que las horas actuales pesarán enormemente en la historia humana. El día de mañana, 1914 será una fecha que irá adquiriendo más relieve a medida que se aleje, como sólo lo hacen las montañas más altas. Y tendrá mucha más altura que 1870 o 1848, al menos tanta como 1789 y quién sabe si un relieve comparable a 1453. Y la propia barbarie actual será el motivo de otro engrandecimiento de la biblioteca futura. De aquí a cien años, la guerra de 1914 será convertida en materia de estudio. El colapso de hoy no es un accidente mortal. ▪

LIBRO

Diario de un estudiante. París 1914, *Gaziel.* Dïëresis, 2013. En el libro en el que se basa este artículo, Agustí Calvet dejó uno de los más apasionantes testimonios de la I Guerra Mundial.



LA GUERRA COMO MOTOR DE CAMBIO SOCIAL

De esposas y madres



a ciudadanas

Mientras ellos se dejaban la vida en las trincheras, ellas se mataban a trabajar en la retaguardia. Y el mundo ya no volvió a ser el que había sido.

Por **Alberto Porlan**, escritor y filólogo



GETTY IMAGES

Un drama que modificó el papel de las mujeres. Hasta 1914, no tenían más rol que el familiar; al acabar la contienda, reclamaron su sitio en la sociedad. En la imagen, trabajadoras de una fábrica francesa de munición durante la I Guerra Mundial.

Cuando el lector vea cualquiera de los documentales que se emitirán este año para recordar la Gran Guerra, los desfiles, las marchas patrióticas y las largas columnas de soldados dirigiéndose al frente, deberá tener en cuenta que todos aquellos que se mueven en la pantalla sonriendo y saludando a la cámara de manivela están actualmente muertos. El soldado más joven tendría hoy 117 años, una edad incompatible con la vida humana.

Un siglo equivale a cuatro generaciones, de manera que aquellas personas eran, *grosso modo*, nuestros tatarabuelos. Y se desenvolvían en un mundo que hoy apenas reconoceríamos, no sólo por su rudimentario nivel tecnológico, sino sobre todo por la estructura de su sociedad y la psicología de los individuos que la formaban, que es lo que nos resulta más difícil de comprender.

El primer gran salto adelante. Entre su modo de vida y el nuestro hay enormes diferencias, pero ninguna tan abrumadora como la que separa a las mujeres de entonces de las actuales. El mundo ha cambiado decisivamente porque lo ha hecho la condición de la mitad del género humano. Cuando en los viejos films de 1914 vemos a una dama entrar en un automóvil, nos llama la atención lo primitivo que resulta el vehículo, pero es un error de apreciación: los automóviles han cambiado en un siglo muchísimo menos que las mujeres.

La Gran Guerra significó para ellas el primer gran salto adelante. Cuando empezó, no eran más que madres, novias, amantes, esposas e hijas. Cuando terminó, habían demostrado que podían ser mucho más, que podían asumir tareas de las que hasta entonces sólo se suponía capaces a los varones y que podían llevarlas a ca- ▶

Mártir de la causa aliada. A Edith Cavell, inglesa afincada en Bélgica, está dedicado este impresionante monumento en Londres, que recoge su frase: "Con el patriotismo no basta (...); hay que desprenderse de la amargura y del odio...".

▶ bo incluso mejor que ellos. No eran *florecillas silvestres* frágiles y bellas, sino seres humanos tan fuertes y resueltos a su modo como los artilleros de primera línea.

Si el escenario masculino de guerra fueron las espantosas trincheras, el femenino fueron las ciudades. Las exigencias bélicas vaciaron de hombres paulatinamente las poblaciones grandes y pequeñas, que siguieron funcionando en buena medida gracias a las mujeres. Durante los períodos críticos de la contienda, en las calles de París, Berlín o Londres sólo se veía a ancianos, niños y mujeres, las cuales, además de contribuir al esfuerzo de guerra, seguían encargadas del cuidado de los más débiles. Al hombre se le exigía luchar y morir, pero se le liberaba del resto de sus obligaciones cotidianas. A la mujer, en cambio, se la cargaba con nuevas e inéditas responsabilidades, además de las que se exigían de ella tradicionalmente.

En 1914, las redes eléctricas y telefónicas estaban empezando a desarrollarse. Los automóviles habían dejado de ser una curiosidad, pero todavía eran muy escasos. El suministro de gas en las grandes urbes seguía siendo vital para la iluminación y las cocinas, pero no siempre funcionaba y era muy sensible a sabotajes y bombardeos. La radio aún no emitía comercialmente, así que los únicos medios de comunicación de masas eran la prensa escrita y el cine, que se reveló como un arma formidable de propaganda. En las pantallas, los civiles podían ver (aunque no oír) a los soldados avanzando fieramente hacia el enemigo con la odiosa máscara antigás en la cabeza y la bayoneta calada. Por supuesto, las imágenes se seleccionaban cuidadosamente. Mientras que en las salas de París se veían campos enteros cubiertos de cadáveres alemanes, en las de Berlín esos mismos campos aparecían sembrados de cuerpos franceses. En todo caso, lo cierto es que aquellas imágenes de los noticiarios se encargaron de alimentar las pesadillas nocturnas de las madres de familia, ya fueran alemanas o francesas.



Un salario duramente ganado. Las tareas más ingratas y fatigosas también eran ahora femeninas. En la imagen, trabajadoras forjando cadenas en Bromley, Londres, en 1918.

La mentalidad de la época. Tras el trauma de la separación familiar que supuso la movilización general, la actitud de las mujeres en Francia, Inglaterra, Alemania, Italia y Rusia fue distinta. Inicialmente, Francia fue la más activa. Tan sólo cuatro días después de la invasión alemana, el Primer Ministro, Viviani, que hasta entonces había mantenido una posición claramente pacifista, hizo una patética llamada a las mujeres exhortándolas a reemplazar en el trabajo a los varones que se dirigían al campo de batalla. El tono era inflamado, pero revelaba indirectamente el concepto real que se tenía de ellas. Viviani no les proponía participar del esfuerzo colectivo por la patria ni por sus hijos, sino por sus hombres:

"*¡Preparaos para mostrar a vuestros hombres, el día de mañana, las tierras cultivadas, las cosechas recogidas y los campos sembrados! En estas graves horas no hay tareas pequeñas; cuanto sirve al país es grande. ¡En pie, manos a la obra! ¡La gloria de mañana será de todos!*".

Como sus compañeros en el poder –tanto aliados como enemigos–, Viviani pertenecía al siglo XIX, igual que el concepto de gloria militar. Pero aquella primera guerra del siglo XX iba a ser completamente distinta de las anteriores, aunque cuando estalló nadie se imaginaba hasta qué punto lo sería porque empezó igual que todas, con los dramas personales que supone la separación forzosa: adioses, besos, promesas, lágrimas y pañuelos ondeando en las estaciones de ferrocarril y en los puertos. Y, en el caso de las mujeres, la angustiosa vuelta a casa con los niños para tratar de adaptarse a una nueva realidad incierta y cruel que suponía soledad, más trabajo y miedo por el ausente.

Cambios y más cambios. Además estaba la cuestión práctica, porque todo había cambiado de la noche a la mañana, y los ciudadanos quedaron perplejos por la velocidad de estos cambios. Quienes tenían dinero ahorrado aguardaron días enteros haciendo cola ante los bancos para retirar en oro el valor de sus billetes, hasta que a los pocos días se anuló la convertibilidad. Diariamente llovían nuevos decretos sobre una población angustiada: se suspendían las comunicaciones telefónicas civiles, se prohibían los bollos y los pasteles, se requisaban las bestias de carga, la harina o el vino, los trenes cambiaban sus rutas y sus horarios impredeciblemente, se prohibieron los bailes, los bares se cerraban a las ocho y hasta las palomas fueron objeto de leyes que las trataban de controlar para que el enemigo no las utilizase como mensajeras. La guerra necesitaba alimentarse y su formidable apetito desarticulaba

Las mujeres, además de contribuir con su trabajo al esfuerzo de guerra, siguieron encargadas de sus tareas tradicionales



Aliviar el sufrimiento. Las enfermeras de guerra desplegaron un esfuerzo incansable con heridos y mutilados. Estas son de la Cruz Roja y están en Verdún, en el frente occidental.

a la sociedad. Además, era preciso hacer frente al hecho de que, con la marcha del varón, se evaporaba la entrada de dinero en las familias pobres. Para atender nominalmente esa necesidad, en Francia se fijó una subvención de 1,25 francos diarios, una cantidad miserable que no alcanzaba para nada. La vida se endureció en todos los estamentos sociales de las naciones beligerantes pero, como es de rigor, fueron las clases bajas quienes más duramente sufrieron las consecuencias.

Durante los años de guerra, las calamidades no dejaron de aumentar hasta el punto de que la vida se hizo casi insoportable. Sin embargo, las mujeres aguantaron, revelando un coraje insospechado y a menudo heroico.

Ese fue el caso de la enfermera británica Edith Cavell, hija mayor de un reverendo del este de Inglaterra, que hizo de su profesión un verdadero sacerdocio. Cuando estalló la guerra tenía 50 años, se había forjado una reputación internacional a base de conferencias y cursos de especialización, trabajaba activamente en un hospital belga y dirigía una publicación llamada *La Enfermera*.

El caso de Edith Cavell. Al producirse la invasión alemana de Bélgica, Cavell montó una red de ocultación y fuga para soldados aliados. Auxiliada por su aristocrático amigo, el Príncipe de Croy, les preparaba documentos falsos con nuevas identidades y los ocultaba en pisos francos de Bruselas, esperando el momento de ponerlos en manos de guías experimentados que los conducían a la frontera holandesa. Varios centenares de soldados británicos, franceses y belgas consiguieron su libertad con ayuda de esta pequeña pero efectiva red, hasta que los alemanes detuvieron a Cavell. Fue interrogada durante tres días sin el menor resultado, pero al final la engañaron haciéndole creer que lo sabían todo y que una confesión completa ayudaría a sobreseer el caso.

Enfermeras heroicas. Tras ser juzgada por un tribunal militar, las estrictas leyes de guerra germana la acusaron de traidora –que no de espía– y la condenaron a morir fusilada. Varias naciones no beligerantes, entre ellas España, que se mostró particularmente activa en este caso, trataron de impedir la sentencia desde las esferas diplomáticas, pero a pesar del revuelo internacional los alemanes se atuvieron estrictamente a sus normas y la ejecutaron el 12 de octubre de 1915. Fue un tremendo error de propaganda que más tarde lamentarían. Hoy hay en el mundo docenas de calles, colegios, escuelas de enfermería y monumentos que honran su memoria. El que se construyó en Londres incluye las palabras que Cavell pronunció la víspera de su ejecución: "*Con el patriotismo no basta. Además hay que desprenderse de la amargura y del odio hacia los otros*".

Edith Cavell fue un paradigma del heroísmo que las enfermeras de guerra desplegaron en todos los países beligerantes. Ellas eran quienes cuidaban a los gaseados, a los mutilados y a los enloquecidos por la situación ▶

FECHAS

12/octubre
1915
Tras ser detenida por los alemanes y juzgada por un tribunal militar a causa de su incansable actividad para ayudar a escapar a soldados aliados, la enfermera británica Edith Cavell es fusilada, pese a las protestas.

28/mayo
1918
Se detecta en Fort Riley, Kansas (EE. UU.) el primer caso de la mal llamada *gripe española*, una de las peores pandemias conocidas, que llevó a muchas mujeres a trabajar en hospitales de campaña para atajarla.

El drama no fue igual para todos

La población mundial no padeció la Gran Guerra de una manera homogénea. Nada tuvo que ver el modo en que la vivieron los habitantes de San Francisco y los de San Petersburgo, por ejemplo. Para los norteamericanos, que se incorporaron a la contienda en 1917, la guerra duró apenas un año y la vida en las ciudades mejoró en vez de empeorar, debido al incremento de la actividad industrial que exigía el conflicto. Nunca se escuchó un cañonazo enemigo en territorio estadounidense, y el trabajo femenino jamás llegó ser imprescindible para sostener el esfuerzo bélico. Por el contrario, la guerra en Rusia se prolongó nada menos que ocho años, ya que a la conflagración mundial siguió la revolución bolchevique que desencadenó una guerra civil en la que se luchó ferozmente hasta 1922 y que sumó otros nueve millones de víctimas entre militares y civiles. Durante esos largos años, la población sufrió todas las calamidades imaginables, las mujeres trabajaron como bestias de carga y la subsistencia en las ciudades alcanzó niveles de pesadilla que sólo volverían a reproducirse, e incluso a superarse, veinte años después con la nueva invasión alemana de 1942. Verdaderamente, ningún pueblo en el mundo sufrió el siglo XX con la intensidad y el dolor con que lo hicieron los rusos.



Después del ruso, el pueblo alemán fue el que pasó más penalidades en la Gran Guerra y también al concluir ésta (cola de racionamiento, Berlín, 1919).

PERSONAJE



René Viviani (1862-1925), Primer Ministro de Francia al principio de la guerra, lanzó una proclama exhortando a las mujeres francesas a reemplazar a los hombres en sus trabajos.

Mucho coraje. Hacía falta para fabricar bombas (debajo, trabajadoras de la industria armamentística británica en Nottinghamshire, 1917) o manejar TNT: este explosivo teñía la piel y el cabello de amarillo y dejó estériles a miles de mujeres.

▶ en las trincheras. Y lo hicieron a menudo con riesgo de su vida, debido a su obligada permanencia cerca de los frentes. Los obuses cayeron más de una vez sobre los hospitales de campaña, convirtiendo en tragedia el drama cotidiano que en ellos se vivía.

Un salario imprescindible. Pero la enfermería no fue más que otro de los campos de batalla donde las mujeres se hicieron fuertes. Hacia 1916, casi todas las ambulancias eran conducidas por mujeres, así como los tranvías, los camiones urbanos y las operaciones telefónicas. Es difícil imaginar la vida rutinaria y agotadora de una conductora de tranvía con el marido en el frente y los hijos, padres y suegros a su cargo. Pero en muchos casos no era solamente la firmeza y el heroísmo lo que las empujaba a colaborar, sino el salario, que por muy bajo que fuese ayudaba a mejorar las penosas condiciones de la vida familiar.

Las industrias civiles, reconvertidas en factorías de guerra, absorbieron una gran cantidad de mano de obra femenina, sobre todo en los países aliados occidentales, donde las trabajadoras llegaron a producir el 40% de los suministros bélicos. Aquellas manos que hasta entonces habían sido blancas y delicadas se encallecieron produciendo cientos de millones de obuses y proyectiles, millares de automóviles y camiones y toda clase de implementos bélicos, desde cascos a cartucheras. Sin embargo, en las potencias orientales las mujeres se emplearon mayoritariamente en labores agrícolas: el trabajo no era menos pesado, pero las condiciones de vida eran preferibles porque en el campo, por regla general, se eludía el hambre que reinaba en las ciudades.



GETTY IMAGES / ROGER VIOLLET

No se retire… Las incipientes redes telefónicas hallaron un filón en la incorporación de la mujer al mundo laboral: se crearon miles de puestos de operadora (aquí, Londres, 1916).

Noticias del frente. El agotador trabajo de guerra era una vía para escapar de una vida deprimente que no cesaba de endurecerse. Aunque la propaganda de los noticiarios las presentaba como entusiastas patriotas que trabajaban una media de diez horas diarias, muchas de ellas se habían visto empujadas a aceptar aquel empleo por pura necesidad económica. El trabajo era sucio, extenuante y peligroso, sobre todo para las que manejaban el explosivo estrella de la época, el trinitrotolueno o TNT, a quienes en Inglaterra llamaban *canarias*, ya que esta sustancia teñía de amarillo el cabello y la piel; pero, además, actuaba como un lento veneno interior que afectaba al sistema reproductivo, y la mitad de ellas quedaron estériles después de la guerra.

Sus únicos momentos de alegría eran los de la llegada de correspondencia desde el frente. Por supuesto, el correo era celosamente censurado, pero entre las infinitas tachaduras quedaba lo suficiente para seguir alimentando la esperanza de un futuro reencuentro. Lo normal era que los soldados dijeran encontrarse estupendamente, casi en el mejor de los mundos, para mitigar la preocupación de sus familias. Ellas sabían que las engañaban, pero aquellos trazos garabateados les hacían olvidar todo lo demás. Él estaba vivo, era su letra, y eso bastaba para avivar la resistencia. Por el contrario, cuando las cartas se interrumpían por algún motivo, cada día de espera resultaba más angustioso que el anterior. Incluso se produjeron suicidios como consecuencia de extravíos de correspondencia.

Aunque las verdaderas cifras de bajas se ocultaban a la población, era imposible negarlas. El primer día que los británicos lucharon en la batalla del Somme perdieron 20.000 hombres en unas pocas horas, barridos por las ametralladoras alemanas. Si tenemos en cuenta que muchos de ellos estaban agrupados por poblaciones y comarcas de origen, hay que imaginar el pánico con el que una mujer veía llegar la fatal noticia a sus vecinas y amigas, temiendo ser la próxi-



GETTY IMAGES

La voz y el voto de las mujeres

Antes de la Gran Guerra, el sufragio femenino sólo existía en Australia, Nueva Zelanda, Noruega y Finlandia. La Rusia revolucionaria lo adoptó en 1917, así como Canadá, Uruguay, los Países Bálticos y Polonia. Fue al concluir la contienda cuando se produjo en el mundo una oleada de reconocimiento de las mujeres como individuos políticos completos. El nuevo estado alemán –la República de Weimar– aceptó el voto de las mujeres nada más terminarse el conflicto, así como el Reino Unido, el Benelux, Irlanda y Hungría. Dos años después, abrieron sus urnas Estados Unidos, Suecia y Checoslovaquia, dando paso a un lento pero imparable goteo al que se incorporaron en 1931 la República española, Brasil, Portugal, Chile, Cuba, Filipinas e Indonesia. Curiosamente, a pesar del reconocimiento oficial a su contribución durante la contienda, las mujeres francesas sólo fueron aceptadas como votantes en 1944, en plena Segunda Guerra Mundial, por un decreto del general De Gaulle. Y las italianas aún tuvieron que esperar a 1945 para acercarse a las urnas, después de que terminara este segundo conflicto global.

GETTY IMAGES



En Reino Unido, el derecho de las mujeres al sufragio llegó en 1919, pero antes ya habían conquistado el derecho de huelga (trabajadoras realizando un paro en Millwall, 1914).

ma en recibirla cada vez que alguien se acercaba a su puerta.

El duro camino de la igualdad. Por si había poco dolor en las ciudades, llegó el arma aérea para bombardearlas indiscriminadamente por primera vez. Los zepelines alemanes fueron los heraldos del pánico: atacaron Norfolk en enero de 1915 y Londres en mayo. Los ingleses contraatacaron y los ciudadanos de toda Europa sintieron pronto que no importaba lo lejos que estuviera el frente: la guerra podía llegar ahora desde el cielo. En 1917, los alemanes construyeron sus bombarderos Gotha, que podían cargar bombas de 300 kg capaces de destruir media manzana de casas. Esta amenaza hizo que se incrementara y mejorase la eficacia del fuego antiaéreo, así que los bombardeos pasaron a ser nocturnos, lo que todavía intimidaba más a la población civil.

En los países aliados occidentales, las mujeres fabricaron hasta un 40% de los suministros bélicos

A esas alturas de la guerra, todo comenzó a cambiar. Los Estados Unidos entraron en el conflicto y en Rusia se desencadenó la revolución bolchevique. El mundo estaba tan revuelto que cualquier cosa podía ocurrir, pero no había que pensar en el futuro: para las grandes ciudades que llevaban más de tres años sufriendo, el presente era peor que nunca. La miseria seguía avanzando; en Alemania apareció la hambruna y, para que no faltase ninguno de los cuatro jinetes, a la guerra, la muerte y el hambre se unió la peste. La epidemia de gripe de 1918 fue una de las peores pandemias que conoció la humanidad. Se la llamó *española* porque en España no había censura militar y se publicaban los alarmantes datos que en los países en guerra se ocultaban, pero está demostrado que no surgió aquí. La actividad bélica y las concentraciones humanas multiplicaron los contagios hasta niveles inconcebibles. Durante su fase crítica, moría en el mundo un millón de personas a la semana. Además, por supuesto, de los que mataba la guerra.

De pronto, el horror terminó tal y como había empezado y la vida siguió su curso, pero éste había cambiado y el paisaje ya no era igual: las mujeres habían conquistado el respeto de los hombres y la dignidad social. El futuro empezó con el abandono del corsé y los sombreritos, con el cabello corto, con el arrumbamiento de la gazmoñería y de las ideas preconcebidas en torno al *sexo débil* que, después de la violenta gimnasia a que la Gran Guerra lo había sometido, estaba listo para luchar por sus derechos. El sufragio femenino era ya impostergable, y con él se inauguraría el largo sendero de la aceptación política de la mitad del género humano. ▪



Enemigo invisible. La *gripe española* sumó muchos muertos a los de la guerra. En la foto, policías de Seattle se protegen con mascarillas del contagio de esta epidemia (1918).

VÍDEO

bit.ly/1g4VG92
En este enlace se puede ver una filmación del funeral de Estado de la enfermera Edith Cavell, ejecutada en 1915 por los alemanes.



LIBRO

Mujeres al frente. Testimonios de la Gran Guerra, *VV. AA.* Huerga y Fierro, 2012. Antología de textos (memorias, relatos, prosa poética) de mujeres que estuvieron en los frentes de la I Guerra Mundial.





UN ESCRITOR Y UN PINTOR EN EL FRENTE OCCIDENTAL

Artistas en las trincheras

Los alemanes Ernst Jünger y Otto Dix sufrieron los rigores de la guerra del 14 como soldados. Ambos dieron cuenta del horror vivido; el primero, en sus libros y, el segundo, en sus cuadros. Lo recordamos siguiendo el vigoroso relato de Jünger.

Por **Fernando Cohnen**, periodista





GETTY IMAGES

La guerra. Ese es el título, sin más, de esta obra maestra de Dix, pintada entre 1929 y 1932: un tríptico de muerte y desolación para los que empezaban a olvidar los horrores del 14, en palabras del pintor. Hitler la requisó y la prohibió.



En 1914, los jóvenes de Europa abandonaron las universidades, las fábricas y los talleres para recibir en pocas semanas instrucción militar. La idea de una guerra heroica la sentían como una borrachera alegre y vivificante. "Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre", recuerda Ernst Jünger en *Tempestades de acero*, donde el escritor alemán rememora su experiencia en las trincheras del frente occidental. A él y a muchos de sus compañeros, la contienda bélica les parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado en las praderas europeas.

Pronto iban a cambiar de parecer. Tras un fuerte bombardeo que sufrió el pueblo al que fue destinado, Jünger vio a varios soldados que llevaban unos bultos negros envueltos en lonas ▶

GETTY IMAGES







Al abrigo. En las trincheras alemanas (arriba) se levantaban auténticas habitaciones para guarecerse de las inclemencias; las francesas (dcha.), más rudimentarias, se inundaban sin cesar. Eso sí, en todas reinaban ratas, pulgas y piojos.

▶ de tiendas de campaña. Los ojos del joven escritor se quedaron fijos en una figura humana cubierta de sangre que no dejaba de lanzar alaridos y de cuyo cuerpo pendía una pierna doblada de un modo extraño. Aquella visión y el cercano estruendo de la artillería enemiga enfriaron su entusiasmo guerrero. Los jóvenes franceses, belgas e ingleses sintieron la misma decepción. La guerra no era como ellos habían imaginado.

El servicio en las trincheras resultaba agotador. La vida comenzaba al anochecer: desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana siguiente, los soldados apenas podían dormir dos horas. Algunas noches no pegaban ojo. Si llovía, la guardia nocturna resultaba atroz por la humedad y el barro. A los pocos días, tras permanecer en las trincheras totalmente empapados, los soldados empezaban a notar dolores en las articulaciones. "Y todo ello en medio de una completa oscuridad, si es que a los *franchutes* no les daba por disparar proyectiles luminosos", escribe Jünger.

En una de las numerosas escaramuzas que vivió durante la guerra, el escritor se encontró con el cuerpo de un soldado francés apoyado en un árbol. Estaba muerto. "Alrededor yacían docenas de cadáveres putrefactos, calcificados, resecos como momias, petrificados en una siniestra danza macabra". Los franceses tuvieron que aguantar meses enteros junto a sus camaradas caídos, sin poder enterrarlos. Luego serían los alemanes los que tendrían que dejar insepultos los cuerpos de sus compañeros. Por todas partes aparecían esqueletos o restos momificados, con las cuencas de los ojos vacías y con escasos mechones de pelo en el cráneo.

El espanto cotidiano. Los soldados que defendían la primera línea de fuego eran relevados regularmente y enviados a la retaguardia para que se recuperaran de la fatiga, el miedo y el fragor de los bombardeos. Tras unos días de descanso, volvían a las trincheras. Allí les esperaban los piojos, las ratas, el terror de los francotiradores y el vomitivo rancho de todos los días. Los que lucharon en el frente francés y belga soportaron aquella rutina durante cuatro largos años. A veces, los trasladaban a otro sector del frente, pero el resultado era el mismo: nuevas trincheras, más barro, más muertes, granadas, ratas, fuego de ametralladora y sobre todo miedo. Mucho miedo.

Los jóvenes partían a la guerra como a una práctica de tiro y se topaban con un horror indescriptible

El 24 de marzo de 1915, Jünger y sus compañeros de armas fueron transportados en tren a la zona de Bruselas, donde los agruparon con los Regimientos 76 y 174 para formar la 111ª División de Infantería. Su batallón fue acantonado en un pueblo de Flandes llamado Hérinnes, en donde Jünger cumplió veinte años. Un mes después, su regimiento efectuó un asalto en una zona cercana a la Grande Tranchée y él fue herido en el muslo. Tras ser trasladado al puesto de socorro, lo condujeron en tren a Heidelberg (Alemania). Sus heridas se curaron en dos semanas.

En septiembre de 1915, Jünger viajó a la ciudad de Douchy, situada en el ondulado terreno de Artois, donde se encontraba acuartelado su regimiento. Llegó justo cuando se hallaba en su apogeo la ofensiva francesa de otoño. En aquel sector del frente, las trincheras eran mucho más sólidas que las que se construyeron al inicio de la guerra; su profundidad era de dos o tres veces la altura de un hombre. Si querían echar un vistazo al terreno, los soldados se subían a los llamados *peldaños de centinela*. Los tiradores se situaban en el apostadero, una especie de nicho defendido con sacos terreros o planchas de acero que disponía de diminutas aspilleras para disparar.

Arriba, delante de las defensas, se colocaba la alambrada de espino pa-

LIBRO

Tempestades de acero, *E. Jünger.* Tusquets, 2013. La edición más reciente en castellano de esta obra ya clásica, una novela que parte del diario escrito en pleno frente por el entonces joven teniente.





CORBIS

ra dificultar los ataques sorpresa del enemigo. Las trincheras se trazaban en forma de meandros para evitar disparos provenientes de los flancos. Los soldados podían dormir en los denominados abrigos, que en el caso de las trincheras alemanas eran auténticas habitaciones con un techo de vigas y una cubierta de tierra que conseguía amortiguar los impactos de proyectiles ligeros; cuando estos eran de proyectiles de grueso calibre, el abrigo se derrumbaba y enterraba a los hombres que se habían refugiado en él.

Dix y Jünger, cerca pero separados. En aquellas ratoneras, los soldados no sólo trataban de sobrevivir al fuego enemigo, sino también a la tediosa rutina diaria. "La jornada en la trinchera se inicia en el momento en que comienza a oscurecer. A las siete de la tarde, un hombre de mi pelotón me despierta de la siesta, que he dormido en previsión de las guardias nocturnas. En voz baja –recuerda Jünger–, los soldados se pasan el santo y seña. Entretanto se ha hecho ya de noche y los primeros proyectiles luminosos ascienden plateados hacia el cielo".

En aquellos violentos días de octubre de 1915, Jünger anotó en su diario el efecto de un tiroteo en la trinchera. "Durante la mañana, el centinela del flanco izquierdo ha sido herido por un balazo que le ha atravesado las dos mejillas. La sangre salía a borbotones de la herida en gruesos chorros". El alférez Von Ewald, que había ido de visita esa mañana, recibió un tiro en la nuca, muriendo en el acto. "En el apostadero quedaron grandes trozos de hueso de su cráneo".

En los primeros meses de guerra, el pintor alemán Otto Dix combatió en Flandes, muy cerca de donde luchaba Jünger. Atrapado en el fondo de una trinchera, Dix trató de representar en sus dibujos el miedo del soldado, el terror del herido que sabía que había llegado su hora y el profundo agotamiento del hombre entre bombas, cadáveres y fuegos fatuos. Mientras Jünger plasmaba el horror en sus cuadernos de guerra, Dix hacía lo propio con sus pinceles. No llegaron a coincidir en las trincheras del frente occidental. Más tarde, Dix fue enviado a luchar al frente ruso y Jünger permaneció en el occidental, donde sufrió los combates más duros del sector.

El Somme: ni un minuto tranquilo. En julio de 1916 comenzó la batalla del Somme, una de las más sangrientas de la guerra. Las tropas francesas y británicas intentaron romper las líneas alemanas en un frente de 40 kilómetros al sur del río Somme, en el norte de Francia; el objetivo era distraer a los alemanes de su ofensiva en Verdún. Durante aquellos días, los alemanes no llegarían a tener un solo minuto de sueño tranquilo. Los bombardeos eran tan atronadores que muchos soldados sufrieron ataques de pánico.

"Acababa de quitarme las botas cuando oí que nuestra artillería abría fuego con extraña intensidad desde la linde del bosque. Al mismo tiempo apareció en la boca de la galería mi ordenanza, Paulicke, que me gritó: "¡Ataque de gas!" Jünger salió del abrigo y subió a un apostadero, desde el cual vio una gigantesca nube formada por espesos vapores blancuzcos que estaba suspendida sobre la localidad de Monchy.

El 28 de julio se puso de acuerdo con otro compañero para realizar una patrulla en tierra de nadie. Se desplazaron a rastras hasta la alambrada enemiga. "Estas breves incursiones, en las que era preciso saber dominarse bien, constituían un buen medio para templar el valor y romper la monotonía de la existencia en la trinchera". El 12 de agosto se pudo ir a casa de permiso, pero cuando apenas había comenzado

El escritor: Ernst Jünger

Nació en Heidelberg el 29 de marzo de 1895. Tras pasar por el movimiento juvenil *Wandervögel* y luchar en 1913 en la Legión Extranjera francesa, se alistó como voluntario al poco de estallar la guerra del 14 y se incorporó al 73 Regimiento Hannover, en el que combatió con bravura, siendo herido en numerosas ocasiones. Se recobró y fue ascendido a teniente. Tras la batalla del Somme, Jünger logró la Cruz de Hierro y fue transferido a la División de Inteligencia. En 1917 volvió al frente en Cambrai, donde fue herido de nuevo cuando encabezaba un ataque a las trincheras francesas; en su morral llevaba algunas obras de Schopenhauer y Nietzsche. *Tempestades de acero*, el libro en el que relató sus experiencias bélicas, fue muy popular años después entre la juventud alemana, que esperaba una revancha a la afrenta del Tratado de Versalles, y también entre los miembros del Partido Nazi. Jünger coqueteó con el nazismo, pero acabó repudiándolo por su antisemitismo. No obstante, en 1939 volvió a coger el fusil para servir a la Wehrmacht. En París formó parte de un círculo de oficiales conspiradores antinazis y participó en veladas culturales en las que trabó contacto con gentes de distinto pelaje ideológico: Picasso, Cocteau, Drieu La Rochelle, Céline... Sobrevivió a las dos grandes guerras mundiales y vivió casi 103 años, llegando lúcido y vital hasta el mismo día de su muerte, acaecida el 17 de febrero de 1998. Confiaba en que los horrores de la guerra encaminarían al género humano hacia un orden social y político más justo y consideraba que escribir exige una reflexión más profunda que la que se necesita para conducir regimientos. Entre otros libros, Jünger escribió sus diarios de la II Guerra Mundial y *La emboscadura*, una de sus obras más interesantes.



ALBUM

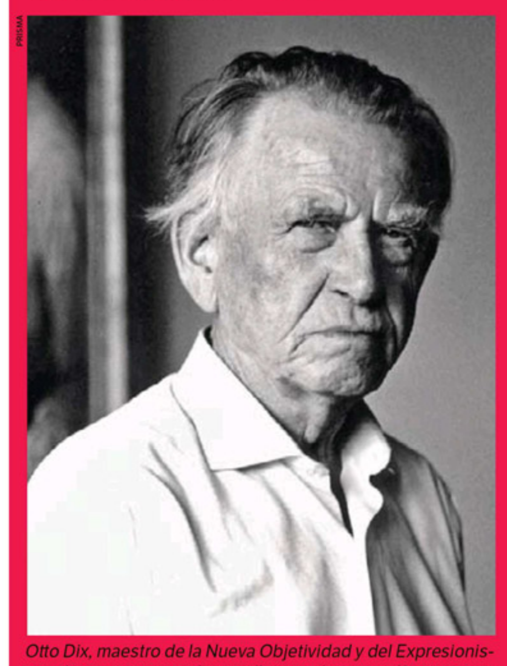
Jünger no fue del Partido Nazi, aunque simpatizaba con el nacionalismo. Aquí, con el uniforme de la Wehrmacht en 1939.

El pintor: Otto Dix

Al estallar la guerra, Otto Dix se alistó como voluntario y combatió en Flandes, Polonia, Rusia y Francia, donde dibujó el horror que vivió en las trincheras. Había nacido el 2 de diciembre de 1891 en Gera (Alemania), hijo de un herrero. Tras finalizar el conflicto bélico, quedó traumatizado por lo que había visto en los campos de batalla. En aquellos años plasmó en los lienzos que pintaba las consecuencias de la guerra moderna.

En 1915 realizó *Autorretrato como Marte*, en el que se pintó como el dios romano de la guerra, con un rostro hecho jirones alrededor del cual giran las explosiones, las ruinas de edificios y las cruces de tumbas junto a las trincheras. En otros cuadros célebres, como el tríptico *La guerra*, que abre este artículo, la serie *Trincheras* o *Flandes*, representó el miedo del soldado, su infinito agotamiento y su sacrificio en el campo de batalla. En una entrevista que concedió en 1963, Dix declaró que "la guerra es algo repulsivo y embrutecedor: hambre, piojos, fango y esos ruidos enloquecedores". En 1933, los nazis lo apartaron de la Academia de Bellas Artes al considerarlo un *pintor degenerado*, cuya obra apelaba al antimilitarismo y la desmoralización del pueblo alemán. Le requisaron sus cuadros y algunos fueron quemados. En 1945, cuando el Tercer Reich estaba al borde del abismo y Dix tenía ya 53 años, fue reclutado por la fuerza en las filas del Volkssturm (milicia popular fundada en 1944 para apoyar al mermado ejército alemán) y enviado al frente. Resultó capturado y lo internaron en un campo de prisioneros francés, cuyo comandante le autorizó a pintar escenas relacionadas con su cautiverio. Liberado al fin en 1946, siguió pintando hasta su muerte (25 de julio de 1969) y obtuvo un gran reconocimiento mundial.

PRISMA



Otto Dix, maestro de la Nueva Objetividad y del Expresionismo alemanes, en una fotografía tomada en sus últimos años.

▸ a disfrutar de la vida hogareña llegó un telegrama para que se incorporara de inmediato a su regimiento. "Mientras me marchaba hacia la estación, me cruce con tres muchachas que estaban dando un paseo; iban vestidas con ropas de color claro y llevaban bajo el brazo sus raquetas de tenis. Un radiante saludo con que la vida me despedía y del que seguí acordándome largo tiempo en el frente".

Un solo estruendo monstruoso. Los camiones transportaron a los soldados alemanes a la aldea de Guillemont, punto álgido de la batalla del Somme. Allí, el batallón preparó el equipo de asalto. Frente a ellos tronaba la artillería, mientras los proyectiles elevaban gigantescas columnas de tierra frente a las trincheras. Millares de relámpagos y continuos fogonazos envolvían el aire en un mar de fuego. Jünger debía guiar a su sección hasta el pueblo de Combles. Todos los días atacaba el enemigo y el que caía en el suelo allí se quedaba. Nadie podía prestar ayuda.

El pueblo se encontraba totalmente en ruinas, de las que salía un olor dulzón a cadáver. El ataque artillero cogió por sorpresa a sus habitantes. "Muchos de ellos habían muerto sepultados entre los escombros de sus hogares. Ante el umbral de uno de los edificios yacía una niña, extendida en un charco rojo", apunta el escritor en sus memorias de guerra. Entre las nueve y las diez de la noche, el fuego adquirió tal intensidad que la sensación que tenían los alemanes era la de un solo estruendo monstruoso.

Una hora después, el bombardeo cesó, momento en que Jünger y sus compañeros iniciaron de nuevo el camino para alcanzar la primera línea de combate, donde los hombres a los que iban a relevar se protegían en agujeros cavados en el suelo. Sus cuerpos cobraron vida cuando comprendieron que iban a abandonar aquel infierno. Por el contrario, Jünger y sus angustiados hombres se cobijaron de mala gana en los agujeros que abandonaban sus compañeros.

Al amanecer, los nuevos defensores del sector descubrieron que de los taludes salían brazos, piernas y cabezas; miembros arrancados por la violencia de las explosiones. A un lado se encontraban los restos de soldados alemanes, al otro lado se pudrían los cadáveres de los ingleses. Con la luz de la mañana, un avión enemigo sobrevoló sus cabezas. Al poco tiempo, una batería británica comenzó a bombardearles con saña. Por la noche, un huracán de fuego cayó sobre la posición alemana. El día transcurrió con un continuo bombardeo.

De madrugada, llegaron los hombres del relevo. "Hicimos entrega de lo que se podía entregar y dejamos a nuestras espaldas lo más rápidamente posible aquel lugar del diablo". Pero tres días más tarde volvieron a Combles y Jünger fue herido en la pierna. "Un típico balazo de permiso en casa, ni demasiado leve ni demasiado grave". Le trasladaron a un hospital de campaña en San Quintín y luego a Gera. Estuvo dos semanas en el hospital y otras dos de permiso en su casa. Una vez restablecido, el escritor volvió a la pesadilla del Somme, en donde un soldado invisible le disparó a las piernas.

Entierro del fusilero Stokes. Fue ingresado en el hospital de guerra de Valenciennes. "Todas las calamidades de la guerra se concentraban en la amplia sala de operaciones de aquel hospital (...). Aquí se amputaba un miembro, allá se trepanaba un cráneo o se desprendía un vendaje que se había adherido al cuerpo. Quejidos y gritos de dolor cruzaban resonantes el espacio, inundado por la luz implacablemente, mientras enfermeras vestidas de blanco iban presurosas y atareadas de mesa en mesa llevando instrumentos

ALBUM



o vendas". Catorce días después, tan pronto tuvo medio cerradas las heridas, se reincorporó a su unidad.

El 5 de marzo de 1917, en un sector del Somme, una patrulla británica comenzó a cortar las alambradas de las trincheras alemanas. Jünger acudió con unos cuantos hombres a repeler el ataque. El enemigo emprendió la huida, pero uno de ellos, un alférez joven, murió en la refriega. Por los documentos que portaba, los alemanes supieron que se llamaba Stokes y que pertenecía al 2º Regimiento de fusileros Royal Munster. "En su agenda pude leer un gran número de direcciones de chicas de Londres; esto me conmovió. Lo enterramos detrás de nuestra trinchera y le pusimos una cruz sencilla, en la que hice inscribir su nombre con tachuelas clavadas".

Ocho días después, al escritor le encargaron defender con una patrulla el sector hasta que el resto del regimiento se hubiera replegado a la otra orilla del río Somme. Jünger y sus hombres fueron los últimos en abandonar la línea de batalla. Aquel servicio le valió catorce días de permiso. El 30 de mayo volvió al frente. Tras meses de dura batalla en suelo francés, regresó con sus hombres a Flandes, donde encontró los primeros casos de insubordinación y hastío en el ejército del Káiser.

El estado de alarma constante y los frecuentes bombardeos hicieron mella en los hombres, pese a lo cual el Estado Mayor alemán ordenó la contraofensiva a primeros de diciembre. Como en otras ocasiones, el ataque comenzó con el lanzamiento de enormes ráfagas de proyectiles. Un avión alemán incendió con sus disparos un globo de observación inglés, del que saltaron algunos soldados en paracaídas. "El avión los tiroteó con proyectiles trazadores, otro indicio de que la guerra se volvía cada vez más implacable", escribe Jünger.



Por los servicios prestados. Jünger recibió varias condecoraciones por su valor (entre ellas la Cruz de Hierro, izda.), demostrado en acciones como la destrucción del pueblo francés de Combles el 29 de septiembre de 1916 (en la imagen).

Los bombardeos en el Somme eran tan continuos y de tal intensidad, que parecían una única explosión inacabable



Un mar de sangre y barro. Este *gouache* de Otto Dix, de 1918, pertenece a la serie *Trincheras*, en la que el genio alemán pintó lo que veía: la "repulsiva guerra".

Catorce proyectiles, veinte cicatrices. En aquella ofensiva se utilizó todo tipo de armamento. "La lucha con granadas de mano se parece a la esgrima de florete; es preciso dar saltos como en el *ballet*. De los combates entre dos personas es éste el más mortífero de todos, pues sólo termina cuando uno de los dos adversarios vuela por los aires". Por aquellas fechas, Jünger recibió la cruz de Caballero de la Orden de la Casa de Hohenzollern. Meses antes, le habían concedido la Cruz de Hierro.

Volvió a ser herido por una bala que le traspasó el pecho. En el hospital, el escritor tuvo noticia de que la ofensiva había fracasado. A partir de aquel momento, Jünger pensó que Alemania podía perder la guerra. El 4 de junio de 1918 se reincorporó a su regimiento, al mando de su vieja compañía. Según pasaban las semanas, el enemigo exhibía armas cada vez más poderosas; sus golpes eran más mortíferos y sus filas crecieron con hombres que venían de Nueva Zelanda, Australia y Estados Unidos.

En otro desesperado ataque lanzado por el Estado Mayor alemán, Jünger volvió a ser herido. "Aunque parezca extraño, fue aquel uno de los poquísimos instantes de los que puedo decir que han sido felices de verdad. En él capté la estructura interna de la vida, como si un relámpago la iluminase". En el hospital, el escritor pasó el tiempo haciendo recuento de sus heridas: en total, su cuerpo había recibido al menos catorce proyectiles, que le dejaron veinte cicatrices. El 22 de septiembre de 1918 recibió del general Von Busse el siguiente telegrama: "Su Majestad el Emperador le ha concedido la orden *Pour le Mérite*. Le felicito en nombre de toda la División".

Dos semanas después, Alemania envió a Estados Unidos la petición de un armisticio; el Estado Mayor sabía que el país estaba al límite de sus fuerzas. El 9 de noviembre, el régimen imperial se derrumbó y en Berlín estalló un motín revolucionario. Poco después, desde el balcón del Reichstag, se proclamó la República. El Káiser huyó a Holanda y Alemania tuvo que soportar las humillantes condiciones que imponía el Tratado de Versalles. La muerte de cientos de miles de jóvenes alemanes no sirvió de nada. ▪

LIBRO

Años de vértigo, *Philipp Blom.* Anagrama, 2013. Subtitulado *Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, traza una soberbia retrospectiva histórica de los hitos en la ciencia y el arte, así como en la vida cotidiana, en los 15 años previos a la conflagración.



La letra pequeña de la Gran Guerra

La conflagración que estalló en Europa en 1914 y se extendió por el mundo entre ese año y 1918 generó millones de dramas humanos, pero también innumerables episodios y datos curiosos que ofrecen un contrapunto a tan terrible y encarnizado conflicto.

Por **Jesús Hernández**, historiador y periodista. Ilustraciones: **Manuel Barbero**

AL FRENTE EN TAXI Y BUS

Aunque la guerra duró más de cuatro años, bien pudo haber acabado en apenas un mes, cuando las tropas alemanas, tras su avance por Bélgica y el norte de Francia, amenazaron con tomar París. El 6 de septiembre de 1914, las tropas germanas aguardaban a orillas del río Marne dispuestas a lanzar el ataque contra la capital, pero el general francés Galliene advirtió un hueco de unos cincuenta kilómetros en las líneas enemigas. El general decidió lanzar allí un rápido ataque en forma de cuña, aunque el ejército francés no contaba con camiones ni trenes para trasladar a las tropas; desesperado, el general espetó a sus colaboradores: "¡Pues que vayan en taxi!". La ocurrencia acabó convirtiéndose en una orden. Esa misma noche comenzó la caza del taxi por las calles de París; los gendarmes los detenían y hacían bajar a los clientes, enviando a los taxistas a la explanada de los Inválidos. De inmediato comenzó el traslado de tropas al frente. Aunque la aportación de los taxistas no resultó decisiva en términos numéricos, proporcionaría un potente estímulo moral: los alemanes acabaron teniendo que suspender el avance sobre París.

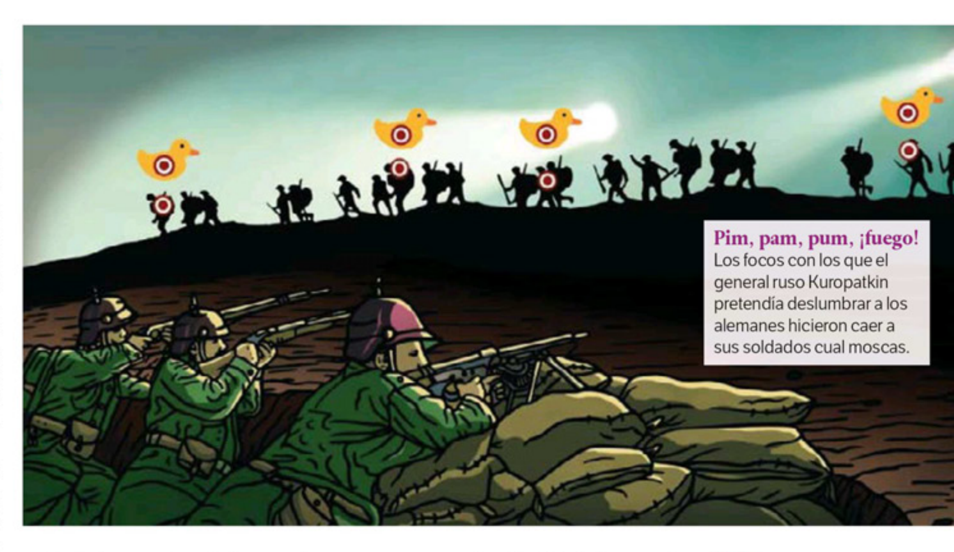
Si bien esa acción fue insólita, los británicos habían recurrido también al transporte público para el traslado de tropas. Así, ante la escasez de vehículos para llevar a los soldados desplegados en el continente, se recurrió a los autobuses urbanos de Londres, que fueron embarcados rumbo a Francia para cumplir con este cometido. Una vez llegados al puerto belga de Ostende, los soldados británicos se quedaban sorprendidos al ver que los esperaban los típicos autobuses londinenses de dos pisos, que aún mostraban los letreros que indicaban su recorrido, como Piccadilly o Trafalgar Square.

Al Marne, por favor. Así desplazó el general Galliene a sus tropas desde París hasta el frente: requisando y utilizando todos los taxis de la capital.

UNA BARRACA DE TIRO

Mientras eso sucedía en el frente occidental, en el oriental un ruso creyó haber dado con un sistema infalible para asaltar las trincheras alemanas. El general Kuropatkin (exministro de la Guerra) ordenó que se colocaran cientos de potentes focos en las líneas propias, en dirección al enemigo. Según su plan, cuando llegase la oscuridad de la noche, los soldados rusos podrían atacar a los alemanes protegidos por los focos con los que pretendía deslumbrar a los rivales.

Pero el plan no salió exactamente como había previsto el general ruso. Para su sorpresa comprobó cómo sus hombres, aunque avanzaban teniendo detrás la cegadora luz de los focos, caían como moscas bajo los disparos de los soldados germanos, que no tenían ninguna dificultad para abatirlos. En total, esa noche murieron unos 8.000 soldados rusos. Más tarde, el incompetente militar descubrió el motivo del fracaso: la luz no sólo no deslumbraba al enemigo, sino que marcaba con exactitud la silueta de los soldados rusos, con lo que apuntarles se convertía en un juego de niños para los tiradores del bando contrario.



Pim, pam, pum, ¡fuego! Los focos con los que el general ruso Kuropatkin pretendía deslumbrar a los alemanes hicieron caer a sus soldados cual moscas.

ENEMIGOS ABRAZADOS

Uno de los episodios más inauditos del conflicto fue la célebre tregua de la Navidad de 1914 en el frente occidental. Al amanecer de ese día, de forma espontánea, soldados de ambos bandos salieron a tierra de nadie para abrazarse, compartir tabaco y chocolate y mostrarse mutuamente sus fotos familiares. Incluso llegó a disputarse un multitudinario partido de fútbol en el que participó un centenar de hombres. Pero esa tregua navideña sembró la alarma en los respectivos cuarteles generales y se tomaron drásticas medidas para que un hecho así no se volviera a repetir.

Aun así, durante la guerra seguirían produciéndose casos de confraternización entre los enemigos que estaban en una y otra trinchera; el paso de los días compartiendo el frío, la lluvia, el hambre o los piojos acababa por convertir a los rivales en compañeros. Así, en la Navidad de 1915, un soldado británico cortó el pelo a un alemán a cambio de unos cigarrillos. En otra ocasión, mientras unos soldados alemanes comían en su trinchera, un soldado francés les gritó si podía ir a comer con ellos; los germanos, siguiéndole la broma, le dijeron que estaba invitado y, para su asombro, el soldado galo se presentó a almorzar. El cocinero alemán le sirvió y de este modo se inició un insólito almuerzo de hermandad que se repetiría durante varios días. A partir de entonces, el francés se presentaba puntualmente a la hora de la comida, hasta que un día un oficial alemán prohibió que aquel soldado volviera a acercarse a la trinchera.

Otro ejemplo de la solidaridad espontánea que se dio entre los combatientes del frente occidental tuvo como protagonistas a los soldados británicos pertenecientes al Regi- ▶

WEB

papelesdefamilia.mx/node/19 En esta página que se acerca a la Historia a través de diarios, cartas..., los recuerdos de la I Guerra Mundial de un soldado canadiense.




Noche de paz. Espontáneamente, en la Navidad de 1914 los soldados franceses y alemanes se hermanaron, haciendo caso omiso de las órdenes de sus superiores.

CIFRAS

30.000
bajas británicas en la primera hora de ataque (500 por minuto), entre muertos y heridos: ese fue el espeluznante balance del día 1 de julio de 1916 en la ofensiva del Somme.

100.000
millones de balas se fabricaron a lo largo de los más de cuatro años que duró la contienda (cifra que era cuarenta y cinco veces la población mundial de aquel momento).

226.000
millones de marcos de indemnización se le impusieron a Alemania en el Tratado de Versalles de 1919. Luego se redujo la cantidad a *sólo* 132.000 millones. Hitler dejó de pagar en 1933.

▶ miento de Lancashire. En una ocasión, cayó sobre una de sus trincheras una piedra a la que iba atado un mensaje, que alguien había lanzado desde las líneas alemanas. En el papel se les advertía de que estaban obligados a dispararles un obús al día, lo que harían a las seis de la tarde, e incluso les avisarían poco antes con un silbato. Los sorprendidos soldados ingleses comprobaron cómo, en efecto, los alemanes hicieron sonar el silbato antes de las seis y a esa hora un obús cayó sobre sus trincheras. Gracias al aviso de los enemigos, los británicos pudieron ponerse a cubierto y no tuvieron que lamentar ninguna baja.

BROMAS ENTRE SOLDADOS

Entre los pequeños sufrimientos diarios de los soldados se encontraba el producido por el uso de las botas, que solían provocar ampollas y rozaduras. Pero los británicos encontraron un método para ablandar su calzado, un tanto desagradable pero efectivo: llenarlo de orina y dejarlo así toda la noche.

Este truco daba lugar a una ocurrencia que se solía hacer a los reclutas recién llegados. Cuando uno de ellos se quejaba de la dureza y rigidez de sus botas, siempre había un veterano que le recomendaba utilizar un guisante (*pea*, en inglés). Esto provocaba la confusión del recluta, hasta que se le aclaraba que se estaban refiriendo a la acción de orinar (coloquialmente *pee*, que suena igual).

Pero hubo casos en los que no sirvió el truco de la orina, como el de un soldado inglés llamado Beale, alistado en infantería, para el que no encontraron botas de su número al tener los pies muy grandes. Beale tuvo que conformarse con unas botas pequeñas, que le acabaron destrozando los pies. Como su unidad no podía conseguirle unas de su número, a alguien se le ocurrió una solución; para evitarle los sufrimientos ocasionados por ese calzado inadecuado en las largas marchas propias del cuerpo de infantería, lograron que fuera trasladado a una unidad de artillería.

Las incómodas botas no fueron la única sorpresa con la que se encontraron los reclutas británicos. Los jóvenes ingleses procedentes de zonas rurales, acostumbrados a utilizar letrinas en sus lugares de residencia, vieron por primera vez un inodoro al llegar a los cuarteles. Un muchacho creyó que se trataba de un lavadero y se dispuso a lavar sus calcetines en el váter. Los compañeros que ya conocían su finalidad no quisieron sacarle de su error y, entre risas ahogadas, contemplaron cómo el recluta, agachado junto al inodoro, refregaba los calcetines con jabón. Entonces, el joven preguntó cómo se podía obtener más agua, a lo que alguien le indicó que tirase de la cadena. El inocente recluta así lo hizo y los calcetines se fueron rápidamente por el desagüe, entre las carcajadas de sus compañeros.

Aunque los soldados recurrían a las bromas y las chanzas para combatir el aburrimiento, el temor a la muerte persistía. Por ejemplo, los ejemplares de bolsillo de la Biblia se agotaron en Gran Bretaña durante la guerra. Llevadas en unos casos por su fe religiosa y en otras por la superstición, las madres de los soldados que estaban luchando en las trincheras enviaban a sus hijos esos pequeños libros, en la creencia de que servirían para protegerles literalmente de las balas enemigas: según se comentaba, muchos soldados se habían librado de la muerte al colocarse una de esas ligeras Biblias en el bolsillo, resguardando el corazón de los disparos. En realidad, durante toda la guerra, tan sólo se documentaron dos casos en los que un ejemplar de la Biblia detuvo una bala enemiga, salvando la vida a su afortunado poseedor.

CIFRAS MAREANTES

Las magnitudes de la Primera Guerra Mundial superaron todo lo conocido hasta entonces. Incluso hoy día sus cifras nos resultan mareantes. Por ejemplo, durante la contienda llegaron a fabricarse cerca de 100.000 millones de balas, suficientes para matar unas cuarenta y cinco veces a toda la población mundial de aquel momento.

Las cifras de muertos están a tono con ese dispendio en munición. A lo largo del conflicto, cayeron diariamente en combate una media de 5.500 soldados; de promedio, un soldado francés murió cada 96 segundos y uno alemán, cada 72. Muchas de esas muertes se revelarían inútiles: durante la batalla de Passchendaele, entre junio y diciembre de 1917, los británicos apenas avanzaron un promedio de 74 metros diarios, a cambio de cerca de un cuarto de millón de bajas.

Pero la jornada más sangrienta de toda la historia del ejército británico se produjo en el Somme el 1 de julio de 1916: sólo en la primera hora del ataque lanzado ese día se produjeron 30.000 bajas, lo que arrojaría un espeluznante promedio de medio

La tregua navideña de 1914 puso en peligro la continuidad de la guerra: fue abortada de raíz

millar de muertos o heridos por minuto. Un batallón, el 10º West Yorks, fue aniquilado por completo cuando no se había cumplido ni un minuto desde que comenzara su avance, masacrado por las ametralladoras alemanas. Esa jornada negra se saldó con un total de 57.470 bajas británicas. Por su parte, en abril de 1917, los franceses sufrieron casi 100.000 bajas en las primeras dos jornadas de la *ofensiva Nivelle*.

COINCIDENCIAS ASOMBROSAS

En la madrugada del 11 de noviembre de 1918 se firmó el armisticio, que entró en vigor a las once de la mañana del mismo día. De esta manera, la casualidad quiso que la paz llegase a la undécima hora del undécimo día del undécimo mes de 1918.

Es difícil saber quién disparó por última vez un cañón, pero uno de los más firmes candidatos es el entonces capitán de artillería y futuro presidente de Estados Unidos Harry S. Truman, que continuó disparando la batería que tenía a sus órdenes hasta las 10:45 para comprobar el alcance de un nuevo proyectil. Lo que confiere a este hecho un carácter extraordinario es que, casi veintisiete años después, Truman fue también el encargado de realizar los últimos disparos de un nuevo conflicto mundial, al dar la orden de que se efectuaran los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki.

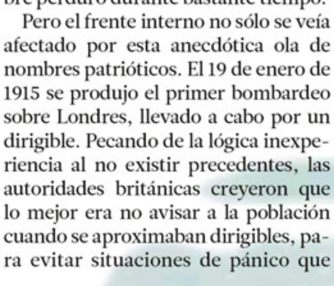
El final de la guerra dio lugar a otra curiosa coincidencia. Cuando sólo faltaban dos minutos para que los relojes marcasen las once de la mañana, el soldado canadiense George Price fue abatido por el disparo de un francotirador alemán. El destino quiso que en el cementerio en el que fue enterrado su cuerpo, el de Saint-Symphorien, reposasen también los restos del primer soldado británico muerto en la guerra, John Parr, caído el 21 de agosto de 1914.

EL FRENTE INTERNO

Mientras los soldados luchaban en el frente, la vida cotidiana de los ciudadanos se veía afectada en aspectos que parecían estar muy alejados de las disputas bélicas. En Francia se dio un intento serio de eliminar el nombre de *agua de Colonia* por su referencia a la ciudad alemana. Las autoridades promovieron su sustitución por la denominación más patriótica de *agua de Provenza*, pero la campaña no cuajó entre la población, que siguió llamando al producto por su nombre tradicional.

Los alemanes tampoco se quedaron atrás en su intento de eliminar de la vida diaria las aportaciones del lenguaje de las naciones enemigas. Así, el gobierno obligó a cambiarles el nombre a todos los restaurantes y hoteles que tuvieran uno inglés o francés. También se intentó, sin éxito, sustituir la palabra *bombón*, de origen francés, por otra alemana. Sin embargo, sí que arraigó, tras la entrada de Italia en la guerra a favor de la Entente, el cambio en la denominación de la *ensalada italiana* que servían los restaurantes germanos. A partir de ese momento, en el menú aparecería como *ensalada de los traidores*, y este insólito nombre perduró durante bastante tiempo.

Pero el frente interno no sólo se veía afectado por esta anecdótica ola de nombres patrióticos. El 19 de enero de 1915 se produjo el primer bombardeo sobre Londres, llevado a cabo por un dirigible. Pecando de la lógica inexperiencia al no existir precedentes, las autoridades británicas creyeron que lo mejor era no avisar a la población cuando se aproximaban dirigibles, para evitar situaciones de pánico que





El terror que vino del aire. El primer bombardeo aéreo sobre Londres, lanzado por un dirigible alemán el 19 de enero de 1915, pilló a la población civil desprevenida.

¿Reciclaje de cadáveres?

Una confusión lingüística dio lugar en abril de 1917 a una truculenta historia. La prensa británica se hizo eco de una noticia aparecida en un periódico alemán en la que se explicaba el proceso por el que los cadáveres de los soldados muertos en el frente del Oeste eran tratados para extraerles la grasa, con destino a la fabricación de lubricantes. Por otro lado, los huesos eran molidos en molinos especiales para ser añadidos a la comida para los cerdos. Los británicos se escandalizaron ante este macabro reciclaje, que les confirmó en su convencimiento de la brutalidad germana, que no tenía piedad ni de sus propios soldados caídos en la guerra.

Un siniestro malentendido. Aunque durante el conflicto proliferaron historias de este tipo, inventadas para proyectar una imagen lo más negativa posible del enemigo, en este caso se trataba simplemente de un equívoco. El término *kadaver* que aparecía en la prensa alemana se refería exclusivamente a los cuerpos de los animales; una traducción apresurada por parte de los británicos identificó esta palabra con "cadáver", que se aplica sólo a restos humanos, lo que dio lugar al siniestro malentendido.

Este tratamiento industrial de los animales muertos en batalla era habitual también en el bando aliado; una planta francesa extrajo más de 9.000 toneladas de grasa para su envío a Gran Bretaña, en donde sería transformada en glicerina para la fabricación de explosivos.

LIBRO

La Primera Guerra Mundial contada para escépticos, *Juan Eslava Galán*. Planeta, 2014.
Un recuento del conflicto hecho con tanto sentido crítico e ironía como profusión de datos y anécdotas.



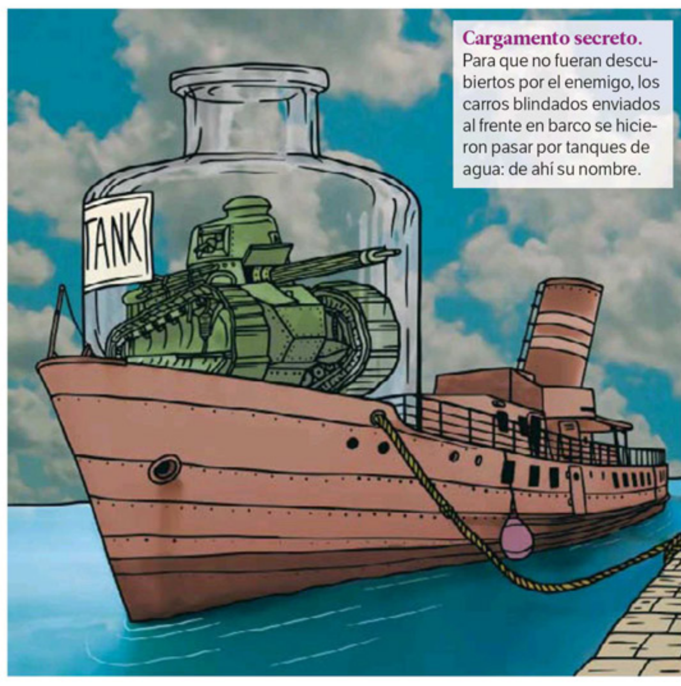
Alemania no acabó de pagar los intereses de su deuda por la I Guerra Mundial hasta el año 2010

▶ podían causar más víctimas que las propias bombas. No obstante, como es lógico, se acabarían utilizando sirenas para que la población acudiese a los refugios.

LA APARICIÓN DEL TANQUE

Una de las novedades que aportó la contienda fue el tanque, empleado por primera vez en 1916 en la batalla del Somme; aunque tuvo un discreto debut, ya que la mitad de los 36 carros blindados con los que contaban los británicos ni siquiera llegaron a funcionar. No sería hasta noviembre de 1917 cuando el tanque comenzó a demostrar su poder para romper la línea del frente, a pesar de que por entonces su velocidad no superaba los cinco kilómetros por hora.

Lo que es menos sabido es que el origen de la palabra tanque (en inglés, *tank*) para referirse a los carros blindados fue un engaño llevado a cabo por el Ministerio de Guerra británico para mantener en secreto su fabricación: los envíos de estos vehículos al frente eran registrados como depósitos o *tanques* de agua. Cuando los carros eran embarcados en los puertos británicos rumbo al continente, iban cubiertos con lonas en las que se podía leer "*tanks*" (depósitos), para evitar que algún espía pudiera identificar estos ingenios. El nombre hizo fortuna y a partir de entonces se los conocería de este modo.



Cargamento secreto. Para que no fueran descubiertos por el enemigo, los carros blindados enviados al frente en barco se hicieron pasar por tanques de agua: de ahí su nombre.



LA GUERRA ACABÓ EN 2010

Aunque el conflicto finalizó en 1918, las consecuencias del mismo no quedaron definitivamente zanjadas hasta una fecha tan próxima a nosotros como el año 2010: fue entonces cuando Alemania abonó el último plazo de las indemnizaciones que debía pagar a los vencedores tras la firma del Tratado de Versalles en 1919.

Originalmente, Alemania fue obligada a indemnizar a otros países con 226.000 millones de marcos, pero más tarde se redujo el importe a 132.000 millones. Hitler cesó los pagos en 1933. En 1950, Alemania tuvo que reanudar las transferencias, pero en 1953 se acordó que sólo pagase los intereses después de una futura reunificación. La deuda en sí fue pagada en 1983 pero, tras la reunificación alemana del 3 de octubre de 1990, se le concedió un plazo de veinte años para abonar los intereses pendientes. De este modo, el 3 de octubre de 2010 Alemania pudo saldar por fin su deuda y con ello cerrar definitivamente el capítulo de esta terrible contienda que marcó no sólo su turbulento destino, sino la historia del siglo XX. ▪

Un jamón en paracaídas

A mediados de 1915, a consecuencia del esfuerzo de guerra y del bloqueo impuesto por la Marina de guerra británica, Alemania a duras penas podía hacer frente a las necesidades alimenticias de su población. Mientras el gobierno procuraba que los soldados estuvieran bien alimentados en el frente, el hambre se extendía por toda la geografía germana. Conforme avanzó la guerra, la situación fue a peor: en 1918, la mayoría de los alemanes sobrevivía con una dieta compuesta únicamente de pan y sopa de verduras.

¿Hambre? ¿Qué hambre?

Sin embargo, en septiembre de 1915, los alemanes quisieron demostrar a los británicos –que también padecían el racionamiento– que la falta de alimentos no era un problema en su nación. Para ello, aprovechando un bombardeo sobre Londres llevado a cabo por un zepelín, en el que se arrojaron 70 bombas y que causó 26 muertos, alguien de la tripulación tuvo la ocurrencia de lanzar un jamón en paracaídas. En él iba una nota en la que se leía: "Regalo del bien alimentado pueblo alemán". Con ello se pretendía minar la moral de los británicos para que creyesen que eran los únicos que pasaban hambre. Se desconoce el impacto propagandístico que pudo suponer el aterrizaje del jamón sobre las calles de Londres, pero lo cierto es que regalos de este tipo no volverían a darse, ya que desprenderse de un jamón era un lujo que los alemanes no podían volver a permitirse.

El jamón paracaidista *alemán fue una provocación a la creciente penuria británica.*

Agenda Cultural

El primer paparazzi
La exposición "Ron Galella. Paparazzo extraordinaire!" recoge, hasta el 19 de abril, un resumen de las mejores fotografías del artista neoyorquino.
www.obrasocial-ncg.com.



Cézanne Site/non-site
Los paisajes y las naturalezas muertas protagonizan la muestra dedicada a esta figura fundamental en la pintura de la segunda mitad del siglo XIX.
www.museothyssen.org



Cultura de Al-Andalus
Hasta el 30 de marzo, Granada exhibe más de 300 piezas como demostración del importante legado artístico que dejó la cultura andalusí.
www.alhambra-patronato.es.



Actualidad



CETEMET

Imágenes exclusivas del proceso de digitalización de la pieza romana.

ARQUEOLOGÍA León íbero-romano

El Centro Tecnológico Metalmecánico y del Transporte (CETEMET) ha comenzado a trabajar en la digitalización de una escultura de un león recientemente hallada en el yacimiento arqueológico íbero-romano de Cástulo en Linares. Se trata de una pieza de más de un metro de largo del siglo II a. C., considerada como la mejor conservada de la península Ibérica. Para llevar a cabo el proceso, el departamento de metrología medirá con precisión la figura mediante el potente escáner láser *Romer Absolute*. A continuación, una vez que la pieza esté digitalizada y se tomen los datos, entrará en juego el área de I+D+i, que llevará a cabo un trabajo de ingeniería inversa para obtener las superficies del modelo 3D y establecer así la geometría del objeto. Todo ello permitirá reconstruir y reproducir el hallazgo arqueológico.



Fanáticos de la Historia
¿Todavía no te has unido a la comunidad de MUY HISTORIA en Facebook? Ya contamos con más de 7.500 fans que siguen a diario todas las novedades y curiosidades publicadas. En nuestro muro podrás leer las últimas noticias de historia y comentarlas. ¡Agréganos!

Síguenos en @muyinteresante
Cada día, las últimas noticias sobre descubrimientos arqueológicos, aniversarios históricos y recomendaciones de exposiciones y libros sobre historia. ¡Ya tenemos **3.447.539 seguidores!**

Lectores interactivos

La Historia a debate

¿Fue Alemania la responsable de la Primera Guerra Mundial?

Sí, fue la principal culpable moral y material del conflicto. Lo dice el Tratado de Versalles.

No, la contienda era inevitable, y el atentado de Sarajevo fue la excusa perfecta.



Otto von Bismarck y Napoleón III tras la Batalla de Sedán (Francia).

Resultados del número anterior

SI,	82%
NO,	18%

¿La religión ha causado las guerras más crueles de la Historia?
Vuestras opiniones:
"La religión no crea guerras... la codicia en nombre de ella, sí" (Carlos Osorno).
"No pienso que sea la religión, más bien son los fanáticos religiosos" (Larissa Montes)

Cartas de los lectores

¿Secta? No, gracias
En nombre de la organización *Nueva Acrópolis*, lamentamos mucho que Muy HISTORIA, en su número dedicado a las religiones, nos incluyera dentro de la amalgama de actividades sectarias. Somos una institución que no sólo no practica ese tipo de comportamientos, sino que los rechaza tajantemente. Además, van directamente contra nuestros principios fundacionales.
Fátima Gordillo



Hare Krishnas en la apertura del reportaje sobre sectas religiosas del nº 51.

Efemérides

Durante estos meses recordaremos en nuestra web (www.muyinteresante.es/historia) algunos hitos:

1/abril 1939
En esta fecha, hace 75 años, se daba por concluida la Guerra Civil española, estableciéndose una dictadura que duraría hasta 1975.



23/abril 1564
El poeta William Shakespeare será homenajeado durante el año 2014, ya que se cumple el 450 aniversario de su nacimiento.



29/abril 1814
Han pasado 200 años del final de la Guerra de la Independencia española, un conflicto entre nuestro país y el Imperio francés.



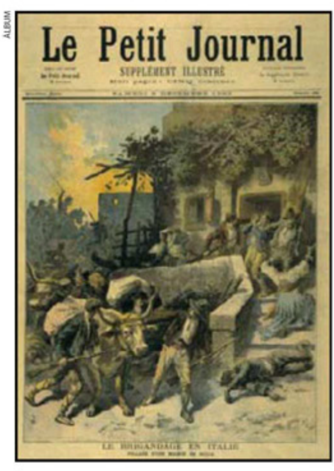
COORDINACIÓN: TERESA PACHECO

PRÓXIMO NÚMERO

A la venta el 25 de abril de 2014



Hermanísimo, pero sobradamente preparado. El senador estadounidense Robert Kennedy (arriba), hermano del presidente asesinado en Dallas, dedicó gran parte de sus esfuerzos a luchar contra la Mafia, lo que pudo costarle la vida.


Le Petit Journal
SUPPLÉMENT ILLUSTRÉ
LE BRIGANDAGE EN ITALIE

Nació en torno a Palermo. El origen de la Mafia se liga al bandolerismo siciliano del siglo XIX (arriba, una escena de pillaje), que fue avivado por la unificación del país y las difíciles relaciones entre la isla e Italia.

LA MAFIA



Pingües beneficios. Juego, prostitución, drogas..., las primeras fuentes de financiación de la Mafia no precisaban tributar al fisco, ni solicitar licencias, ni sufrir inspecciones.

NEGOCIOS MUY LUCRATIVOS

La Mafia se financió con actividades de índole delictiva hasta que necesitó aplicarse un barniz de legalidad. Sin embargo, sigue fiel a sus métodos tradicionales: coacciones, amenazas, extorsiones...

UN COMBATE ENCARNIZADO

La lucha contra el crimen organizado ha contado con policías como Joe Petrosino, uno de sus pioneros, y el famoso Elliot Ness, pero también con jueces como Falcone o Borsellino, que murieron en el empeño.

DOSSIER: 10 GRANDES CAPOS

A lo largo del tiempo, el estilo tanto de la Mafia italiana como de la italoamericana fue cambiando según la personalidad de los jefes de sus diferentes familias: Bonanno, Maranzano, Genovese, Riína...

CATÓLICOS Y MEDITERRÁNEOS

En Italia surgieron distintas mafias según las regiones (la Camorra napolitana, la N'drangheta calabresa...), pero la más poderosa, la que supo cruzar el océano y arraigar en EE. UU. fue la Cosa Nostra siciliana.





Los padrinos. Fueran jefes de un clan, como Lucky Luciano (al lado), o mafiosos mediáticos, como Al Capone (izquierda), los diferentes capos siempre han tenido algo en común: el poder omnímodo del que disponían.

MUY HISTORIA

Director
José Pardina (jpardina@gyj.es)

Director de Arte y Adjunto a la Dirección
Santiago Minguez (sminguez@gyj.es)
Subdirectora
Palma Lagunilla (plagunilla@gyj.es)
Diseño gráfico
Óscar Gómez, *jefe de maquetación* (ogomez@gyj.es), Óscar Álvarez (oalvarez@gyj.es), María Somonte (msomonte@gyj.es)
Documentación gráfica
Manuela Arias (marias@gyj.es)
Secretaria
Julia Gordo (jgordo@gyj.es)
Editores Online
Javier Flores (jflores@gyj.es) y Laura Martínez (lmartinezm@gyj.es)

Colaboran en este número:
Aquile, Manuel Barbero, Fernando Cohnen, Javier García de Gabiola, J. Antonio Guerrero, Jesús Hernández, J. Carlos Losada, Miguel Mañueco, J. Ángel Martos, Nacho Otero, Teresa Pacheco, J. A. Peñas, Alberto Porlan, Francisco Solé

Redacción
Albasanz, 15. Edificio A. 28037 Madrid.
Tel: 91 436 98 00 (centralita) y 91 436 98 30
Fax: 91 575 91 28 E-mail: mhistoria@gyj.es

PUBLICADA POR



G y J España Ediciones, S.L., S. en C.
Presidente: Rolf Heinz
Consejera Delegada: Marta Ariño
Director de Marketing: Alejandro Cañamaque
Director Online Business & New Media: Francesc Llobet
Directora de Producción: Raquel Esteban
Directora Comercial: Rosa Alonso

DEPARTAMENTO DE PUBLICIDAD Y DELEGACIONES
MADRID. Albasanz, 15. 28037 Madrid. Tel.: (34) 91 436 98 00. Fax: 91 347 02 04. **Director Comercial Área Divulgación:** Santiago Brioso (sbrioso@gpssoluciones.es). **Jefa de Publicidad:** Arantxa del Pozo (adelpozo@gpssoluciones.es). **Coordinación:** Belén Prieto (bprieto@gpssoluciones.es). **BARCELONA.** Rambla de Cataluña, 91-93. 08008 Barcelona. Tel.: 93 240 10 00 - Fax: 93 200 72 69. **Directora de publicidad:** Mery Pareras (mpareras@gpssoluciones.es). **Jefe de publicidad:** Javier Muñoz (jmunoz@gpssoluciones.es). **LEVANTE.** Quart, 2, puerta 2. 46001 Valencia. Tel.: 96 391 01 91 - Fax: 96 391 01 41. Ramón Medina (rmedina@gpssoluciones.es). **ANDALUCÍA Y EXTREMADURA.** Tel.: 95 409 99 86 Ignacio Muñoz (ignaciom@reflejamm.com). **PAÍS VASCO y NAVARRA:** Tel.: 94 444 18 00 Koldo Marcilla (km@edicionextra.com). **PUBLICIDAD INTERNACIONAL. Directora Comercial del Área Internacional:** Silvia Dudda (sdudda@gpssoluciones.es). **Responsable de PUBLICIDAD ONLINE: Responsable Comercial Online Webs GyJ:** Celia Delgado (cdelgado@gpssoluciones.es). **MEDIA SOLUTIONS: Directora Media Solutions:** Lala Llorens (llorens@gpssoluciones.es. **Jefa de Marketing Publicitario:** Begoña Eguillor (beguillor@gpssoluciones.es). **Directora de Eventos y Relaciones públicas:** Gabriela Álvarez (galvarez@gpssoluciones.es).

GPS
SOLUCIONES DE MEDIOS

Presidente:
Volker Breid
Vicepresidenta:
Marta Ariño
Director General:
Rafael Parada
Director de RRHH: Julián Moya
Director de Informática:
Alfonso Antolinez
Director de Distribución y Control de Gestión:
Carlos Martínez
DISTRIBUYE: Logista Publicaciones, S.L. Pol. Ind. Pinares Llanos, c/Electricistas, 3. 28670. Villaviciosa de Odón. Tel. 91 665 71 58
SUSCRIPCIONES: GPS. Albasanz 15, 28037 Madrid. E-mail: suscripciones@gpssoluciones.es. Internet: www.gyj.es. Tel.: 902 054 246
Precio del ejemplar:
3,40 euros (IVA incluido). Canarias: 3,55 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte. Ceuta y Melilla: 3,40 euros (sin IVA), incluidos gastos de transporte.
Depósito legal: M-35196-2005. ISSN 1885-5180

IMPRESIÓN: Rivadeneyra.

Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información (ARI) y tiene controladas sus ventas por la Oficina de la Justificación de la Difusión (OJD: 45.528 ejemplares).

G+J España, empresa editora de la revista MUY INTERESANTE, pone a su disposición el servicio de Defensor del Lector. Pueden dirigir sus consultas, quejas o reclamaciones, por carta, a la dirección: G+J España. Defensor del lector. Albasanz, 15-Edificio A. 28037 Madrid; grabando un mensaje en el teléfono 91 436 97 70; o por correo electrónico a la dirección: defensor_del_lector@gyj.es



